

NOVELA

Mar Rojo, Mal Azul

Miguel Coyula



Mar Rojo, Mal Azul

COLECCIÓN
CUBA

Mar Rojo, Mal Azul

Miguel Coyula

A
hurón azul

Mar rojo Mal azul

Primera edición: La Perea Ediciones, Miami 2013

Edición de Ernesto Pérez Castillo

Sobre la presente edición:

© Ediciones Hurón Azul, 2023

© Miguel Coyula Aquino 2023

Edición: Lynn Cruz

Cubierta y composición: Rafael Lago Sarichev

Imagen de cubierta e ilustraciones: Miguel Coyula Aquino

ISBN: 978-84-126618-1-1

Depósito Legal: M-17696-2023

Colección Cuba, nº 10

Ediciones Hurón Azul, Madrid

info@huronazul.es

www.huronazul.es

Impreso en PODIPRINT, España.

Papel respetuoso con el medio ambiente. El papel utilizado en la impresión bajo demanda es ejemplo de desarrollo sostenible, 100% reciclaje y se produce con tecnología limpia. En concreto, es papel producido en bosques sostenibles creados exclusivamente para producir.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la Ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

NOTA DEL AUTOR

Escribí esta novela en 1999 a los 22 años mientras estudiaba en la Escuela Internacional de Cine y TV, en San Antonio de los Baños. Nunca intenté publicarla porque me “distraje” haciendo cine por 14 años. Quizás hoy la hubiera escrito de otra forma. Pero no hubiera podido emular la energía vertiginosa contenida en su narración pragmática. Releyéndola siento el desenfreno, optimismo y decepción de la juventud, a los amigos de la adolescencia que habitan un universo enrarecido, donde coexisten placer, repugnancia e inconformidad hacia el mundo que se avecina. Es una novela que le debe mucho más al cine que a la literatura. Cada oración es una imagen, un plano, su acumulación y sus transiciones están pensadas como un montaje cinematográfico. No por gusto este universo dio origen a *Cucarachas Rojas* (2003), *Corazón Azul* (2021) y *La Isla Vertical* (2022). Siento que algún día me gustaría convertirla en una película de animación, pues buena parte de su hibridez de géneros se origina en la marca dejada por los momentos más oscuros de los “animés” de mi infancia y adolescencia: mi primera escuela de cine. Quizás la más duradera.

Agradecimientos

Omar Corral, Lynn Cruz y Rafael Alcides.

Una inspección de herejías

Miguel Coyula no es un director que escribe sino un cineasta que además es escritor. Antes incluso. Y no porque la fecha de terminación de *Mar rojo*, *Mal azul* y de un grupo de cuentos inéditos haya antecedido a sus primeros largometrajes, sino porque asume la realización de sus películas como un autor su literatura. En solitario: guion, fotografía, edición, música y sonido también a su cuenta.

Hasta piensa literariamente su cine, como confesaba en una entrevista de 2010 a partir de sus teorías del montaje: “Cada vez que hago un encuadre, y corto, el siguiente tiene que ser un plano diferente. Porque creo que es igual en el lenguaje cinematográfico que en la literatura. Después de un punto, escribes una oración distinta de la anterior con otro significado”. Quizás por ello ha utilizado de forma inconsciente el término “distracción” para referirse a los años en que se mantuvo filmando tras terminar en 1999 este libro.

No obstante, escritor, volvamos a que Coyula es cineasta. En *Mar rojo*, *Mal azul* “leemos” la propuesta estética de su cine. Dosificada primero: se pulsa *play* y se narran hechos y diálogos en montajes paralelos, se describen secuencias, miradas que enfocan y desenfocan el primer plano y el fondo que observan; mas en las páginas siguientes se enuncia por el personaje de Miguel una aspiración: hacer una película por la que moriría.

Porque el Miguel de la novela al igual que el Coyula de Cuba —un país, otra ficción— rechaza las invitaciones a trabajar en industrias e instituciones, con los reglamentos de pertenencia que estas imponen; declina del trabajo en equipo en la búsqueda de una libertad que le compartirá al espectador una vez que logre materializar la película de narración interactiva que planea. Una libertad, sí, totalitaria, pero inofensiva, puesto que Coyula no encarna a un político. Se trata del único totalitarismo benévolo: el del creador sobre su obra.

Se rastrea en *Mar rojo, mal azul* el origen de muchas de las obsesiones latentes en la cinematografía del autor. Una vieja cámara analógica llega a manos de Iván, y pasa de este a Miguel, similar a aquella de *cassette* VHS con la que Coyula adolescente grabó imágenes que luego reciclaría en uno de sus primeros trabajos: el corto *Clase Z Tropical*. Entre esas obsesiones, se encuentra la de diseccionar al individuo exponiendo los componentes que suelen asociarse a lo promiscuo y la oscuridad, asumiendo la tramposa inocencia característica de la infancia, que es la manera más descarnada y agresiva de cuestionar.

Una obra que surge de la imaginación no debe obedecer a la “lógica” de realismo alguno. De ahí la densidad habitual en Coyula: fragmentación de la narración, yuxtaposición de asociaciones, donde es tan importante lo que se revela como la elipsis; partes que el espectador —en este caso, el lector— precisa rearmar para hallar *su* “todo”.

Si en cada uno de sus filmes Coyula interviene casi la totalidad de sus planos, con una intención plástica, en el libro no se ha privado de concatenar texto e ilustración —otro tipo de texto—, al entrelazar el negro de las letras impresas con el de las imágenes, como si el cineasta percibiera

la necesidad de enfatizar determinados rasgos no solo con palabras. De este modo, el escritor nos sugiere la mirada, tal como lo haría cámara en mano.

En múltiples situaciones de *Mar rojo*, *Mal azul* debemos permanecer alertas, pues parten de una proyección subjetiva de personajes sumidos en una hiperrealidad confusa e inconexa —se sabe del despertar de clonados amnésicos— que solo dejan emerger el afán mayor de unos sobre otros: la posesión. ¿Cuánta relación no habrá entre que el niño Iván se lamentase de las olas que destruían los complicados castillos levantados en la arena, el test realizado a sus ocho años en el que la palabra “muerte” le sugería “mar”, y el hecho de que pida a Marina (nótese el nombre) que deje ondear su cabello como el mar, donde la termina (o comienza) viendo muerta?

Sobrecoge el misterioso objeto rojo —especie de flauta—, y cucarachas, siempre las cucarachas, y siempre rojas. En ese futuro impreciso del siglo XXI de lluvias ácidas que despedazan a los seres humanos, plantas de energía alternativa situadas en los polos y gases reparadores de la capa de ozono; donde se evidencian las consecuencias de los inútiles proyectos por crear “hombres del futuro”, está el germen de la cinta de Coyula *Red Cockroaches*, y de su posterior producción *Corazón azul*. Aquí se vislumbra el arquetipo de personaje descolocado e insatisfecho de sus filmes. Porque en esa primera imagen de un cuerpo flotando, inerte, en el mar, reconocemos la incógnita de una náufraga sumida para siempre en el sueño de *otra vida* lejos de la *tierra firme* que conoce. Con *Mar rojo*, *Mal azul*, la extraña originalidad de Miguel Coyula ha alcanzado la dimensión de literatura.

CARLOS VELAZCO

La boca entreabierta, el pelo entre los óvalos fijos que reflejan cucarachas rojas. Seca, la sangre del corazón. Triste la boca, afilados sus colmillos sin brillo, y la brisa haciendo bailar el pelo del cuerpo mojado, flotando inmóvil para siempre.

Iván decide levantarse. Su piel azulada está podrida y llena de agujeros. Allá a lo lejos: Gris el mar, detrás de los edificios ruidosos y la masa de tráfico difuminado. La neblina azul se desliza por su ventana. Levanta la mirada. De nuevo el mar amenazador. Imagina que tal vez, en ese cuarto gris, tal vez, su cuarto gris verdoso, tal vez estallara, y él se elevara sobre la ciudad... Muy lejos tal vez. Una patada a la silla, labios torcidos, ojos que aprietan el temblor, la silla cae al piso. La boca monstruosa es dolor mudo. Aire que escapa de la sonrisa congelada en el retrato quebrado. Iván cae al suelo sin lágrimas. Sangre protegida bajo cero. Trata de agarrar, aferrarse al piso, hundirse. Su cuarto es un desorden. Las manos tan rojas que quisiera meterlas en el mar para que la sal las limpiara. Se sentiría mejor. Saldría de su casa y no volvería nunca, pero no por miedo a la policía, ¿qué policía se iba a ocupar ahora de esto? Simplemente aborrecía el dulce hogar. Harto de la ciudad gris y el mar en la misma perspectiva desde su ventana en el piso 47. Nada más. Ya no había ninguna barrera. ¿Qué barrera podía existir? Sí. Había matado por gusto, un gesto inútil, sencillamente le pasó por la cabeza, quiso imaginarse qué pasaría si ella muriera. Sin

rencor ni miedo, simplemente por experimentar una emoción diferente, quizás la definitiva. Mientras agarra las llaves del carro piensa que tal vez se compadece un poco de su amigo Heber, a varios kilómetros, huyendo hacia las montañas. Comprende que ya no hay tiempo. Heber no patalea ni suelta su carpeta de cuero, por primera vez no se molesta en entender, tampoco grita. Lloro en silencio. Iván atraviesa la ciudad. El mar, solo a un kilómetro, y el carro se apaga con un ruido extraño, cascabeles oxidados raspando el asfalto. Todavía queda gasolina. Iván, aprovechando el impulso, se arrima a una esquina de la carretera a la salida de la ciudad. Los pinos y algunos edificios todavía no lo dejan ver el mar. Intenta arrancar de nuevo y un escape de humo se cuela por la caja de velocidades. De un tirón quita la llave. Tose y saca la cabeza por la ventanilla. El plomo de las nubes tiene una leve tonalidad violeta.

ANTES

El cielo bello, azul... Y sin nubes. Perturbadoramente vacío, pensó Iván parado junto a un banco de madera rodeado por el parque de esculturas abstractas y afiladas: Molinos de viento hechos en metal. Verdes los árboles y perfecto el césped. Vacío también el parque. Muy a lo lejos empezó a escuchar un sonido intermitente en el aire, que se detenía, iba, volvía, como el jadeo de un perro, otra vez, muy bajo pero muy cerca. Iván vio pasar una pareja alegre de adolescentes uniformados cruzando el parque, apurados y risueños. Las voces alegres se alejaron. El silencio fue sustituido por unos pasos ligeros. Era una niña vestida de blanco. Saludó a Iván sin dejar de caminar, luego desapareció corriendo en la misma dirección que la pareja. Iván movió la cabeza y siguió inmóvil junto al banco. Volvió a escuchar el jadeo. Buscó con la vista en el césped, los árboles y luego las esculturas. El jadeo regresó, ahora revelándose como una risa sorda de aire intermitente, repitiéndose cada vez con intervalos más pequeños. Iván sintió calor en el estómago. Las orejas se le enrojecieron de incomodidad, había ironía en la risa, bajo el tono aparentemente inexpresivo. Consiguió dar un paso. Lentamente. La risa le resultaba despreciable, intolerable, de pesadilla cíclica. Le costaba andar, dio dos pasos más como si tuviera plomo en los pies, tratando de avanzar hacia la calle. Fue aumentando la velocidad hasta que el sonido quedó atrás. Logró salir del parque.

Al cruzar la calle: Un motor, el vestido, un claxon, un frenazo. Frente a él, la niña de blanco atropellada por un camión: Ojos, nariz y boca deformados en una mueca final inmóvil con el pelo manchado de rojo. El copiloto saltó con una antigua cámara de vídeo y empezó a filmar la cabeza abierta de la niña mientras gritaba:

—¡Llaman a una ambulancia, rápido! ¡Que alguien llame a alguien! ¡¡¡Que se muere!!!

Iván quedó atónito en el medio de la calle. El hombre de la cámara dejó de filmar y le gritó:

—¡Aguántame aquí un momento!

Las manos vacilantes de Iván sostenían la cámara. Por detrás de él se acercaron dos personas en dirección a la niña. Una de ellas se dirigió furiosa hacia la cabina del chofer. Iván, mirando sin ver, escuchó las puertas metálicas cerrarse y el motor del camión acelerar.

—¡¡¡Eh...!!! ¡¡¡La cám...!!!

Los chillidos intermitentes del claxon devoraron la voz de Iván, alejándose al doblar la esquina a toda velocidad.

Iván quedó mirando la calle vacía. Luego miró hacia la entrada del parque. Luego al mar, distante. Luego a la cámara, directamente frente al lente. Unas manos le taparon los ojos. Iván se estremeció del susto, a la vez que oyó una risa cordial.

—¡Contra, Einstein, donde te habías metido! Hace un mes que te estoy llamando y no sale nadie al teléfono... ¡Eh!... Y eso... ¿Tecnología analógica ahora? ¿Cómo funciona? —el dedo impertinente de Heber señaló la cámara. Iván negó sonriendo:

—Es que se rompió, pero...

—No chives... ¿Y ya no filma?

—No Heber, la cámara no, mi teléfono, que ya funcio-

na... Esta cámara... la dejó aquí un hombre... ahora mismo, hace un minuto.

—¿Eh?

Sonó un timbre. Tras la oreja de Heber se acercaba la figura de una muchacha caminando con una bicicleta. Heber se volteó.

—¡Ah, mira! Una amiga mía...



ELLA

Se volteo y saludó a Iván levantando la mano y moviendo los dedos delante de su sonrisa afilada.

—Marina.

Detrás de sus ojos ovalados, estaba desenfocado el mar azul grisáceo, como sus jeans. Iván percibió algo extraño, pero le resultó imposible determinar qué. El color de su pelo era negro, pero allá en el fondo, por debajo de la raíz traslúcida, nacía un azul oscuro apenas perceptible. Iván pensó que tal vez estaba alterado y necesitaba descansar, o tomarse un helado. Contestó enseguida extendiéndole la mano.

—Iván, amigo de tu amigo y ahora tuyo si mi amistad te interesa.

Heber se burló:

—¿Y ese trabalenguas?

Marina le sonrió a Iván, apretándole la mano:

—Heber no tiene mucho sentido del humor —acto seguido se encogió ligeramente de hombros—, a lo mejor yo tampoco...

Iván saboreó la última cucharada de helado en la cafetería.

—Por lo menos tienes una cara y un pelo... Ojalá no sean la única virtud.

Los ojos ovalados de Marina se redondearon de una forma ominosa. Heber sorbió el fondo del helado diciendo:

—Es natural y se lo quiere rizar. Díselo tú, ¿no está loca?

Una brisa ligera levantó hojas secas, papeles, ondeando el pelo de Marina.

—Déjate así... como el mar —antes de terminar, Iván se avergonzó de sus palabras. Ella movió la cabeza riendo fastidiada.

—Por favor... —Heber se burló cariñosamente— Es que Iván es poeta, y la estrella del Concurso Internacional de Física Nuclear, a pesar de ser ya un ex estudiante de informática.

Marina arqueó las cejas.

—Verdad... tú fuiste el que salió en el periódico... ¿La planta que se alimenta con hielo ácido? Ahora explícame, ¿cómo un estudiante de informática puede diseñar en el campo de la física nuclear?

Iván se pellizcó el labio inferior.

—Mejor invierte la pregunta... ¿No oyes que soy un ex? Pues sí... Suspendí el quinto año de informática. Ya ves... Tuve una idea brillante. Pero en realidad no sé mucho de Física.

Marina entornó los ojos, incrédula.

—¿Pero vas a seguir estudiando, no?

Iván se levantó de la mesa sonriendo, agarró la cámara de vídeo y soltó un billete sobre la superficie de granito.

—No voy a seguir, puedes estar convencida de que no voy a seguir... pagándoles los helados.

Heber y Marina echaron a caminar delante de él. Heber estiró los brazos mirando a Marina.

—Hace tanto tiempo que no vamos a la playa.

Iván quedó parado detrás de ellos mirando el cielo y los edificios. —¿De dónde vendrá eso?

Heber miró hacia atrás.

—¿Eso qué?

Iván divagó con el dedo impreciso.

—Eso... esa música.

Heber se desconcertó en una mueca:

—Yo lo único que oigo es el tráfico.

Iván se resignó con un suspiro.

—¿Quieren ir al teatro?

Marina negó y sonrió para despedirse.

—Iván, me conociste en el peor momento. Pasado mañana me voy a estudiar a... otro país. Pero gracias — Besó a Iván en la mejilla, involuntariamente cerca de la boca. Su saliva era salada.

Heber fingió interés como despedida:

—¿Y qué van a poner, Iván?

—Una versión experimental de un ballet clásico... Y después una película... de vampiros.

Marina señaló la cámara anhelante:

—Iván, filmame.

Iván indeciso:

—Pero esto no es mío, es demasiado vieja, no sé cómo funciona.

—El botón, el botón rojo...

—¿Pero para qué quieres que te filme?

—Para que mi abuela pueda verme, después que me vaya... Por favor, hazme ese favor...

—Valga la redundancia —Iván le apuntó con la cámara—. A ver... No te acerques tanto. Así... Así... Pero no quieres que tu abuelita te vea con esa cara de entierro. Eso, una sonrisa... ¡Espérate, espérate, que te estás desenfocando!

—Para ya. Gracias. —ella se acercó señalando el aparato— ¿Y el casete cómo se saca?

—La cámara no tiene botón *eject* por ninguna parte

—Creí que tú eras la especialista...

Ella suspiró sobre el rostro de Iván.

—Bueno, si encuentras a alguien que te lo saque, se lo das a Heber, él me lo va a dar mañana cuando... —Iván le comió la frase y la boca con un beso.

Tal vez no ocurrió. Heber no los vio, estuvo convenientemente distraído, apretando el timbre de la bicicleta. Ella, sin pestañear se apartó fríamente de Iván.

—¿Por qué hiciste eso?

—Porque tú... Porque tu saliva es salada... Como las lágrimas.

Los ojos de Marina se vuelven hexágonos dispares por un segundo perceptible solo para Iván, miró a Heber, luego al suelo con desconcierto. Iván le miró la mano tensa e indecisa.

—Discúlpame... Es que... tu pelo me recuerda el mar... —seguía escuchando la música enajenante— ¿Me vas a decir que tú tampoco oyes nada?

Ella cuarteó las pupilas con un desprecio helado.

—¿Que tiene que ver el mar...? Infeliz... Si quieres que te perdone, te perdono —y le dijo adiós sin rencor, como solo puede sonar la indiferencia.

HEBER EN EL TEATRO

Aburrimiento. Las cortinas rojas, olor a lujo podrido en madera y tradición. Heber se sienta en el teatro por primera vez. Es el debut de Remy Arnaz y la amistad para Heber es lo primero. Se revuelve incómodo en la butaca, bostezando sin pudor y solo muestra interés de compromiso cuando empieza el monólogo de Remy:

—Dime dónde está. Tengo que encontrar a esa mujer. ¡Tengo que verla... verla siempre! Pedirle perdón porque tengo que besarla otra vez, besarle el orgullo de nuevo a toda ella, los ojos, la boca, el pelo, los dientes, ¡la garganta! Es un animal, soy un animal. Quiero volver a hacerle el amor de la forma que sea, de mil formas. ¡No es posible que tengamos que envejecer! ¿Tengo miedo? Porque el tiempo siempre se acaba. ¡Tengo MIEDO!

El actor llora desconsolado en su debut. Hipócrita como gran parte del público que aporta sus gotas saladas. Porque ellos son los actores. Los de allá abajo no hacen más que echar a andar su maquineta de lágrimas y muecas. El teatro es una comedia humana, y el público participa del juego. ¡Farsantes! Eso son todos ustedes... Unos payasos. Lloren afuera. No lo hagan aquí con esta historia recurrente. ¡Atrévase a llorar sus propias desgracias! ¡Infelices! —quiso gritar Heber, y se lo calló para no parecer un payaso, un farsante, o un actor. Pero no aporta nada imaginarse a Heber

en el teatro. Porque Heber no piensa así. El que piensa así soy yo —pensó Iván quitando la vista del retrovisor.

—Suspender la carrera universitaria en quinto año. Un desperdicio total... y que me suceda a mí... —estaba molesto, pero no por eso. También por llevar una hora esperándola en el carro, frente a la puerta trasera del hospital. De pronto escuchó el eco de los pasos livianos y apurados bajar las escaleras. Iván quedó hipnotizado una vez más por la sonrisa angelical que marcaba los pómulos esclavos maternos, y el pelo rubio cayendo sobre su uniforme de estudiante. No pudo recriminarle la demora, y de pronto sintió el olor a ciudad, el atardecer a través del parabrisas, la juventud de ambos, y la promesa de felicidad. La saludó con una invitación.

—El teatro es lindo pero no sé, al final termina por aburrirme... Sí... La verdad es que lo encuentro aburrido —le contestó Azucena con su cara de muñeca. Iván asintió, y echó a andar el motor. Azucena le acarició el hombro nerviosa — Hoy se murió una viejita al lado mío. La pobre estaba esperando la visita de su hijo.

—¿Y de que murió?

—De quemaduras... cuarenta y cinco por ciento, pero es que estaba muy viejita... Me dijo que vivía en una casa antigua después del túnel, que su gata se iba a quedar sola porque su nieta se fue a estudiar a otro país, y a su hijo no le gustan los gatos, y que seguro la iba a botar. Tenía miedo de que le pasara algo... —Azucena se quedó callada, mirando pasar los árboles del atardecer— Tenía... Tenía toda la cara... Iván, esta carrera es difícil. Pero no por los estudios... Es que hay que ser fuerte... Hay que ser muy fuerte. Yo no sé si pueda. Iván, yo no puedo hacer una autopsia. Es duro.

Él le tocó la rodilla, y la miró con brillo orgulloso.

—Es que tú eres muy buena, eres la mujer más buena del mundo. Los ojos azules de Azucena volvieron a extraviarse.

—Eso mismo me dijo la viejita... Y yo le dije que iba a hablar con su hijo para que no botara a la gata... —una lágrima escapó de su pupila— Pero el hijo no llegó... Debí haber esperado más.

Iván movió la cabeza.

—No, no digas eso. No ibas a resolver nada. Ese tipo botaría la gata aunque tú se lo pidieras. Azucena puso su mano sobre la de Iván, y la apretó suavemente. Él la miró una vez más.

—Por qué no te llegas en estos días a casa de Fernando... No sé si será un buen sicólogo, pero sí te garantizo que es una persona excelente.

El chillido intermitente de una sirena de policía hipnotizó a Azucena, y la obligó a mirar cómo se alejaban las luces azules rotatorias en el techo de la patrulla, cada vez más pequeña. Iván apretó el timón cambiando de tema.

—¿No quieres salir a alguna parte...? Podemos ir a la discoteca nueva que abrieron, la Macromax. Dicen que impresionan... Tú sabes que no me gusta mucho eso, pero quizás para ver algo distinto... ¿Quieres hoy, o si no mañana?

Azucena recuperó el ángel radiante con toda la rapidez que tuvo el impulso de su beso.

PRIMER PASO

Iván separó de sus labios la botella vacía. Ron. Ese último trago lo destruyó bajo la estridencia del disc-jockey:

—¿ESTÁN TODOS EN LA PISTA?

Iván con la vista nublada miró hacia el bulto estroboscópico de gente. Azucena se le había perdido. Un flash del cantinero riendo mientras introduce la píldora en una botella. La voz del disc-jockey volvió a tronar:

—YO LOS QUIERO VER SUDAR...

Iván se lanzó a caminar tambaleándose hacia el tumulto centelleante.

—¡YO DIGO QUE QUIERO VERLOS SUDAR!

Iván desconcertado trataba de sacar sus espejuelos, cuando fue abordado efusivamente por Remy Arnaz con un pañuelo de cuadros rojos en la cabeza.

—¡Que es de tu vida!

Iván sonrió por inercia, simultáneo con el disc-jockey:

— ¡ES TAN BUENO VER TANTOS BRAZOS EN EL AIRE... AHORA VIENE FUERTE Y DURO!

Remy sacudió a Iván.

—¡Despierta que esto acaba de empezar...!

Iván sin dejar de sonreír señaló alrededor tambaleándose.

—No, espérate... Estoy buscando a Azu... ¿No la has visto? Fue interrumpido por la descarga ensordecedora de baterías.

Iván quedó frío, con el sudor congelado en la frente y la mandíbula descolgada. Frente a él bailaba Alejandro con dos muchachas que se besaban en la boca. Alejandro las sujetaba a ambas por las nalgas. Iván reconoció a una de ellas. Era la adolescente que pasó riendo uniformada por el parque. Ahora todo empezaba a chocarle. Estrujó los ojos, y sacudió la cabeza. Remy lo haló por el brazo.

—Espérate compadre, ven para que te despiertes de una vez...

Iván captaba totalmente fuera de foco.

—Igual a que a la... la cámara de... —manchas, camisas, dientes, parpadeo. Remy casi lo arrastraba y él se dejaba llevar— Oye, a dónde... La figurita dibujada en la puerta debe haberse asustado cuando Remy la empujó. Pensó Iván en su delirio.

—Per... Pero este... Remy... es el baño... y de las mujeres...

Junto al lavabo flotaba una joven de pantalón amarillo ceñido, con alas puntiagudas en la espalda y pelo castaño hasta la cintura. —¡Adriana! — Remy la agarró del cinto, le arrancó las alas y la bajó eufórico al suelo.

—Iván, esta es Adriana, una amiga del grupo, estamos juntos en la obra... Adri, prepárale una buena que este es como mi hermano... ¡Ah! Remy pegó la boca a la oreja derecha de Adriana metiéndole la lengua verde interminable en voz baja.

—Le dije a Osvaldo que te buscara... Dile que me interesan diez gramos... Pero que lo llamo mañana.

La punta de la lengua salió blanca por el oído izquierdo y Adriana sonrió con un pequeño gemido. De afuera se colaba la voz del disc-jockey:

—¿NO ES CIERTO QUE ESTE ES EL PARAÍSO?

Iván ya no discernía palabras. Solo un murmullo alrededor y otro mayor en su cabeza. Entendía todo a medias. Le molestaban las alas de la tal Adriana, la losa blanca tan limpia del baño, el pañuelo rojo, la larga lengua verde-blanca de Remy, el piso, el techo, el fluorescente impecable, la pared, tan estricta, lisa como los lavabos y los inodoros de agua reluciente. Papel sanitario. Se acordó del preuniversitario, cuando su amigo se llamaba Romualdo Arnaz y el profesor argentino de Matemáticas le devolvía el examen gritándole a toda el aula:

—Aquí, el muchacho ha encontrado un nuevo uso para el papel sanitario... No está nada mala la idea, ¿verdad? Y está perfectamente justificado porque te podés soplar la nariz tantas veces como te falle la memoria... —el profesor apoyó el examen de un golpe contra la mesa de Romualdo, diciéndole en voz baja—: sos un perfecto huevón... Para vos la vida es reír, y cuando ya no podés aguantar más, entonces llorás... Es por eso que sos como sos. Por eso te gusta la actuación.

Mientras se le ocurría cambiarse el nombre, Romualdo encogió los hombros despectivamente en una mueca estúpida.

—Estudio actuación porque se aprende mucho, hay que desdoblar constantemente la personalidad, y en la vida hay que beber de todas las copas, para luego decidir cuál es la mejor...

El profesor lo sacó del aula.

—Vení un segundo, boludo. A ver... ¿qué es para vos beber de todas las copas? ¿Es probar a ser marica? Yo te lo voy a decir... Es ir a cualquier fiesta, ser amigo de todos y desconocido para ninguno, vos te metes cualquier cosa que

aparezca y nunca te negás, nunca... Jamás decís que no...
—Lo interrumpió el timbre del receso.

De regreso al baño de la discoteca, Iván estaba parado junto a ellos con la inercia de las ganas de vomitar. Remy lo despertó con una palmada en el hombro.

—Nos vemos allá afuera, que te dejo en buenas manos.

Le pareció que Remy se deslizaba de puntillas con el dedo gordo por la losa blanca del baño hasta desaparecer tras la puerta. Iván oyó un chasquido insistente de metal contra cristal. Se volteó. El sudor lo obligó a pestañear, ahora tenía delante la sonrisa pícara de Adriana, sosteniendo una llavecita con cocaína. Escuchó la puerta del baño abrirse de un tirón. Entró un pelirrojo fuerte, silencioso y veloz, con ropa verde lumínica haciéndole una seña a Adriana. Ambos se apartaron hacia un rincón del baño donde titilaba un neón y empezaron a hablar en voz baja. Iván sintió un mareo golpeándole la nuca y se dejó caer sobre el lavabo. Tanteó hasta que abrió la llave, y metió la cabeza bajo el chorro. Su cabeza, una montaña rusa.

—En qué mierda me he metido... Metido... Azu, dónde te has metido. Y el baño tan limpio, tan falso... Disfrazado de blanco. El reflejo está... Mentira, más sucio que rojo tu pañuelo Remy... de espejos... que ese polvo blanco... Degenerado... Mierda... escoria... ¡MIERDA!

Le pareció que su cerebro era una pelota que rebotaba en el cráneo. Una voz casi de niña lo devolvió parcialmente a la realidad:

—¿Te sientes bien?

Iván se incorporó lentamente y reconoció a la adolescente uniformada del parque, ahora de naranja, menos de

quince años, pelo negro hasta los hombros y ojos verdes en la cara provocativamente ingenua. Con el ceño arrugado, Iván se quedó mirándola.

—Bailas muy bien, muy bien, cuidado que muy bien, Lolita, demasiado, porque tú... ¿Por qué bailas así? Alumna... Experimentada, bailarina... Pareces... Aventajada y prematura, eso ya eres... Una gran puta —quiso decirle Iván a la ninfa. Detrás de ella, al fondo, Adriana y el pelirrojo discutían en voz baja gesticulando. La muchachita se inclinó sobre el lavabo, y aspiró una raya entera. Iván se mordió los labios, pestañeando incómodo mientras intentaba desperdersarse. Al fondo el pelirrojo pegó un puñetazo a la puerta del inodoro. Adriana explotó:

—¡Pero que tú quieres, ahora no puede ser!

El pelirrojo se pasó la mano por la cara tratando de calmarse. —Mira... —le acarició los senos con el dedo enjaulado por los anillos— yo tengo que vender esto hoy, a quien sea, es un producto único.

—¿Pero no puedes esperar un día...? —Adriana agitó los brazos mascullando— Estás más volado que yo... Un día nada más... ¡Medio día, vaya! Remy nada más quiere diez gramos. Véndele una parte a alguien, a cualquiera aquí... A lo mejor al zombie ese... —susurró señalando a Iván.

La adolescente se arregló las pestañas, limpió apurada una gota de sangre en su nariz y trotaron sus tacones sobre la losa como serpiente encantada por la voz del disc-jockey:

—¡LA VIDA ES SOLO HASTA LOS TREINTA AÑOS!
¡GRÍTENME QUE NO ES CIERTO!

La puerta del baño se abrió otra vez.

—Iván!

Iván abrió los ojos y vio la felicidad de regreso. Un hada sin alas. Azucena avanzó asustada hacia él:

—¿Dónde estabas? ¿Qué te pasó? ¿Qué te pasa...?

—Nada alteza, nada... —Oswaldo se acercó con la telaraña enrojecida sobre el iris de sus ojos color miel, complicidad enfundada en una bolsita blanca, como su sonrisa— el muchacho solo me va a comprar cinco gramos de cal. Y si a ti te interesa, también tengo para complacer esos ojos azules. Aprovecha. Nadie sabe lo que tiene hasta que lo pierde... Iván recobró la lucidez en una inyección, como si lo hubieran sacudido de cabeza, los líquidos del cuerpo y la sangre regresaban al cerebro. El pelirrojo le ofreció a la estupefacta Azucena una pizca del polvito blanco en la uña de su dedo enjaulado. Iván tuvo un chispazo de cordura, tartamudeó temblando.

—No, no, mira, no nos hace falta...

Oswaldo lo ignoró dirigiéndose a Azucena meloso:

—Dale, mi niña, pruébala que te va a encantar... —su voz desaparecía en la seducción de un susurro directo a la rosada cara angelical— esto es mejor que templar.

Iván se estremeció de un escalofrío, un cortocircuito que le calentó las orejas, el cuello, bajó al brazo, al puño y en menos de un instante, se estrelló contra la tráquea de Oswaldo.

El pelirrojo retrocedió unos pasos tosiendo. Adriana se llevó la mano a la boca. El espejito se rompió en cien pedazos. Iván explotó en un alarido que le deformó la cara, los labios crispados, ojos rasgados, marchitos, brotando arrugas de una vejez prematura. Golpeó entonces a Oswaldo con el odio de toda una vida, los tres golpes fueron secos, siempre a la cara, empeño animal, su puño era borrador intentando desaparecer el rostro de su peor pesadilla. La víctima sólo atinó a extender los brazos fugaces de terror. La policía no importaba. Era horror indescriptible hacia la entidad que lo golpeaba. Miedo a lo inexplicable, por lo increíble de

la situación. El pelirrojo parecía indefenso, ridículamente enorme e inofensivo sobre el piso limpio y blanco. Golpe, otro golpe, tercer golpe, nudillos rojos contra la nariz, la boca, los ojos... El pelirrojo buscó ciegamente donde apoyarse, pero la mano con el dedo lleno de anillos solo consiguió agarrarse a la palanquita del inodoro, descargándolo junto con la bolsa blanca y el eco del disc-jockey:

—¡BAILEN, SALTEN, Y ÚNANSE EN ESTA NOCHE INOLVIDABLE!

Heber se dio por vencido y colgó.

—Otra vez no sale nadie. ¿A dónde rayos puede haber ido? La tía salió de la cocina amasando el delantal.

—A cualquier parte. Tú sabes cómo anda Iván. Desde que suspendió no se sabe lo que hace. Ya ni pasa por aquí. Si sigue así va a terminar mal... Por cierto: ¿oíste lo de la lluvia ácida? Heber traqueó sus dedos.

—Sí, nos vamos a tener que quedar un día encerrados.

Heber quedó callado un momento mirando los comejenes revolotear junto a la lámpara y cambió de tono.

—No te dije que ayer se murió la abuela de Marina... La tía se acercó sentándose a su lado.

—Ah, la muchacha esa... ¿Y de qué murió?

Heber se recostó completamente sobre el sofá.

—Se dio candela.

—¿Pero por qué?

—No sé... ¿Cómo voy a saberlo?

La tía se tomó su tiempo para afirmar:

—Esa muchacha es extraña, y es bonita a su manera, pero es rara, además nunca se sabe lo que está pensando... Es muy rara... Tiene algo raro en la cara, como si cambiara de forma, los ojos raros... así ovalados.

Heber sonrió.

—Coño, tía, que yo sepa todo el mundo tiene los ojos ovalados, además, si nada más la has visto una sola vez.

—Y de casualidad... ¿me vas a decir que es normal? Tú la llevas todos los días hasta su casa... tienes que conocerla bien... por cierto, ¿dónde vive?

Heber abandonó la silla para sentarse en la mesa del comedor.

—No sé, la verdad es que no sé. Yo siempre la he dejado cerca de la entrada del túnel. El papá la pasa a recoger por ahí...

La tía mostró interés.

—Y el padre, ¿cómo es?

Heber se incomodó un poco.

—No sé. Nunca lo he visto... —luego cambió de tono— A quien me encontré ayer fue a Azucena. Parece que van a construir dos plantas gigantes, o por lo menos una con la idea de Iván.

—La tía llevó los platos sucios a la cocina.

—Ah sí, ¿en dónde?

—Una cerca del Polo Norte y otra en la Antártida. No van a requerir personal permanente, y todos los meses será revisada por una brigada de mantenimiento. Es un sistema nuevo, otra tecnología, tú sabes, ¿no? Convierte las bajas temperaturas en energía... Aunque se rompa no hay peligro de explosión.

La tía se extrañó desde la cocina.

—¿Ah no? Qué bien...

Heber sentenció:

—Pues sí, eso no explota. Nada más deja de funcionar.

LUEGO

La voz fue un suspiro.

—No me gustó. Me dio miedo, se te deformó la cara... como un demonio.

Iván la abrazó con los brazos, las piernas y la cabeza.

—¿Dónde tú has visto un demonio...? No te muevas, por favor... Así... duérmete.

Azucena se relajó dulcemente con los ojos cerrados y recostó su mejilla contra la de Iván, dejando escapar el aliento.

—¿Te has puesto a pensar que somos la pareja perfecta? —la mano de él se deslizó por la espalda y los brazos de ella. Le besó los ojos— No, tú eres perfecta. Yo soy un mentiroso.

Azucena lo abrazó con una sonrisa.

—¿Por qué dices eso?

Iván se cruzó con el brillo azul de sus pupilas.

—Porque no te dije que suspendí... Sí. He suspendido el quinto año... Por favor... No digas nada... Duérmete ya.

Por la mañana, Iván notó que tenía una pequeña arruga sutilmente marcada en la frente.

—Sabiduría —le dijo Azucena, terminando el café con leche.

Se limpió la boca, ambos fregaron las tazas, ella le echó agua a las plantas, se puso el uniforme y le dio un beso a Iván, tomándole la cara con ambas manos.

—Estudia para el curso que viene, que todo tiene remedio, menos la muerte... Por ahora.

Iván le mordió el cuello juguetonamente. —Para eso estás estudiando, ¿verdad...? Azucena retrocedió con una risa cristalina. —¡Ay, ay! ¡¿Que estás haciendo!?

—Te como.

EL HAMBRE

La hamburguesa estaba mal cocinada y Remy decidió que definitivamente no tenía apetito. Recordó que después del ensayo tenía entrenamiento en el gimnasio, así que de todas formas era mejor no llenarse la barriga, porque más que sobre todo, recordaba también el miedo que tenía. Se había fumado siete cigarros para intentar sustituir lo que tanta falta le hacía. Luego, las habituales vueltas por su casa, hasta que descargó un puñetazo afectado y teatral al marco de la puerta, consciente de su cobardía. No se atrevía a llamar a la casa de Adriana y esto le avivaba la imaginación. Junto al teléfono empezó como otras veces a imaginar la llegada de la ansiedad. Pero no llamó a Adriana. Llamó a Iván.

—Fíjate bien lo que te voy a decir: te equivocaste conmigo. Ten bien claro de una vez que yo no formo parte de tu mundo.

—¿Pero qué estás diciendo, Iván?

—Te estoy diciendo que te puedes meter todo lo que quieras. Pero si a mí me vuelves a ofrecer alguna mierda de esas o me mandas a un tipo como ese, te digo que no respondo.

—¿Ah, no? Dime, querido... ¿y para qué te metiste entonces la botella de ron...? ¿Qué es lo tuyo, viejo... o es que no te acuerdas del preuniversitario y las veladas en el Malecón?

—Por favor... Fue la adolescencia. No tiene nada que ver con... —¡¿Ah, no?! Mira, este no es el lugar para hablar de eso...

Iván se sentó en el banco del parque. Junto a él, Remy prendió el décimo cigarro.

—Sí tiene que ver, mucho que ver, querido. ¿Sabes una cosa? El problema tuyo es que el alcohol es una droga legal y... ¿sabías que es más tóxico que la marihuana? La gente sabe lo que hace... Yo, por ejemplo, sé hasta dónde puedo llegar con un espejo. Porque me controlo, porque la domino a ella en vez de que ella me domine a mí. Si hay algo que me jode es la gente que no sabe tomar o volar.

Iván negó categóricamente.

—Es tu excusa. Ya no eres un adolescente. A mí me bastó con una borrachera. Yo no necesito esa mierda. Te domina a ti, porque dependes de ella... No me vengas con el cuento de que estimula la creatividad o la concentración... como si no te conociera...

Remy adoptó un tono afectado y pedante.

—Todo es droga, cada uno tiene las suyas, y lo que es peor, a veces no se atreven a disfrutarlas. Ustedes por ejemplo, la pareja perfecta y feliz... Apuesto a que te revientas por abrirle las nalgas a Azucena y metérsela por el culo. Pero no... Eso sería inmoral, aunque a ella le brillen sus ojitos azules de placer. ¿Verdad?

Un pestañazo de ira cerró el puño de Iván y lo disparó a romper los dientes de Remy, pero este, con un rápido juego de manos, lo inmovilizó torciéndole el antebrazo e incrustándoselo contra la espalda. A Iván le rechinaron los dientes y se le escapó saliva impotente.

—¡Hijo de puta!

Remy miró alrededor y le pegó la boca al oído mascullando: —¿Pero qué te pasa a ti, eh? Estamos hablando de hombre a hombre, como personas civilizadas. Ahora por favor no armes un espectáculo en este parque. La droga que le botaste al socio valía mucho, la hizo un químico volao... Yo tú me alejaba del ambiente, por tu bien... Trata de controlarte. Eso, relájate, así compadre... ¿Qué bobería es esa? Hoy tienes el boxeador subido... Querido, acuérdate del color de mi cinta...

No hizo más que soltarlo e Iván se incorporó como un resorte.

—Negra como tu alma. Estás pasado de moda, tú y tus socios, con tu novia del alma, esa guaricandilla que lo único que quiere es que la llesves a la discoteca, que le compres de todo... Después de todo eres un tipo popular. Pero no sabes lo que significa que alguien despierte a tu lado todos los días, no puedes siquiera imaginártelo. Porque ni la diversión ni el talento se compran...

Remy aplaudió burlón.

—*And the Oscar goes to... ¡Iván Kovelt!*

Iván, lo señaló sin perder el hilo, con toda la frialdad que puede tener el desprecio.

—Ah, y se me olvidaba: no me vuelvas a hablar.

BONDAD

El calor calcinaba la acera, y Azucena parecía que acabara de caer en una piscina de sudor, empapada la blusa blanca y la saya azul que a cada paso se le pegaba incómodamente a las piernas. Un grupo de muchachos de secundaria que se abanicaban con las libretas en una esquina le chiflaron vulgarmente. Ella siguió caminando con los ojos fijos en la acera. Curiosamente, ningún chofer le había brindado el transporte en medio del tráfico curiosamente empobrecido, a las 5:30 p.m en su reloj. El sol todavía en lo alto. Pero ella aceleró el paso, temiendo la posibilidad de un regreso nocturno que pudiera preocupar a Iván. Loca, loca: cruzar el túnel de la bahía caminando. Vamos a cruzarlo juntos, como anillo al dedo: a casarnos —pensaría probablemente Iván a su retorno. Desde hacía rato solo se oían sus propios pasos sobre el asfalto, y lejanos los altoparlantes de un vehículo anunciaban algo. Pero la distancia hacía el discurso incomprensible.

—¡LLUVIA ÁCIDA! ATENCIÓN A TODA LA POBLACIÓN: NO DEBEN SALIR DE SUS CASAS POR NINGUN MOTIVO. LAS VIVIENDAS CON FILTRACIONES O TECHOS DE MADERA DEBEN EVACUARSE INMEDIATAMENTE. ¡¡¡LLUVIA ACIDA...!!!

A treinta cuadras, el corazón de Heber vibró más por el volumen que, por la noticia.

—El día de la independencia... Únicamente que sea parte de la celebración —sonrió Heber, rascándose las patillas mientras veía el contenido humano de un edificio ruinoso agolparse en el garaje—, la verdad es que soy un comemierda... ¿Para qué estoy aquí parado en la calle... Aquí, con la carpeta parado, como un tremendo comemierda? Ah no, pero más comemierdas son ellos, que el cielo todavía no tiene una nube, y ya se volvieron avestruces.

—¿Ya estás hablando solo?

Heber se volteó reprimiendo el susto con una sonrisa.

—Coño... El director de cine...

—Por ahora de vídeo —saludó Miguel, quitándose la cámara del hombro.

Heber abrió los ojos:

—¡Oye, cómo se parece a la cámara que tiene Iván!

Miguel dejó escapar el aire en una sonrisa:

—Es la misma. Es mía. Iván me la devolvió hoy. ¿No te dije que me la habían robado? Ya tú ves, Iván la recuperó por pura casualidad. Vengo de su casa ahora. Es una reliquia, pero tiene valor sentimental.

OBSESIÓN

Cerró el libro de informática y lo dejó junto a la computadora. Con los pies giró dos o tres vueltas en la silla rotatoria, hasta que, la memoria y luego los ojos se posaron en el case de vídeo. Lo rebobinó. Un acercamiento lento e inestable a la cabeza infantil y grotescamente torcida en una mueca de dolor inmóvil, aún inocente por el terror que no se llegó a manifestar. Vestido blanco, pelo rojo manchando el blanco y el cráneo roto, y los ojos fijos que preferían soñar, volar, alejarse en un viaje interminable. La imagen era imprecisa, temblorosa, por momentos fuera de foco. Iván quitó la vista del TV y siguió escuchando.

—¡Que alguien llame a alguien...!

—Hola, pequeña... Adiós —murmuró Iván con los ojos cerrados.

Se oyeron unos pasos y bruscamente el sonido ambiente cambió a un nivel, mucho más bajo. El silencio momentáneo hizo a los ojos de Iván volver intuitivamente a la pantalla.

Un plano general, Heber saludó a la cámara moviendo exageradamente las manos, para luego desviar la mirada hacia el suelo. Así quedó unos segundos hasta que, disfrazando la timidez como un payaso inexperto, se apartó del campo visual despidiéndose con la carpeta. La cámara paneó a la izquierda bruscamente.

Y allí estaba ella.

Dejó de mirar a Heber y al descubrir que la cámara le estaba apuntando, desvió la mirada hacia los árboles, fingiendo indiferencia. El dedo de Iván pasó tanteando por delante del lente, la cámara se tambaleó y al instante hizo un zoom violento hacia su cara, perdiendo foco momentáneamente. Al recuperar la nitidez, Marina miraba frontal y fijamente al lente. La imagen comenzó a perder estabilidad, como temerosa de que aquella cara se saliera de los bordes de la pantalla. Miedo también a esa mirada peculiarmente inexpresiva.

—Cara de entierro... No. Ojalá supiera cara de qué tenías —pensó Iván en una mueca hipnótica, al oír su propia voz.

Marina tiró los ojos al suelo e instantáneamente retomó los árboles. Una leve fisura entre los labios dejó mostrar sus dientes afilados en una sonrisa muda que desestabilizó aún más el pulso del camarógrafo. Ella lo volvió a encarar, la cámara volvió a estremecerse, y el plano se cerró enjaulando a los ojos ovalados con el iris ligeramente violeta. Un pestañazo y empezaron a acercarse perdiendo foco hasta ser una mancha en la pantalla. Se vieron los árboles vacíos por una fracción de segundo y luego se cortó la imagen. Iván quedó inmóvil en la silla rotatoria y la vista fija en el TV encendido, con la lluvia de granos intermitente e interminable.

ADVERTENCIA

Recordó entonces lo que días atrás era solo una noticia curiosa por su estética de ciencia-ficción, pero para ella solo una posibilidad remota. Curiosamente se movía una agradable corriente de aire que le refrescó el cuerpo empapado bajo el uniforme. Las luces naranja contrastando con el azul de sus ojos. En el medio del túnel, sobre el asfalto, estaba tendido un gato con los ojos amarillos abiertos y la boca cerrada. Azucena se detuvo. El gato estaba físicamente entero y el túnel vacío.

—No parece que lo hayan arrollado... ¿Estará vivo? Ojalá esté vivo...

Aguantándose la bata cruzó sobre la baranda para saltar a la vía, junto al cuerpo. Lo tocó lentamente con el zapato y retrocedió al instante. Terror por la rigidez no anticipada. El gato siguió tieso. Azucena se agachó junto a él.

—Parece dormido con los ojos abiertos.

Pasó un minuto y le tocó la cabeza. La punta de la lengua asomaba tierna bajo los bigotes.

—¿Qué vino a buscar un gatico como tú en el túnel?

—Ingenua, un gato nunca cruzaría solo el túnel de la Bahía... — podría contestarle Iván.

Azucena se levantó compasiva.

—Qué te habrá pasado... Gatico.

Pensó por primera vez en las toneladas de agua salada que tenía sobre su cabeza, mientras el gato parecía mirar

hipnotizado el brillo naranja de las luces. Azucena pensó que ni un gato o persona cruza el túnel de la bahía caminando. Creyó que ella debía ser la excepción con ganas de caminar.

— Iván, dónde estarás.

Definitivamente aceptaba que aquel era uno de esos pocos días al año en que se sentía sola. Y ese malestar le subió por todo el cuerpo para convertirse en una lágrima dulce sobre el cadáver del animal. Cayó la lluvia anunciada sobre la ciudad y el túnel. Azucena salía cuando terminó de caer la última gota. Con paso firme, sin mirar atrás, imaginando cómo las luces naranjas se volvían punticos en el hueco negro a sus espaldas. Se alejó subiendo por la pendiente de la vía que desembocaba en la carretera costera, todavía húmeda y brillante. Caminaba con el mar a la izquierda y una elevación a la derecha. Marcaba un tenaz ritmo de marcha. Una marcha que ya era peregrinación para cumplir promesas. Las sendas de la carretera estaban divididas por un separador con hierba mustia y húmeda, de donde nacían en forma de X las farolas metálicas. El sol huía detrás de la silueta rojiza de los edificios y los pozos petroleros chinos, al otro lado de la bahía. Las bombillas de las farolas comenzaron a emitir un débil brillo naranja por detrás del grueso cristal. Más adelante se perdían en una curva alejadas del mar entre las elevaciones donde comenzaba la jungla fantasma.

—Todo por una gata. Me lo hubieras dicho y hubiéramos ido en el carro.

— Sí, no sé, me dio por caminar, tú sabes, hay días así.

La carretera estaba húmeda. Azucena notó que venía pisando algo pegajoso. Miró sus suelas y nada. Durante los próximos treinta metros, el efecto subió de intensidad, has-

ta despegar los últimos tres pasos con un chasquido. Olor a quemado. Giró bruscamente a sus espaldas, los ojos azules se hicieron tan redondos como minúsculas las pupilas en la cara rígida. Detrás de ella había una hilera de huellas negras. Se miró los zapatos: las suelas estaban desechas, derretidas. La carretera húmeda. Entre las hierbas mustias y brillosas se deslizaba el humo. Palideció escapándose el aire en una mueca de terror. Pidió auxilio. Dio dos pasos en dirección al túnel y otros tres hacia la curva donde se perdía la carretera. El brillo de la hierba se estaba diluyendo en una masa líquida verdosa. Calor en la planta de los pies. Poco quedaba de sus suelas humeantes. Azucena gritó a la ciudad con los pulmones hasta que se le salieron las lágrimas en un llanto desesperado. Sintió el motor de un camión que se acercaba en dirección al túnel. Instintivamente saltó sobre él. El chirrido del frenazo la aturdió sobre el capó del camión. El chófer pareció comprender, y se bajó como un rayo cargándola hasta dentro del vehículo. Azucena temblaba como una niña febril, con los ojos fijos en el punto negro, lejano que era el túnel.

—A... Acelera.

—No, no te preocupes, no pasa nada.

Azucena lo miró estupefacta:

—¿N... no sabe usted?

El chofer encendió el motor, era un hombre de mediana edad. Ojos grises y barba tupida.

—Sí, sí, le digo que no hay ningún peligro aquí dentro...

—¿Cómo no? La carretera, y... mire la hierba... —lo interrumpió Azucena quitándose lo que quedaba de su zapato derecho. El camión aceleraba gradualmente. Su pie estaba intacto, limpio y redondo. Azucena se lo cubrió con las manos acariciándolo instintivamente como a un animal indefenso. Al momento sintió encima la mirada del hombre.

—No se preocupe, que las gomas de este camión son mucho mejores que las suelas de sus zapatos. Esto es un todo terreno. Tranquilícese, yo sé lo que digo... Por cierto, ¿usted estudia medicina? —Azucena se miró confundida el pie desnudo, y su temblor disminuyó al asentir.

—Claro.

El hombre aprobó relajado con la cabeza.

—Se ve, se nota que usted no es una de esas estudiantes de enfermería que aparentan un nivel superior disfrazándose con uniformes iguales al suyo. Porque eso siempre se nota. Usted tiene clase... y un pie precioso... —añadió con la mirada.

Azucena sonrió tímidamente con un gracias, apenas audible. La voz modulada y grave del hombre le ofreció confianza.

—Por favor, no me trates de usted —quiso decirle Azucena, temió un exceso de familiaridad.

El hombre la miró de reojo:

—¿Puedo tutearla? — las luces naranja del túnel resplandecieron sobre Azucena asintiendo con la cabeza. El hombre agradeció con un gesto, antes de preguntar:

—¿Para dónde vas?

Azucena le mostró el papel.

—Iba a casa de una señora que vive en las afueras... en el... número 0 de la... calle 133.

El hombre tardó en hablar nuevamente.

—Eso no es una calle. Es un terraplén. La casa está en las rocas... Un lugar perfecto. Hacia el frente tienes el mar... Media vuelta y al fondo tienes el campo... Pero esa señora murió, anteayer, en el hospital... Era mi madre.

Azucena quedó un instante sujetándose el pie desnudo hasta que reaccionó metiéndolo de vuelta en los restos de su zapato.

—Lo siento mucho... Ella parecía muy buena persona... Yo la atendí en el hospital. Estuve hablando mucho con ella. Estaba preocupada y me pidió que hablara con...

El hombre abrió los ojos. —¿Con quién?

Azucena se cortó por un instante.

—Con... con usted... Vine a pedirle que por favor no se deshaga de la gata. Se lo prometí a su mamá.

El hombre suspiró profundamente molesto consigo mismo mientras salían del túnel hacia la ciudad.

— Ay mamá, mamá... la gata se... escapó... —luego su voz adquirió un tono más paternal

— Te agradezco que hayas dado el viaje. Ojalá que todos los de tu profesión fueran como tú. Pero, para la próxima, ten más cuidado y estate al tanto de las noticias —señaló el cielo—, porque sería un desperdicio total.

Azucena no contestó y bajó la mirada.

—Me dijo que su hija era igual de irresponsable, o al menos eso era lo que él consideraba irresponsabilidad, porque quizás se estaba poniendo viejo... En fin, yo ya estaba incómoda. Quería salir del carro. Él me preguntó dónde vivía y le dije que era por allí mismo... Después vine caminando.

Iván se quedó masticando la col.

—¿Pero no vas a comer?

Azucena probó una cucharada de los frijoles y demoró un instante en tragar. Luego con la segunda y tercera cucharadas ganó ritmo. Iván miraba absorto la cuchara deslizarse dentro y fuera de su boca.

—Están fríos, ¿verdad?

Azucena negó sin dejar de comer.

—No te preocupes, no importa.

—Sí, sí, los caliente en un momento...

Ignorándolo, Azucena empezó a comer a toda velocidad, como una máquina, conteniendo una risa juguetona hasta que explotó: —¡Casi... Ya terminé! —la risa era genuina y transparente.

—¿Por qué no te casas con ella, ya? Mañana mismo, vaya. Si ustedes llevan juntos dos años, además, tú lo sabes. Esa muchacha es de oro. La verdad no te entiendo... Si fuera tú amarraba el papalote, no se lo vaya a llevar el viento... —le había dicho Heber tres meses atrás, cuando salían de la universidad. Iván acarició su carpeta, pensativo.

—Creo que es mejor terminar primero la universidad. Azu seguro piensa igual...

—Por nada del mundo yo estudiaría medicina y menos para terminar en una boda... Por favor, déjate de romanticismos, querido. No te embarques tú, ni la embarques a ella, que todavía les queda mucho por vivir. Te lo dice la voz de la experiencia... —sentenció Remy dos meses atrás, repantigándose sobre el sofá tapizado en su sala de cristal.

Iván se despidió mirando su brillante reloj de acero con una sonrisa.

—Eres un caso perdido.

Remy bostezó.

—Irremediablemente, querido... y sobre todo feliz. ¿Eres tú feliz? Iván se demoró en contestar.

—Claro papá. No sé por qué me lo preguntas.

El padre movió la cabeza positivamente sin dejar de martillar. —Por nada mijo, porque eres universitario, y en

cima eres noticia en el periódico y en la televisión, pero más que nada, porque quieres y te quiere una mujer como Azucena. Es lógico que seas feliz.

—Sí mamá, la quiero más que a nada en el mundo —Iván continuó con una mueca pícaro—, incluso más que a ti.

—Demasiado lindo. El periódico siempre ha sido lindo, hasta para criticar... ¿Quién te lo iba a decir? Ya pasaron tus quince minutos de fama, genio incomprendido. Te lo digo porque hago películas independientes, y las voy a seguir haciendo gracias a que encontraste esta cámara. Sí, la voy a usar precisamente porque es analógica. Tú sabes que soy un dinosaurio prematuro.... Ahora descríbeme con detalles ¿Cómo era el tipo que la tenía?

Iván le contó de nuevo toda la historia desde que salió del parque. La niña atropellada, el hombre de la cámara.

—Y el casete, ¿dónde está?

Iván dio una voltereta en la silla rotatoria.

— Se lo llevó el tipo ¿No te lo había dicho?

Miguel movió la cabeza.

—No. Pero qué cosa más extraña... ¿Por qué el tipo te habrá dejado la cámara? Esa niña... ¿Adónde se habrá llevado el cadáver? O bueno, te quitó la cámara de nuevo para sacar el casete... ¿No?

Iván afirmó.

—Y después me la devolvió, se montó en la camioneta y antes de que me diera tiempo a gritarle, se perdió al doblar la esquina.

Miguel se levantó insatisfecho hacia los rayos del sol matutino.

—Es que no me lo creo. Es muy absurdo todo eso... Si no me lo contaras tú, no me lo creería. No tiene ningún sentido. Será un periodista sensacionalista o un loco... Y, ¿nadie se fijó en el número de la chapa?

Iván se pellizó la yema de los dedos.

—Tú lo has dicho: esto no es una película. ¿Tienes idea de cómo me sentía en ese momento?

Azucena se quedó pensativa mirando el plato de frijoles, vacío como el cielo nocturno.

—No hay nada más desagradable. Pobre de mí, si el cadáver de un gato me impresiona de esta manera. Iván agarró con los dedos un último y minúsculo pedacito de col y se lo metió en la boca.

—No te preocupes... Que a todo uno se acostumbra...

Azucena se quedó en silencio acariciando la cuchara brillante. Gradualmente dejó de oírse el tráfico. Una brisa ligera le movió el pelo. El reloj del comedor marcó las once. Miró a Iván con la ternura constante de sus ojos azules hasta que los rasgó con curiosidad.

—Iván, ¿qué tienes ahí?

Iván miró hacia atrás ligeramente sobresaltado.

—¿Dónde, qué...?

Detrás de él estaban la TV y el vídeo apagados en la mesa vacía. —Qué susto me has dado.

Azucena rompió a reír otra vez.

—En la cara bobo, ¿qué tienes ahí en la cara?

Iván se pasó la mano tanteando lentamente.

—¿Dónde...?

Azucena se inclinó casi acostándose sobre la mesa.

—Aquí.

Iván sintió un escozor cuando lo rozó la yema del índice de Azucena. —Toma, trata de mirártelo...

Le puso la cuchara reluciente delante de la cara. Iván buscó la inclinación precisa en el reflejo del metal. Abrió los ojos. —Qué raro... ¿un grano?

Azucena se incorporó ansiosa.

—¿Quieres que te lo saque? Está a punto...

Iván dejó escapar un gemido de dolor frente al espejo del cuarto. —¡No, no, todavía no se puede!

Le aguantó las manos a Azucena.

— ¡Ah...! Cómo me duele.

Azucena, soltó la toalla y le besó las manos.

—Sí, sí, Azu, hay que esperar un poco...

Azucena le apuntaba con unos ojos azules implorantes. Iván le besó las buenas noches en la boca, mientras continuaba diciendo:

—Quizás mañana...

EL ÍMPETU DE LA CIENCIA

El estudiante de informática Iván Kovelt ha resultado ganador del evento internacional de Física nuclear, presentando un proyecto que bien podría revolucionar toda la producción de energía a nivel mundial. Simplificando la idea del proyecto, este consiste en una planta que capta bajas temperaturas (inferiores a -40 grados) y procesa el frío convirtiéndolo en energía. Esto podría sustituir el combustible actual, y eliminaría por completo cualquier peligro de explosión accidental. Confiamos en que este sueño de la muerte del Uranio, sea algo más que una utopía. En todo caso, su creador ha declarado que este es un asunto delicado del cual deben ocuparse y desarrollarlo los mejores especialistas de la materia. Cabe señalar que este joven se encuentra estudiando informática en cuarto año de la carrera. Sorprendente es que esta incursión de Iván en el campo de la ingeniería nuclear ha sido por pura afición al tema. El Instituto de Física Nacional ha valorado la posibilidad de dialogar con especialistas en la DNA21 (World Science Organization Labs) para realizar pruebas experimentales en los laboratorios. Felicitamos calurosamente a Iván y le auguramos un futuro brillante...

—Esto es irónica lamentablemente y un periódico viejo. No dice nada concreto y el periodista sabe de ciencia lo que yo de arte contemporáneo —murmuró el decano, mientras

cerraba el diario con un suspiro y lo metía de vuelta en la gaveta del buró.

La última palabra de la oración consiguió que la oreja derecha de Iván se estremeciera en un tic imperceptible para el director docente. Sin perder la calma, Iván se acomodó en la silla roja.

—Por favor, usted sabe que yo he tenido problemas personales. Lo único que le pido es que comprenda lo importante que es para mí no perder esta carrera... Creo que es justo. Es solo una licencia para continuar el año que viene.

El zumbido del gigantesco ventilador metálico dirigía el aire solo hacia el buró del decano. Contrastando con la parquedad de su voz, los ojos de Iván estallaban.

—¡Es solo una licencia, es mi vida... mi orgullo! ¡¿Oíste?! ¿Te gusta jugar con la vida de los demás? Nunca has hecho más nada que estar sentado ahí, con tus patillas grises y tu bigote de manubrio... ¿Por qué me enseñas el periódico...? ¿Te resulta fácil, verdad... divertido? ¿Te parece gracioso? ¡Viejo cabrón! —tuvo Iván en la punta de la lengua, pero se contuvo.

—¿El año que viene? Mire Kovelt, sinceramente lo veo difícil. Una licencia no es una cosa tan sencilla. Yo sé que usted ha demostrado ser un alumno intachable. Que su nombre contribuye al prestigio de esta Universidad. Pero esto... Hay reglas, procedimientos que debemos seguir. Yo comprendo sus razones. Pero la mía... La nuestra, ya sabe... Es una razón puramente académica. Y no se puede decir que le hemos negado una oportunidad. Ahora le queda la opción de presentarse por concurso. Sé que es difícil, pero si se prepara bien no dudo que lo logre, porque a usted le sobra capacidad. En fin, qué quiere que le diga... Es muy penoso, además, ya usted lo sabe, todos los profesores y yo estamos de acuerdo. Porque la expulsión...

—Expulsión, Expulsión, EXPULSION...

Iván no supo cómo terminaba la frase. El eco terrible de la palabra primero fue burla, luego vergüenza, y después venganza: un calambre neuronal que lo obligó a cerrar los ojos un segundo y pasarse la mano por la frente y las orejas. El decano mostró interés muy delicadamente.

—¿Se siente bien?

Iván frunció el ceño, e hizo una mueca lacónica. —Sí... Es el calor.

El sol reventaba la calle. Iván podía sentirlo a través de las suelas, durante el trayecto hasta el parqueo, desprendiéndose del asfalto. Caminaba sin ganas, lamentando la gasolina perdida, el viaje inútil. La cara cubierta por una fina película de sudor. El cuello de la camisa pegajoso. La espalda húmeda adhiriéndose a la tela con cada paso. Y los pantalones hechos un asco. La sombra del árbol, bajo el cual estaba parqueado el carro, se había corrido a la izquierda y ahora el sol brillaba sobre el techo metálico. Esto es un infierno, se dijo Iván al abrir la puerta. El vapor salió envolviéndolo lentamente mientras el carro saludaba burlón al dueño: Bienvenido de vuelta, disfrútame, que estoy más caliente que un horno.

Estallido cerebral. Pero le sobró lucidez como para no golpear un simple pedazo de metal. Bajó entonces el cristal de la ventanilla y dejó la puerta abierta unos segundos hasta que una gota de sudor se le coló dentro del iris, la sal hiriendo el glóbulo. Reprimió entonces el grito acumulado con un chasquido de la lengua. Se quitó la camisa estrujándola contra el asiento trasero. Luego metió la llave y aceleró al máximo de velocidad permitida.

VOLUNTAD

Desde lejos, Heber agitó la carpeta y gritó todo lo que pudo, aun sabiendo que era inútil. Cuando alcanzó la parada, el ómnibus se alejaba doblando la esquina. Pegó un zapatazo a la acera mientras se maldecía a sí mismo por llevar tanto tiempo montando bicicleta y no acordarse de que un ómnibus tiene horarios. De un fognazo recordó que el recorrido del ómnibus en ese punto era una vuelta en U, que empataba con otra parada a setecientos metros de él. Calculó que mientras el ómnibus recorría la U, bien podría alcanzarle el tiempo para correr y franquear las siete cuadras...

—¿Y toda esta carrera para qué? ¿Para llegar a tiempo a la universidad? ¿Aun sabiendo que la profesora nueva está enferma, que seguramente no irá? Sí. Con el calor que hace voy a sudar como un puerco. Soy un comemierda. Pero no puedo correr el riesgo. Si me tengo que joder... pues me jodo —decidió Heber, mientras salía disparado en dirección a la parada.

Sin dejar de correr miró a la derecha: el ómnibus se hacía diminuto en la curva de la U. En menos de dos minutos habría dado media vuelta y estaría en la parada siguiente. Heber corría en silencio. Prácticamente solo escuchaba sus pasos sobre la acera. Pasó cerca de una anciana que no lo vio, de unos niños jugando con pistolas de plástico negro, de una adolescente con uniforme de secundaria que lo miró

por un instante. Dos meses más tarde Heber aún recordaría aquellos curiosos ojos verdes enmarcados por un pelo negro y lacio hasta los hombros que pasaron en un barrido fugaz. Faltaban cuatrocientos metros. Heber empezó a sentir la falta de aire. El claxon de una motocicleta le hizo detenerse en una esquina. Tres segundos de respiración cortada y continuó la carrera. Trescientos metros. Aumentó la velocidad. Olvidó el sudor. Pasaba como un bólido entre personas que caminaban lentamente, o que estaban paradas. Correr, alcanzar el ómnibus ya era inexplicablemente cuestión de vida o muerte. Más rápido que los ciclistas. Doscientos metros. Le empezó a subir algo por la garganta, algo blanco. Recordó que en una carrera, el mayor esfuerzo se guardaba para el final. El ómnibus ya paraba, las personas empezaron a salir y a entrar. Heber apretó la carpeta. La cara se le descompuso por las grandes zancadas cada vez más ambiciosas y endebles. A cien metros el ómnibus se llenaba. Heber desfallecía tratando de aprovechar la inercia. Su desesperación llamó definitivamente la atención gradual de los peatones y vecinos. Tropezó con un auto antiguo que estaba parqueado sobre la acera. Ignoró el pitido de la alarma.

—¡Ataja! —gritó un anciano desde su balcón.

Cincuenta metros, el ómnibus estaba repleto. La puerta trasera quedó trabada por un hombre pelirrojo que apenas cabía. Heber sintió el motor acelerar lenta y sordamente. Las gomas se movían. Se le salieron la lengua y los pulmones mientras extendía los brazos con los ojos en blanco. Apenas oía un murmullo detrás de él:

—¡Cógelo, ataja!

Pensó en un instante de locura inconsciente que todo aquello continuaba quizás por los ojos verdes que había dejado atrás. Saltó y se agarró de la puerta trasera, despren-

diendo instintivamente la pintura con las uñas. Con el brazo derecho se agarró al pelirrojo. Por un instante le vio la cara sudada llena de pecas. Heber intuyó algo maligno en aquella expresión, pero fue demasiado rápido. El pelirrojo, de solo un manotazo, lo empujó sin piedad, tirándolo de la guagua. Cayó mal y, aunque intentó mantener el equilibrio, pronto se fue de bruces, la carpeta amortiguando su quijada sobre el asfalto caliente. Rodilla y codo derechos en carne viva contra la calle de fuego. Todo por la ¿universidad?

ENTREVISTA MESES ATRÁS

—¿Y cómo se siente?

—Feliz. ¿Cómo me voy a sentir?

—Claro, ahora que tu nombre le da la vuelta al mundo. Es lógico. ¿Y tu familia, tus padres? ¿Qué dicen de todo esto?

—¿Qué van a decir? Vaya pregunta. Claro que están contentos.

—Bueno, dinos ahora, ¿qué perspectivas tienes en mente para la realización de tu proyecto?

—Si tú supieras... Bueno, creo que lógicamente todos sabemos que por ahora... Es imposible de realizar en este país. Yo estoy lejos de ser un experto. Creo que la mejor opción sería colaborar con verdaderos especialistas en la materia. Me refiero a científicos de la DNA21.

Azucena y Heber abrieron la boca simultáneamente. La madre de Iván dejó de tomar la sopa y el padre se levantó de la mesa con la boca entreabierta:

—Se volvió loco.

Detrás del cristal de la pantalla, el entrevistador se demoró en sonreír.

—Kovelt, tengo entendido que usted cursa el quinto año de la carrera de informática. Bastante dura, según tengo entendido. Imagino que... ¿te fue difícil dividir el tiempo?

—Para nada. Ya lo he dicho. La idea se me ocurrió cuando metí un pomo de cristal con agua en el congelador para que se enfriara un poco. Pero se me olvidó y pasaron cin-

co horas. A esa hora, Azucena, mi novia, estaba hirviendo agua. Entonces me acordé del pomo y lo saqué. Estaba totalmente congelado hasta el tope y, curiosamente, no había quebrado el cristal. Azucena salió un momento. Yo estaba aburrido y sediento de agua fría. Sin pensar más, introduje el pomo en la olla de agua hirviendo.

—¿Y entonces?

—Los pedacitos de cristal dejaron la olla hecha un colador. ¿Increíblemente sencillo, verdad?

—Peligroso. Y tú, ¿te habías ido de la cocina?

—No, pero digamos que tuve esa intuición de peligro, además de buenos reflejos. También mucha suerte.

—O sea, la base es un cambio brusco de temperatura. ¿Me equivoco?

—No. Pero olvidé un detalle importante. Era agua salada... Agua de mar.

—¿Agua salada? ¿Y para qué...? ¿Tú tomas agua salada?

—No... Pero quería probarla... Nada. Una curiosidad desde que era niño. Por otra parte la composición del agua está cambiando, todos sabemos que hace un mes que comenzaron las lluvias ácidas, y me atrevería a decir que estos productos químicos además de inofensivos han dejado de merecer la categoría DESECHO o DESPERDICIO... Puede sonar ridículo, pero hasta la basura sirve.

—Claro... Por cierto, he oído que desde niño has sido multifacético. Construías gigantescos castillos de arena a los siete años. Aquí estamos mostrando una foto que se ha hecho famosa. Impresionante. ¿Verdad? Lástima que no haya podido conservarse. También has compuesto música, dibujas, escribes... poesías, ¿no? Y ahora, ¿no has considerado la posibilidad de cambiar de carrera y dedicarte de lleno a la física nuclear?

—Me va muy bien en informática. Demasiado bien. Aunque sí, pudiera ser... ¿quién sabe? Tal vez me cambie.

El entrevistador lo aduló con dos o tres preguntas más para luego despedir el programa deseándole éxitos en su prometedor vida profesional, sin que por ello le fuera posible disimular su envidia.

—Bueno, parece que Iván no llega... Voy caminando que si no me va a coger la noche. Y pasado mañana tengo examen de cálculo... —se despidió Heber, recogiendo su carpeta.

Azucena le atrapó la mano con un gesto infantil.

—Quédate a comer...

Heber tuvo un lapsus de dos segundos para luego contestar, atropelladamente:

—No Azu de verdad, no puedo... tú sabes que si pudiera me quedaba... Esto es mejor que un restaurante.

La madre de Iván lo encaró con las manos en la cintura.

—¿Ah sí? A ver, ¿quién cocina mejor? ¿Yo —señaló a Azucena—, o ella? Prohibido contestar: las dos. El padre de Iván le dio una palmada en el hombro al interpelado. —No le hagas pasar un mal rato al muchacho. No quiere perder a ninguna de la dos. ¿Verdad?

Heber se cruzó con la mirada azul y se puso rojo...

—¡Como un tomate! —rió Azucena sacudiéndole cariñosamente la mano rígida.

El escalofrío le subió raudo, indetenible hasta la médula sin lograr impedir el estremecimiento.

—¡Ah! Cómo me duele el cuello... —Heber vomitó las palabras recordando lo falso que le resultaba el teatro— Bueno, bueno, ahora sí me voy —se tocó la columna—, esto es por estar tanto tiempo pegado a la mesa. La universidad, Azucena. Tú lo sabes tan bien como yo... —se puso melan-

cólico y divertido antes de salir— Iván, ese sí se reserva el sufrimiento.

Azucena encogió los hombros desde el sofá mostrando su sana y brillante dentadura en la más dulce de sus sonrisas.

—Sí... es que mi novio es un genio.

UN AÑO DESPUÉS

Iván sonrió amargamente frente al espejo de su cuarto. Sacó un pequeño bistec del refrigerador, lo echó en la sartén y encendió la televisión para ver el noticiero. La mesa de la sala estaba llena de fotos. —Mis obras de arte —recordó Iván.

Las había tirado cuando era niño: aviones, carros, misiles, árboles secos, nubes, el sol... el mar... La foto del mar era simple y vacía. Cielo y mar, cielo y mar. La división... Dos mitades. Horizonte perdido. Lenta y gradualmente la foto le fue produciendo el mismo efecto desagradable. Iván la pegó de cara a la mesa. La televisión seguía encendida.

—Qué estupidez. La voy a mirar, seguro...

La foto boca abajo contra el cristal de la mesa. El bistec crepitaba en la cocina. Iván extendió la mano hacia la foto y la puso sobre ella levantándola diagonalmente un centímetro. Alcanzó a ver el reflejo de la imagen del agua sobre el cristal de la mesa. Un fuerte escalofrío, como un calambre le subió por el cuello. Soltó la foto bruscamente y se levantó al momento.

—Felicidad... Mátame de una vez.

Avanzó dos pasos, metió las manos en los bolsillos, sacudió la cabeza, botó el aire y limpió las gotas saladas que le habían aparecido en la frente. Una corrió hasta la comisura de los labios. Instintivamente le pasó la lengua. El contacto fue un rayo de nostalgia hacia las partículas de sal que esta-

llaron en las gotas de salitre cuando le herían la cara, diecisiete años atrás. La playa desierta. El castillo de arena podía construirlo nuevamente. Era dueño de la situación, pero a pesar de su sangre fría, no pudo razonarlo. Entonces era tan solo un niño asustado mirando el mar, aunque una parte de él ya fuese alcanzando la madurez para comprender algo: el castillo de arena podía ser reconstruido. Ella no.

PAREJA

Por supuesto, entonces no me preocupaba que las cosas cambiaran. Un sueño no debe ser un ideal inalcanzable. Mi Azucena es un ideal, pero también es real. Sin embargo, no ha cambiado. Hasta ahora creía que la gente no cambiaba realmente. Creía que bajo una u otra presión se adaptaban a las circunstancias... Es un hecho que todo el mundo codicia a mi novia. Al principio tuve miedo, quizás fui a veces hasta descortés. Ahora... a mi pesar, debo confesar cierto orgullo. Pura su sonrisa mientras la mirada azul los hipnotiza. Siento orgullo de saber que eso no se llama lealtad, ni fidelidad... sino amor. Puro, mutuo y compartido. Me he degenerado tratando de imaginar las verdaderas intenciones, cuando falla el tono en la voz de mis mejores amigos... Incluso mi propio padre, hasta mi abuelo. Sí, todo visto desde afuera parece paranoia estúpida. Pero... ¡Ah! Ya puedo percibir al instante, la falsa gentileza en la endeblez de las frases, en el tartamudeo bien camuflado que lucha por salir, aun cuando son sinceros... ¡Infelices! Esto por supuesto no sucede a toda hora. Hay instantes en que logran olvidar la mujer y ven al ser humano. Ella entonces parece agradecer el descuido, el lapsus mental tan poco frecuente. Heber, excepción al fin, es el único hombre capaz de mantener una relación sincera de amistad con ella. Y no lo digo porque ambos se hayan criado en el mismo pueblo. Lo afirmo porque sé que Heber es un

hombre a quien el teatro le aburre, literal y metafóricamente hablando. Pero es una excepción. Mi Azu es lo que yo llamaría una víctima de hierro con voluntad tierna. Su belleza podría perdonarle altanería y orgullo, pero ella, temerosa del mundo, se comporta como si fuera la más intrascendente. Admiro su carácter, su entereza, su dedicación para resolver no solo los suyos, sino todos los problemas ajenos, aunque termine llorando junto a mí, a veces, cuando se da cuenta de que el mundo es muy grande o demasiado hijo de puta. Si pudiera ser como ella... ¿Será realmente feliz? Es demasiado irreal. A todas estas, debo ser un Otelo postmoderno. Mi Desdémona es codiciada por Yagos de múltiples edades. Debo conocer a unos cincuenta. Pero esto no es una tragedia. Heber también tiene razón, el teatro termina por aburrir; porque cansa elucubrar sobre personas que nos estiman. La vida da tantas vueltas. Cuando nos conocimos en una fiesta, Azucena me contó la primera vez que entró a una iglesia en su pueblo natal. Tenía siete años. La entendí perfectamente.

—Era domingo por la mañana y papá había salido a pescar en el lago. El calor era terrible, casi como ahora. La noche anterior papá me comentó lo linda que estaba la iglesia nueva, tan blanca. Por la mañana mamá me vistió de azul hasta los tobillos y me recogió el pelo en una trenza preciosa. No se por qué nunca me volvió a peinar. Entonces, me dijo al oído que no le podía contar nada a papá. Salimos temprano. Cerca del muelle estaban como siempre los botes, el olor a río y a pescado. Mamá me llevaba de la mano. ¿Qué falta hacía venir por el puerto, si la iglesia está en centro del pueblo? Mamá se quedó un rato mirando el lago para cerciorarse de que ya papá estaba bien lejos y entonces fuimos directo para la iglesia. Alrededor habían cortado los

árboles para sembrar rosas y buganvillas. La construcción me desilusionó un poco. Imagínate... Yo esperaba ver una iglesia como en los libros y las películas. Pero esta me pareció cuadrada y chata. Las ventanas no se abrían, eran ladrillos de cristal semitransparente, el piso de granito pulido, y era verdad que brillaba, todo aquel blanco la hacía atractiva, y la diferenciaba del resto del pueblo despintado. Pero entonces vino lo malo. Cuando entramos no había nadie y el altar estaba tapado con una lona negra. Mamá se quedó en la puerta sin atreverse a pasar. Pasaron quince minutos, a mí ya me dolían los pies, apretados en mi zapatos. Entonces llegó el cura, de negro contra las paredes blancas. Saludó muy agradable a mi mamá y pasó la mano por mi cabeza “dorada”, como solía decir. Después miró hacia el altar y preguntó disgustado dónde estaba el monaguillo mientras caminaba hacia la lona negra. Mamá fue tras él susurrándome que iba a ver la cosa más linda del mundo. Recuerdo que el corazón empezó a latirme con una emoción tremenda, porque si la iglesia era linda, el altar debería ser una maravilla. La gente había empezado a entrar. El cura frente al altar, volvió a llamar inútilmente al monaguillo. Luego agarró torpemente uno de los extremos de la lona negra y la haló de un tirón. La parte superior de la tela se partió descubriendo la cara cuarteada por los años de un Cristo oscurecido. A su lado había dos vírgenes en el mismo estado. Iván, no puedes imaginarte, nadie puede imaginarse lo que yo sentí. La mirada de esa cara parda me aterró, parecía tener cientos de años, las grietas de la piel, los ojos mansos y marchitos, la sangre en la costilla, seca, las estrellas oxidadas en la cabeza de la virgen, caras alargadas y antiguas, pupilas cuarteadas con algo de maldad terrible, gigante. Fue una imagen fulminante, me escondí detrás de la falda de mamá y fijé los ojos

en el piso. “¿Qué le pasa a Ricitos de oro?”, me preguntaba el cura sonriente, tratando de consolarme, pero yo no lo oía, solo tiraba de la mano de mamá con toda mi fuerza hacia la puerta principal. Y ese mismo día por la noche escuché desde mi cuarto a un vecino que fue a mi casa para decir que papá no volvería.

No había terminado el cuento y ya simpatizaba con su carácter impresionable. Me fue llegando poco a poco, en largas oleadas, una música lejana que parecía flotar sobre el rumor del tráfico en la ciudad desenfocada. Una música aparentemente monocorde, plana, enajenante, que no oía desde niño. Detrás de nosotros seguía la fiesta muda. Azucena se había quedado callada, esperando algo que no era precisamente mi respuesta. De pronto sentí lástima por ella, con su vestido blanco y el pelo de oro ligeramente azulado por la noche, ondeado por el aire. La amé entonces. Creo que lo notó.

Porque a pesar de ser un extraño, su silencio me ofreció confianza. No fue la respuesta, como tantas veces durante mi niñez, un monosílabo o un silencio compasivo ante la aparente estupidez de mi historia. Se la conté como quien cuenta una pesadilla deseando que no se repitiera, esperando comprensión por parte del que escucha. Iván compartió mi pesadilla. Su silencio era mágico. Y yo, aquella noche, estaba cansada de oír hablar a mis amigas. Afortunadamente, una vez en el balcón, la fiesta a mis espaldas se volvió un murmullo. Amé su silencio. Creo que lo notó. Se había vuelto hacia mí, sus ojos aguados en una sonrisa triste. Fue la única vez que lo vi triste. Miró de vuelta a la ciudad, luego a la fiesta y de nuevo a mí, clavándome su mirada con la pregunta: “¿Quieres irte?”

—¿Le dijiste que sí? —preguntó el sicólogo cincuentón, con voz apenas audible.

Después de una pausa, los ojos de Azucena brillaron.

—Claro, Fernando. ¿Por qué me lo preguntas?

El sicólogo movió la cabeza para quitarle importancia a su pregunta.

—Por nada... Tu novio es un cerebro. ¿Tú sabías que el papá me lo trajo cuando tenía 8 años?

Azucena se echó hacia delante entusiasmada.

—¿Sí? ¿Y para qué?

El sicólogo recostó su espalda en butaca, prendiendo un cigarro. —Por nada...

Azucena rompió a reír como una niña.

— Ay, ¿pero qué clase de sicólogo eres tú, Fernando? A todo contestas: “Por nada”. Vas a matarme de los nervios. A Fernando no le quedó más remedio y tuvo a bien contagiarse de la cascada infantil, la risa de Azucena.

—Vino a que le hicieran un test. Yo le decía una palabra y él tenía que contestar con otra, la primera que le viniera a la cabeza. Por cierto, creo que todavía lo tengo por aquí...

Azucena bajó la cabeza mientras la curiosidad escondía su dentadura.

—Ah, ¿sí? ¿Y puedo verlo?

TEST INFANTIL

Casa / Techo
Muerte / Mar
Lenin / Mármol
Pintura / Grito
Amistad / Arena
Freud / Corbata
Mejor / Hacer
Mar / Correr
Fuego / Quema
Mariposa / Intocable
Shakespeare / Maquillaje
Humanidad / Humo
Einstein / Viejo
Hombre / Yo
Mujer / Agua
Amor / Nada

Azucena dejó que su saliva se secase en la boca abierta, hasta que habló.

—No entiendo nada, la verdad... ¿Tiene algún sentido? Digo, si se puede saber...

El sicólogo botó el humo arrepentido mientras estudiaba el rostro de Azucena.

—Nada muchacha, es una prueba...

Azucena redondeó los ojos:

—Y... ¿cuánto tiene?

Fernando apagó el cigarro señalándola con picardía.

—La curiosidad mató a... una gatica rubia de ojos azules llamada Azucena. No te pongas brava, pero no sería muy profesional de mi parte si te lo dijera, porque además, él tampoco lo sabe y como tú misma dijiste: eso no significa nada. Bastante hice al contarte que su papá lo trajo. Alégrate con saber que ese papelito se ha movido bastante dentro del incipiente mundo de la sicología en esta ciudad, quiero decir.

Azucena torció la boca inocentemente.

—Y eso... ¿es bueno?

Fernando se acarició las zonas más canosas del bigote, sonriente.

—Niña, por favor, ¿quién es el paciente? ¿Su novio o usted?

La tez rosada de Azucena se volvió roja y desvió la mirada hacia el cenicero lleno de colillas. Repentinamente se pasó ambas manos por la cara para dejarla radiante y rosada nuevamente.

—Bueno... volvamos al tema. Vine aquí para contar una pesadilla. El sicólogo prendió otro cigarro.

—Te escucho.

Azucena le rozó el antebrazo suplicándole.

—Por favor, no fumes más.

Fernando lo deshizo contra el cenicero instantáneamente. Un silencio, y Azucena continuó.

PESADILLAS

—El día que murió papá, no pude dormir, y el lunes por la mañana, frente al espejo, tenía unas ojeras de vampira. Mamá ya había salido para la textilera y me dejó un papelito en la mesa del comedor:

Azu:
Fui para la fábrica pero vuelvo al
medicinal. Mi cielo, hoy no voy
a la escuela que tenemos algo muy
importante que hablar. No te preocupes,
que yo hablo con la maestra.
Esperame.
Te adora, Zauu.

—Pero aquel día tenía una prueba de Matemáticas. No podía faltar. Así que tuve que ir sola para la escuela. Por el camino se me unió Heber. Me preguntó por las ojeras. Yo le dije que no había podido dormir pensando en el examen. Una hora más tarde, en la escuela, fui la primera en entregar el papel y Heber justo después de mí. Cuando salimos me preguntó si quería acompañarlo a hacer un mandado. Eran las diez de la mañana, y un grupo de nubes taparon al sol. Yo le dije que sí. Heber era el único varón con el que

se podía hablar sin temor a que soltara una palabrota, muy buena gente, además. Mientras caminábamos nos pusimos a comprobar las preguntas del examen, y parecía que estábamos bien. En una de esas levanté la cabeza y el corazón se me hundió en el cuerpo: íbamos a pasar por delante de la Iglesia. Tartamudeando le dije a Heber que me perdonara.

—Y salió corriendo a toda velocidad con el pelo suelto. En medio minuto, lo que doblaba la esquina ya era un punto amarillo. Yo nunca la había visto así, la verdad. Al cabo de los años me contó que ese día tuvo la peor pesadilla de su vida.

Miguel se quedó esperando con la mano en la cara. — Bueno, pero, ¿y qué fue lo que soñó?

Heber forzó el cerebro antes de contestar.

—Si me matas, no me acuerdo.

—La memoria... —dijo Miguel— falla algunas veces inexplicablemente, y muchas más por conveniencia... Estoy coleccionando sueños ajenos, y tú me dices que no te acuerdas... Como si no hubieras tenido infancia. Tú sabes que la niñez es la peor etapa para las pesadillas. Vaya Heber, es un crimen que no recuerdes el sueño de tu amiguita.

—Compadre, ¿qué quieres que haga...? No me acuerdo. ¿Qué locura es esa? Pregúntaselo a ella.

—Por favor Heber, estoy tratando de escribir un guión, y necesito hasta el más mínimo detalle. ¿Te imaginas la cantidad de problemas con los que tendré que lidiar? Ningún productor va a querer esta película. Dirán que está demasiado fragmentada, que mezcla muchos géneros, que las transiciones son injustificadas, abruptas, y que los personajes no están bien dibujados. Nada más parecido a un sueño

¿Verdad? Hablo del placer de entender no entendiendo ¿Se puede entender, o tal vez llegar a disfrutar una pesadilla...? —hizo una pausa, mientras miraba hacia la ventana— Vaya, otra vez la lluviecita en camino, pensar que la proclamaron inofensiva, y luego el pobre Iván la puso por las nubes, le salió el tiro por la culata... No existe Heber, no existirá nunca el famoso Perpetuum-Mobile... Es verdad que el proyecto de Iván no produce desechos tóxicos, ¡pero la propia materia prima es un contaminante...! Habrá que ver si esa lluvia hace más que derretir hierbas, maderas y gomas de zapatos...

Miguel se detuvo frente al retrato de Heber con sus padres junto al muelle de su pueblo natal. Luego siguió:

—Pero está bien. Te entiendo. No me digas nada. Que me lo cuente la propia soñadora...

—¿Quién dijo que era una estupidez? No lo digo por tus amistades, pero en tu generación hay una falta de sensibilidad preocupante. Las personas a veces se rien de lo que no entienden. Es una anécdota triste, un sueño bello y terrible. Pero déjame hacerte una pregunta: ¿a quienes les contaste la pesadilla... —el sicólogo dominó el impulso de sacar otro cigarro— sabían ellos que el día anterior había muerto tu papá?

Azucena bajó la cabeza.

—Imaginé que me lo preguntarías.

El sicólogo se recostó satisfecho en su butaca.

—¿Y por qué Azucena...? Si la gente se iba a enterar de todas formas. ¿Por qué ocultaste la muerte de tu papá?

Azucena movió la cabeza lánguidamente.

—No sé... por mis compañeros, los demás alumnos... Tú sabes cómo son los niños.

Fernando suspiró con dulzura.

—No. En realidad ya no lo sé. Trato de imaginármelo.

Azucena estrujó su bata azul contra la pierna bajo la mesa. —Supongo que me negué a aceptarlo, como es natural... Cuando el vecino llevó la noticia, me quedé fría. Y... no fue... No lloré... hasta que lo escuché de la boca de mamá. Entonces se me cayó el alma. Sí, estaba esperando lo peor. Pero en el fondo... Fernando... En el fondo, estaba esperando que todo fuera... una mentira.

No pudo contener la lágrima y Fernando siguió la trayectoria de la gota por la nariz, la comisura del labio y la barbilla hasta finalmente caer sobre la bata azul. Entonces le tomó la mano derecha en una palmada discreta.

—Ya pasó...

Con la otra mano, Azucena se limpió la línea húmeda que la lágrima había dejado en su rostro y dijo con voz cortada:

—Eso mismo solía decir papá para consolarme... y siempre lo lograba... ¿Qué edad tienes tú, Fernando?

El sicólogo se estremeció en la butaca cruzando las piernas. —Cincuenta y cinco.

Azucena sonrió con tristeza, mientras desperezaba el semblante.

—La misma edad que tendría papá... ¡Ay! ¿Qué hora es? ¡Las cuatro! Fernando, me tengo que ir. Tengo práctica en el hospital...

Se levantó como impulsada por un resorte y le apretó la mano sonriendo.

—Y gracias por aguantarme estas cuatro horas...

El sicólogo también se levantó.

—Ha sido un placer. Vuelve cuando quieras, y dile a tu novio que también se llegue por aquí, aunque sea una vez al año...

Regresando el brillo habitual, se encendieron los ojos azules de Azucena con entusiasmo de colegiala.

—Sí, sí. Bueno, bueno, me voy que si llego tarde, me van a regañar. ¡Adiós, Fernando!

El sicólogo pudo apenas decir “hasta luego” antes de que desapareciera la cabellera rubia y la bata azul tras el portazo involuntario de su juventud. Entonces fue que Fernando pudo lamentar hasta lo más hondo no haber tenido veinte o al menos diez años menos.

—¡¡Pinga!!

Remy Arnaz despertó helado de miedo tocándose la cara. A su lado, Adriana se estremeció tanteando sobre el cenicero hasta que prendió la lamparita de noche. Ambos fueron cegados por la luz. Remy se había sentado sobre el borde de la cama. Adriana botó el aire de mala gana.

—¿Qué pasa ahora mijito...? ¿Qué te duele? —Remy la miró de reojo.

—Una pesadilla... ¡Cabrón!

Adriana encogió lentamente las piernas. —Bueno dale, acaba de soltarla. —Remy abrió la boca y no la movió por tres segundos.

—No, nada... Pinga... Bueno, sí y bien... Soñé... Iba bajando, digo, estaba frente y salté a una piscina con tres rayas, tres carrileras larguísimas. El agua era así, morada. Entonces llegó Osvaldo vestido de camarero con una bandeja de helados, un sancocho de helados podridos de colores verde, azul, y amarillo. Pero fula, fula, asqueroso con cojones. Empezó a bajar por la escalerita. Tenía la piel como diarrea. Cuando tocó... metió los pies, el agua de la piscina se bajó y ya era de noche. En el fondo de la piscina había una escalera que bajaba a una discoteca. Al lado de la piscina había salido un edificio como de diez pisos. Miguel estaba en el balcón comiendo unos saladitos, miraba para abajo y decía bajito:

“Vaya, que manera de perder el tiempo”. Bajé las escaleras de la discoteca y Osvaldo detrás de mí con la bandeja y los helados derritiéndose. La escalera era bastante ancha, larga y tenía peste a meao. Se iba acercando la música, una onda Tecno-industrial, estaba rica. Cuando llegué a la pista había un montón de jevas embarradas, pero todas riquísimas, con unas tanguitas de alambre. Empinaban el culo y me decían: “¿Con cuál quieres bailar?” Entonces Osvaldo se acercó riendo, ahora vestido de marinero y metió la mano en la bandeja embarrándose y restregando los helados medio derretidos hasta que sacó un palito de madera embarrado de helado. Después me dio una palmada en el hombro y le gritó a todo el mundo: “¡Este dice que tiene diecinueve años pero tiene una pila, ya es un viejo!” Apretó el palito que ya era un abridor, y me empezó a picar la cara, de un lado a otro mientras se reía y gritaba: “¡Si mira como se le cae la piel, qué clase de temba, está todo arrugado, mira!” Me hacía picadillo, sentí el ardor. ¡Y me quedé parado como un comepinga...!

—Fiuuuuuuu...

Cabeceó Adriana soñolienta. El color miel de sus ojos era invadido lentamente por las raíces rojas del cabo todavía humeante junto a la mesa de noche.

—Estás de culo... ¿qué te metiste anoche? —Remy negó mirando el piso.

—Nada de nada.

Adriana estiró el pie derecho y lo puso entre las piernas de Remy. —No, *men*, tienes que haberte metido algo *very very*...

—No, chica, por mi madre que no me metí nada... ¿Qué me voy a meter?

—Bueno...

Adriana retiró la pierna.

—Entonces algo le habrán metido a tu mamá cuando la fecundaron. Y eso te llegó al cerebro. ¡O a lo mejor fue que se la metieron por atrás...!

Remy esperó a que terminara de reírse, estrujó la sábana entre los dedos y se volteó hacia ella, con los ojos bien abiertos:

—Óyeme bien, puedes hablar toda la pinga que te dé la gana, pero con ella no te metas...

Adriana ladeó la cabeza sobre la almohada dejando escapar una risita ronca.

—Ay, perdóname, no sabía que era una santa... ¡Porque la mía sí era una gran puta!

Adriana se encogió por la risa. Remy la miró de reojo, esperó unos segundos, asintiendo con la cabeza y empezó a hablar:

—Qué bien, carajo, qué linda, qué rica estás. Tienes que haberlo heredado, porque esas cosas se heredan. Entonces hay que sonreír y darle el culo a quien sea, hasta a un viejo de setenta años. Todo eso si quieres ser actriz, todavía si fueras buena, querida... Pero para hacer muecas y poner caritas no tienes que pasarte el día volada... Y tú, ricura, que con diecisiete años ya tienes una cana, cuando cumplas los cuarenta ya no te sacan ni de extra. Y como la mediocridad también se hereda, entonces vas a ser solo una puta vieja como tu madre.

Adriana le dio una patada histérica en la espalda, pero como estaba acostada, el golpe fue desganado y no tan fuerte. Se quedó callada terminando de asimilar las palabras. Remy se recostó sobre sus piernas. Ella miraba fijamente el póster desvaído de Marlon Brando. Se mordió los labios.

—Tremenda muela... Onda retro como el comepinga de Miguel. ¿Ya la habías ensayado? —Con la última frase volvió a sonreír.

Remy sintió el olor a sudor de su ropa desparramada por el suelo: los pantalones estampados en verde, la camisa de rayas amarillas, su gorra ámbar, los jeans naranja de Adriana, la blusa estrecha, los ajustadores y los blúmer rojos, hasta la billetera fluorescente, todo desprendía un tufo a sudor y manoseo interminable. Remy no tardó en suavizarse con un suspiro.

—5:30 de la mañana... Mi espejito sigue vacío... Mira a ver si averiguas por Osvaldo, que yo ahora no me puedo meter en esa candela, y la verdad es que ya no aguanto un día más sin polvo. El viernes empieza el programa y... coño, no es fácil ser conductor todas las semanas sin arrebatarse. Adriana se levantó de mala gana y fue a sentarse en la taza del inodoro recriminándole.

—Si es por tu culpa...

Remy la interrumpió escupiendo las palabras.

—Vieja, no empieces otra vez con lo mismo...

Adriana no le hizo caso.

—Estabas comiendo mierda. Comiendo mierda. ¿Cómo se te ocurre darle al zombie socio tuyo? Sí zombie, un zombie con espejuelos, se veía a un kilómetro que el punto no le descargaba... Tú sabes lo que es que haya pirado todo el polvo así, directo pa' la alcantarilla. Y el otro punto, Osvaldo, se dejó echar tremenda tea, debe haber estado en el cosmos pa' dejarse chocar así. Qué punto. Todos son unos puntos... Y tú eres otro punto, Remy Arnaz... Por tener un solo contacto. ¿Así que no quieres meterte en candela? ¿Por qué? Porque ya eres famoso, ¿no? A ver, ¿porque tú ya hiciste una película y yo no he salido ni de extra? Y ahora eres conductor de un programa en donde nunca voy a salir yo... A mí sí me puede trabar la fiana, ¿verdad? Total, nadie va extrañar a la putica de Remy Arnaz, mucho menos él mismo, que tiene

detrás a las jevitas zombies de todas las secundarias. Si supieran nada más que te jalas la cal más cara, para como tú dices poner caritas y hacer muecas... Yo sí tengo corazón. Soy una mujer de verdad... —concluyó, descargando el inodoro. Remy estalló en una risotada.

—Vaya, querida, ¿qué es esto ahora? ¿Competencia por la muela más “*touching*”?

Adriana se había levantado de la taza.

—¿Muela más qué...?

Remy contestó, doblándose por la risa. Ella le golpeó la cabeza con la almohada. Con una pirueta, Remy la empujó hacia la cama volteándola bocabajo. En un segundo se le puso encima inmovilizándola. Remy ya había dejado de reír:

—¿Qué pasa, niña? Relaja esas nalguitas redondas...

Silencio. Remy cambió y bajó de tono casi junto al oído.

—Dime una cosa, ricura: ¿en realidad, te gusta así?

El pelo color miel tapaba el rostro inmóvil de Adriana.

—A veces...

—Muchacha, te gusta, ¿o no?

—No... Me gustas tú.

—¡Ah! Claro. Porque yo...

—Porque tú eres...

—Soy el único que puede meterte...

—La cal más cara del mundo.

Ambos se echaron a reír simultáneamente. Remy fue el primero en callar.

A Iván no le quedó más remedio que vomitar y escupir lleno de impotencia hasta el último pedazo de la hamburguesa que compró en el quiosco junto a la gasolinera.

—Chatarra, maldita sea, cómo se me ocurre... la comida está igual que la gente.

—¡Einstein! Y qué, asere, ¿te cayó mal el “hamburger”?

Aquello era un afectuoso saludo. Iván volteó la cabeza limpiándose la boca. Aquel tipo con gorra lumínica cubriendo gafas negras alargadas y dientes amarillos, era lamentablemente, un amigo de infancia.

—¡Eh... Django! Hacía años que no te veía.

Pudo comprobar como desaparecía la sonrisa amarilla de Django, ahora disc-jockey de la discoteca.

—La Macromax es candela... —empezó a decir. Permaneció callado unos segundos, luego volvió a sonreír fríamente sin poder ocultar una melancolía turbia como sus dientes— Compadre, la vida no es un filme, no es así de a porque sí... Hay cosas que cuestan mucho dinero. Te lo digo por tu bien: Cuídate... Que ya no estás saliendo en la TV. Cuídate la espalda.

—Claro, invadí tu reino y quizás tu bolsillo... ¿eh?

Quiso ripostarle Iván, pero Django salió disparado en su bicicleta hasta que se perdió en el tráfico. Y como cuando niño, Iván tuvo que, instintivamente, mirar hacia atrás por unos instantes.

—Desecho. Pensar que cuando niños, éramos todos iguales. Puedes hasta decir: qué malo, o qué pesado es, pero no puedes imaginarte que pueda llegar a ser esto... mucho menos si fue amigo tuyo. Y se mordió los labios frente a la intuición de saber que el consejo de Django era una advertencia muy posible.

EL ENFERMERO

Mijaíl Castillo, fuerte, con aire de bobo y un poco loco, era bastante querido por sus compañeros de clase y por todo el hospital en general. Pulcra su bata, y la calvicie prematura. La sonrisa involuntariamente bonachona en la cara redonda, marcada por el acné, era magnificada por su vozarrón de terremoto. Un conjunto que proveía a Castillo con el extraño don de caer gracioso. Aquel era otro día de prácticas compartidas con los estudiantes de medicina y la profesora le había dejado la llave del salón. Así, mientras llegaban, el resto de los estudiantes de enfermería fueron ocupando los asientos que pertenecían a los pacientes en el Cuerpo de Guardia. Saludaban a Castillo con una palmada fraternal en el hombro, y las mujeres con una caricia en la cabeza o un sonoro beso en la mejilla. Cuando se aburría o esperaba, Castillo solía jugar con la pluma negra que llevaba en el bolsillo de su bata. Pero ahora no estaba aburrido, sino nervioso, porque la visita de los estudiantes de medicina era imprevista, y ahora estaba más consciente que nunca de llevar ese disfraz que era su uniforme. Vergüenza por primera vez ante la farsa que por cotidiana había dejado de ser tal. Recordó que en una ocasión, su bisabuelo, el sargento José Castillo, robó las estrellas del coronel para contemplarse frente al único espejo sucio y roto que hubo en toda la guerra.

—Ten un poco de orgullo... soy un enfermero... disfrazado de médico.

Su amigo Juan “El John”, le dio un pequeño codazo susurrándole:

—¿Y esa cara, asere...? Anda, que vas a hacer el pan, si ahí viene la niña de medicina...

Las últimas palabras se le clavaron en la nuca, enterradas hasta la médula, ya virada de un tirón su cabeza hacia la puerta que se abría. Eran siete los estudiantes de medicina. Azucena era la octava y la única mujer del grupo.

MIENTRAS

Primavera. Saturan las flores. Se desprende la pintura de los edificios. Las parejas se enamoran bajo el humo de la ciudad. Y la lluvia con una novedad incremental: Acidez. Hay que detenerse a mirar las cosas. Una persona conocida avanza por la calle y al pasar, queda un vacío aparente. Queda probablemente una calle, un parque, un latón de basura, o un edificio gris, combinación ecléctica estilos, ventanas, ambiente doméstico junto a la chimenea de una industria, o crematorio de tejidos y huesos al fondo de un hospital. No significan nada, ni aisladamente, ni en conjunto. Es un pedazo más de ciudad, una maldita extensión de tierra más, que te separa de tu objetivo, tu meta, y puede hacer que pierdas para siempre un rostro... El cielo. Parece que va a llover.

Esto lo escribió un ingeniero de treinta años que antes de suicidarse pegó seis copias escritas a máquina, en seis puertas de vecindarios diferentes. El asfalto aún estaba húmedo cuando amaneció tirado en la carretera junto al túnel de la bahía. Su cuerpo era una mancha de tejidos casi líquidos, sus huesos, gelatina que ya empezaba a disolverse. Los que lo conocían dijeron no haber notado nada anormal en su comportamiento. Cinco de las cartas fueron estrujadas instantáneamente después de ser leídas. La sexta produjo tal

impresión en la tía de Heber que, al escuchar la noticia por el radio, no pudo resistirse a guardarla bajo el cristal de su cómoda, tal vez orgullosa de haber sido escogida por el difunto.

—Nunca lo he visto, oficial, ¿para qué iba yo a guardar ese papel? ¿Qué me iba a imaginar yo? Pensé que era una brujería o algo así... Además, oficial, ¿Qué importa, si ya el hombre se suicidó?

El policía se despidió con la cabeza mientras guardaba la foto del ingeniero.

—¿Sabe usted una cosa, señora? Tiene toda la razón. Pero este es mi trabajo. Buenos días.

Heber abrió de un tirón las puertas de vaivén y entró al Cuerpo de Guardia casi arrastrando su rodilla desbaratada, y el brazo derecho colgando. Mijaíl se incorporó para ayudarlo.

—Por aquí, venga.

Lo llevó tras la tercera cortina de la primera fila.

—¡Heber! ¡Ay, mi madre! Ven, acuéstate aquí... Ayúdalo Mijaíl. Cuidado con la pierna.

Azucena estalló temor, preocupación y ternura. El enfermero se apartó hacia una esquina pegándose a la cortina, junto a la mesita de hierro con los ojos grandes y fijos. En la espalda sintió el codazo fugaz de su amigo John, el incitador. Heber suspiraba.

—Cómo me duele...

Azucena le hizo una palpación en la rótula.

—Pero, ¿qué te pasó?

Fue la última frase que le dirigió, porque a partir de entonces desinfectar la rodilla y el codo del herido fue su única obsesión. Le pidió el antiséptico al enfermero. Mijaíl Castillo se lo aplicó con pinza y torunda. Sus manos temblaban. Ella lo miró incómoda.

—Oye, muchacho, si estás nervioso, déjame hacerlo a mí. Castillo atropelló las palabras.

—No, no, este, no, yo sí puedo, es que me dio un calambre...

Como una maldición, las manos se le enredaron más que las palabras. Luego fue un zumbido que lo atravesó desde atrás, el venenoso comentario de John a una compañera de clases:

—No te pierdas esto, el Mijaíl tiene un Parkinson prematuro.

Heber dejó escapar un gemido cuando Mijaíl le metió el dedo en la llaga. Azucena estalló poniendo una mano en el hombro del enfermero y extendiéndole la otra.

—Por favor, déjame seguir a mí, por favor... Mijaíl... Es tu nombre ¿no?

Mijaíl Castillo detuvo hasta la gota fría de sudor que le corría por la frente y dejó escapar palabras inaudibles, contrayendo los labios por la confusión.

—Sí... Claro —le entregó la pinza con el algodón rojo, esquivando los ojos azules y retrocedió unos pasos sin saber qué hacer con sus manos. Azucena se volcó de lleno lenta y cuidadosamente sobre ambas heridas, murmurándole frases casi inteligibles. Heber también murmuraba. Y como si no tuviera otra opción, Mijaíl Castillo dio media vuelta en dirección a la sorna de su amigo John.

—Me siento tal vez como lo que soy en este momento, por primera vez en toda mi vida: un perdedor, expulsado de la universidad y habiendo comido una hamburguesa callejera que al menos me enorgullece haber vomitado. Maldito Django, ya ni siquiera vives frente al mar, en este reparto infernal... Ahora debes vivir en una casa fosforescente toda de naranjas, amarillos y verdes. Me has hecho tener que ver el mar por gusto —pensó Iván mientras aceleraba dejando atrás el bloque de edificios cuadrados— Púdrete. Es mi culpa por darte importancia... El mar... El auto iba rápido. La cabeza de Iván volteada hacia la derecha y los ojos clavados en el agua inexpresiva pasando interminable.

—¡No!

Se llevó la mano a la boca. Con la otra cortó a la izquierda, saliéndose de la carretera. Mirando de reojo el agua azul grisácea. Casi pateando la puerta, ya fuera del carro, la mano apoyada en la ventanilla, y el vómito imposible de contener, sobre la tierra contaminada de arena. El asco del lamento sin lágrimas en un rugido acumulado por años. Era el recuerdo bajo el cuerpo lleno de costuras, hilos de fuego, taladrando las venas de ácida sangre donde aún intentaba ahogar el instante. Y la gran masa azul grisácea seguía allí, recordando lo que era imposible olvidar.

—Parece más inmenso... Infinito —pensó Iván en voz alta, logrando por fin, quitarle los ojos de encima. Respiró apoyándose en el carro. La hierba era una masa verdosa y seca— Ecologista a mi pesar... Pero era solo hierba, que ni mal ni bien a nadie hace...

Detuvo su pensamiento la sirena de un carro de policía que arrancó a trescientos metros, perdiéndose tras la curva. Iván entrecerró los ojos. Donde antes estuviera la perseguidora, yacía sobre el asfalto una mancha blanca.

Un portazo, el acelerador, y cuarta para frenar junto a la silueta humana de tiza blanca con los brazos extendidos. Iván movió la cabeza:

—¿Hasta aquí vienen a pintar los niños...?

ALMACÉN

Empezaron a pasar las semanas. Iván madrugaba con los libros frente a la computadora. Pero aquello no era una obsesión para él. Desde niño siempre estuvo tratando de demostrar algo. Muchas veces no iba a la escuela. Se quedaba en su cuarto, estudiando clases que aún no se habían impartido.

—No mamá, ya me lo sé. Ya me lo aprendí. Nada más voy a ir a la escuela cuando tenga que hacer la prueba.

—Iván, en la sala ya no está la foto del mar, ¿tú la cogiste? — Azucena esperaba la respuesta en el umbral del cuarto, asomando nada más que la cabeza.

—No tengo la menor idea... —dejó de hablar mientras se pasaba la mano por el pelo.

Vio entonces su reflejo opaco y despeinado tras los espejuelos en el protector de pantalla. Ella recostó su cabeza contra el marco de la puerta.

—Te pareces a Einstein...

Tras una lánguida sonrisa, Iván giró la silla lentamente hacia ella extendiéndole la mano.

—El suspendió la primaria pero no la universidad.

Ella entró al cuarto y le tomó las manos halando la silla rotatoria hacia la cama.

La besó como la primera vez. Los movimientos lentos, y ella como siempre abnegada. Demasiada abnegación. Él se contrajo por un instante, enfrentando los ojos azules.

—Azu..., no tienes que hacerlo si no quieres. No lo hagas por mí... Ella se paralizó.

—¿Qué?

Las mariposas revoloteaban junto a la lamparita de noche. Él le acarició el pelo deslizándolo los dedos hasta las orejas.

—Nada..., estaba hablando conmigo mismo... Boberías mías —dijo mientras intentaba continuar. Ácido en el cerebro que casi estallaba de rabia consigo mismo.

—¿Qué has dicho, estúpido? ¿Qué estás pensando? ¿Qué estás haciendo?

Iván la volteó poniéndose sobre ella, besándole los ojos, la nariz y los pómulos. Pero ella le volvió a agarrar la cara.

—Iván, ¿qué quisiste decir?

Iván contestó al día siguiente, frente a la computadora.

—Faltaba un año, Azu. Me jodí...

Azucena se demoró en cruzar los brazos.

—¿Qué quieres decir? ¿Y el concurso, Iván? Llevas dos meses preparándote.

Iván miró el libro. El significado de las letras. El encadenamiento lógico sin fallo alguno, se trata de una computadora. Como todo estaba calculado llegó a suplicar un error de redacción, una palabra o letra faltante, o al menos mal impresa. Es todo tan inútil y necesario. El orden y la sucesión de las palabras como las olas, se parecen, pero jamás iguales. Eso era todo, terrible y asociativamente: un mar de letras.

—Azu... Estoy cansado.

Ella agarró su mano suplicando:

—Pero, ¿qué vas a hacer? —lágrimas en sus ojos— Por favor, Iván, llevas cinco meses sin parar... Es tu futuro. Cómo tú —le apretó la mano— tú precisamente, vas a decir eso...

Iván miró abochornado el suelo sucio de su cuarto. Le brillaron los ojos y se le avivó la expresión con voz resuelta.

—Te juro que el año que viene estoy de nuevo en la universidad.

Azucena lo miró confiada, dulce, agradecida, y de pronto cambió los ojos:

—Ay mi madre, el grano te ha crecido... Voy a sacártelo...

EL PROGRESO

Salió disparado el gas invisible, destinado a reparar la capa de ozono, como si hubiese aguantado siglos para funcionar, como si dijera que ya no tenía competencia alguna. Orgulloso de ser un “desecho”, parece burlarse de todo: de la suciedad y del ruido, del tamaño, incluso del calor, porque el hielo polar es vecino y a la vez materia prima de la nueva planta nuclear que, despojada de cualquier tipo de radioactividad, se alimenta sólo del hielo sometido al proceso de “inoculación ácida”. Un proceso simple: contaminar el agua con ácido, y dejarla congelar a la intemperie para luego introducirla bruscamente en el gigantesco horno subterráneo de un kilómetro cúbico, hasta que estalla contra las paredes de acero con cien metros por ancho. Como si fuera poco, los gases se filtran en un torrente de ozono que sale disparado hacia el cielo por la chimenea de acero, única parte de la planta que sobrepasa el nivel del mar. Así, a la vista de cualquiera de nosotros, la nueva planta nuclear es solo una columna en un desierto de hielo junto al mar: La Antártida.

Miguel dejó de escribir y se quedó mirando el papel.

—Me revienta tener que hacer un reportaje como este. Piden un lenguaje comprensible para el espectador, y hay que ganarse la vida, pero es demasiado ingenuo... —le dijo a

Iván, mirando el papel— ¿No te parece? Me pueden tomar por un farsante.

Iván se quitó los espejuelos:

—No, estaría perfecto si lograra entenderse. No hay mejor forma de decirlo. Ahora... Eso sí, eres un farsante. No me mencionas en ninguna parte.

Miguel bajó la cabeza.

—Disculpa... Parece que de todas formas funciona en mí el “cría fama y acuéstate...” Pero nada, fue un lapsus, olvídate, que vas a estar en el reportaje...

Iván se levantó y caminó a lo largo y ancho de la habitación, miró por la ventana y como si esta fuera un espejo, hizo un intento por arreglarse el cabello.

—No se van a librar de mí tan fácilmente, van a tener que gastarse las neuronas.

—Y más ahora, que regresas a la universidad. Será una bofetada. Qué ridículo, ¿verdad? Como si no pudieras aprobar ese examen. Todo ha sido así desde el principio. Hubieran empezado por no expulsarte. Pero yo sé que me estás escondiendo algo, te lo huelo. Tiene que haber sido algo más. ¿Quizás algo personal contra ti?

Iván lo miró incrédulo, soltando una risita.

—Deja de elucubrar y quédate haciendo películas, que para eso sí tienes imaginación. ¿Qué enemigos pudiera tener yo?

—No te hagas el bobo. No me contestes con preguntas. Eso lo sabrás tú mejor que yo, lo único que quiero es hacer una película, pero tú me niegas la información.

Iván se alteró.

—Pero esto sí que es grande... ¿qué te has pensado tú que soy yo? ¿Un dibujo animado? ¿Que mi vida es una novela?

Y no solo la mía, la de todos nosotros. Son cosas serias. Es nuestra intimidad. ¿Te crees que esto es un juego? Vaya, por favor que no somos monigotes. ¿Por qué nos haces esto? ¿Qué te has creído que somos?

Miguel sonrió.

—Mis amigos...Y, en otros casos, enemigos. Deja que veas a Remy...

—Pensar que ese tipo estudió con nosotros... ¿Sabes que me encontré a Django hace seis meses?

Miguel se traqueó los dedos.

—Si, lo sé, hace cinco meses y tres semanas.

Iván no pudo contener el abrir ligeramente los ojos.

—No estás tan mal informado y no debe extrañarme sabiendo lo chismosos que son ustedes los artistas... ¿Y quién te lo dijo...? Digo, si no te importa...

Miguel se complació en contestar:

—Azucena. Siempre dándotelas de misterioso... Y no me llames artista que no me gusta el término. Hago películas porque sencillamente me gusta hacerlas. Odio la farándula.

—Y la farándula te odia por ser el bicho raro.

Miguel, incorporándose, lo señaló.

—Y eso es algo que tú conoces mejor que yo.

Iván cruzó los brazos.

—¿Yo? Yo soy científico, un medio opuesto al tuyo... Porque del arte, aunque me guste, no se vive. Yo no trabajo por vanidad personal, sino para hacer un bien a la sociedad. Mira nada más en lo que ha terminado mi invento...

Azucena entró casi corriendo, empapada en sudor, soltó la carpeta en la butaca. Saludó a Miguel con un beso apurado en la mejilla. Y se perdió hacia la cocina diciendo:

—Se me quedó el... Este...

Iván le terminó la frase:

—El pomo de agua...

Miguel aprovechó la distracción para limpiarse con asco el sudor que le había dejado Azucena en la cara.

—Agua hervida y filtrada —explicó Azucena alegremente, mientras regresaba agitando el pomo frente a Miguel para luego guardarlo en la carpeta— Chao —y cerró la puerta. Los pasos se alejaron por la escalera.

En la televisión pasaban un reportaje sobre un accidente de aviación. Setenta y siete muertos. El avión había caído en el mar. Miguel se dejó caer en la butaca. Iván le echó una ojeada nuevamente al reportaje. Miguel se levantó hacia la ventana.

—¿Cómo era el hombre de la cámara?

Iván no quitó la vista del papel.

—¿Quién?

—El del camión, el de la niña arrollada... Probablemente, el mismo que me la robó.

Iván se había sentado lentamente junto a la mesita de los retratos cuando dejó de leer.

—No sé. La verdad es que nunca me fijé como era... Podría ser cualquiera. No me acuerdo ni de su voz... ¿A qué viene todo eso ahora, al cabo de los meses?

—Estoy al tanto de algo muy serio: hay alguien filmando películas Snuff. No es cualquier alguien. Alguien que al menos es un profesional del medio. Por eso no quiero decir nada hasta estar seguro, pero sospecho que debe ser alguien encubierto... Lo suficientemente poderoso como para actuar con impunidad.

—En nuestro país no suceden ese tipo de cosas... Eso es algo muy grave ¿Tienes alguna prueba?

—Por supuesto que no.

—Entonces, ¿para qué vino?

—Pues para desahogarme...

El hombre quiso esbozar una sonrisa a pesar del azul de su uniforme.

—No somos curas. Cuide su lengua. ¿Nada más?

Miguel se echó hacia delante.

—Me gustaría saber cómo terminó un caso de hace siete meses y medio.

—El policía después de todo se mostró amable. Ni el tipo, ni el chofer, ni el camión aparecieron nunca. Incluso me mostró el expediente. Vi las fotos del cadáver. Vi las fotos de la madre. Vi la sangre. Pero la verdad es que nunca me fijé en ella. Podría ser cualquier niña.

Iván parecía no prestarle atención, jugueteando con el marco vacío de un retrato. Miguel insistió molesto:

—A lo mejor para ti no es gran cosa una niña muerta. No es la primera vez.

La uña de Iván atravesó el barniz, clavándose en el marco del pequeño retrato vacío. Astillas entrando en la carne. La cara se le transformó, tuvo que aguantarse las manos y dominar la voz.

—Te complaces en ser desagradable.

Miguel se disculpó aparentando indiferencia.

—Quizás se me fue la mano... mejor dicho: la lengua. Por cierto... ¿Qué edad tenías?

—Siete años. —le contestó Heber al día siguiente en la parada del ómnibus— El pobre, la debe haber pasado negra. Esas cosas es mejor no recordarlas.

—A sus espaldas se acercaba el ómnibus. Miguel se ras-
có la cara, pensativo.

—¿Y ella quién era?

Azucena contestó en voz baja junto a la puerta del hospital:
—Nunca me ha hablado mucho de ella. Pobrecita. Morirse
a los siete años. Y por una tontería. Ahogarse en el mar a
los siete años... En fin... Esas cosas... —Miguel notó que un
estudiante de medicina los miraba con fracasado disimulo.
Entonces continuó— Sí, es mejor ni recordarlas. Aunque
sea difícil...

OLVIDAR

Solo yo sé hasta qué punto es imposible. También estoy cansado de intentarlo, porque a mí sí me olvidan. La primera planta polar está funcionando, y ya nadie sabe quién la ideó. Afortunadamente, no me importan esas cosas. El hecho de que esté reflexionando conmigo mismo, no quiere decir que me auto compadezca. Admito que todo ha sido mi culpa. Podría ir ahora mismo y presentar una demanda que seguramente llegaría hasta las más altas esferas. Pruebas hay de sobra. Pero no me interesa, al menos por el momento. Digamos que me encuentro en una etapa realista, tal vez numérica, resultado probablemente de seis meses viviendo entre modelos económicos, matemáticas, Gráficos 3-D, simulaciones. He revisado todo lo que nunca tuve necesidad de repasar. ¿Y para qué? No lo sé. Ahora trato de organizar mis pensamientos en oraciones coherentes. ¿Y para qué? No lo sé. Creo que estoy jugando conmigo mismo. ¿Y para qué? Para olvidar.

ALGO

La mente lo evita, pero suele ser encontrado por la mirada y destaca entonces por encima de las casualidades. Atravesados por agujas, los ojos pierden entonces su extravío, porque el hallazgo es capaz de revivir por asociación el recuerdo, siempre negativo. Los ojos de Iván se clavaron sobre el casete de vídeo. Aún a salvo. Único secreto para Azucena, que no veía películas. Miguel no podría reconocerlo. Nadie podría sospechar que, lleno de polvo, aquel pedacito de plástico contenía repulsión y atracción.

La primera grabación resultó más horrible que antes. Todo permanecía allí tan real como un puñetazo, porque además, físicamente, era una parte de la niña, partículas de luz captadas por el lente que impregnaron la cinta en aquel momento. Y aunque muerta, la tensión de su cuerpo inerte, parecía que fuese a estallar en todo el movimiento congelado de impotencia, lamentando la juventud perdida, anticipando que como ahora, su cadáver sería materia putrefacta, luego huesos, y por último polvo... Como el que cubría la cinta. Una lágrima en la cara de Iván. Aquello ya no tenía remedio alguno. La clonación hubiese sido justa compensación para la madre. Por otra parte, ni el camarógrafo, ni el chofer aparecerían nunca. No había nada que hacer.

—Es absurdo —pensó, y guiado por el instinto, procedió a eliminar la causa de aversión.

Fue con precisión absoluta, ni un segundo menos ni uno más. El cuadro exacto, corte de cirujano. Sintió entonces que la había enterrado definitivamente. Se sintió culpable. Pero ya no la vería más, ni escucharía la voz estentórea del camarógrafo. A partir de ese día, el recuerdo de su muerte perdería forma, ella toda perdería representación, detalles, se convertiría progresivamente en un recuerdo idealizado. Al final, quedaría solo la sangre, una gran mancha roja difuminada en la silueta de un vestido blanco. Entonces odió el casete, el televisor, odió el marco del retrato vacío, odió su apartamento, la física, la química, la matemática. Odió al camarógrafo, al chofer sin cara, a su camioneta. Odió a la cámara y a Miguel, claro está, odió también a Remy, el teatro, a Django y a la Macromax, al Decano y a la DNA21, a los periodistas, a las moscas que aún vivían, el suelo, la madera, las paredes, las ventanas, el humo, las nubes, odió la lluvia, odió la planta polar, el ácido en sus venas. Y por supuesto, odió el mar. El odio es malinterpretado. Para Iván ese odio significó el primer escalón hacia un imperio desconocido y absoluto. Sin reglas. Sin razones condicionadas. Tan inexplicable como la atracción pura.

ELLA SIEMPRE

Marina. El segundo contenido de la cinta. Intacta. Bajó el escalofrío. Desapareció. No por el verde de los árboles, ni por el fondo que podía ser negro, rojo como el fuego, o incluso azul como el mar. No importaba. Estaba ella y nada más. A su lado, Heber era una mancha. Cuando el plano se cerró sobre ella, Iván congeló la imagen. La estudió. Nacía una impresión malsana. El sabor amargo que deja una pesadilla. Obsesión. Había algo extraño en ella, algo que le volcaba el estómago, hincándole alfileres por todo el cuerpo, atravesando sus órganos vitales, hasta clavarse en los huesos. Eran quizá los colmillos en aquella sonrisa afilada, o la raíz del pelo que en efecto era azul oscuro. Pero tampoco era eso. Entonces, fijó la vista en lo más perturbador: Sus ojos. Limpios. Ovalados. Violeta oscuro, casi imperceptible. Algo no encajaba. Pulsó una ampliación a 150%. La mirada. Frontal. Contradictoriamente perdida y a la vez penetrante hacia un infinito que parecía atravesar el cristal de la pantalla. A Iván le resultó imposible mirarla por más tiempo. Stop. Apagó el equipo por inercia. Una brisa ligera movió dos páginas del libro sobre la mesa. Iván miró a la izquierda sin mover la cabeza. Un acercamiento a la ventana. Allá a lo lejos, detrás de los últimos edificios, donde aún no se podía ver el mar, empezaba a llover. No aguantó un minuto. Ahora también era instinto. Porque aquello no era amor, mucho menos odio.

Iván tuvo la sensación de haberla conocido siempre. Porque eso son los instintos, muchas interpretaciones contenidas en un impulso. “Play”. Y brilló la pantalla nuevamente. Ella había dejado de sonreír. El plano se cerró a un detalle de los ojos. La imagen temblaba, como si aquellos ojos hubiesen estremecido la cámara y ahora el televisor. “Pause”. Ahí estaba la respuesta. Aquellos ojos violeta, casi negros, no reflejaban absolutamente nada. Ni la cámara, ni los árboles, ni la calle. Nada. Iván intentó cerrar la boca. Lenta y progresivamente fue llegando desde afuera, una risa sorda de aire. Por oleadas, como si la trajera el viento. Hasta el cerebro. Sorda y cruel. Su cuerpo le pesaba como si fuese de plomo. Le costó pestañear. Cuando levantó el párpado, la risa murió en un suspiro largo y ahogado. Entonces logró cerrar la boca, tocarse la cabeza, y finalmente apagar el equipo.

Una lágrima escapó del iris azul. Azucena esperaba el diploma igual que una niña espera su nueva muñeca que habla, ríe, y llora. La muñeca que ansió tener vida. Las demás alumnas aplaudían. Los demás alumnos chiflaban. La subdirectora del hospital la besó en la mejilla, el director en la frente. Luego le entregó el diploma. Azucena lo contempló temblando.

REMIO

El Ministro de Ciencias Médicas y todos los profesores de esta universidad otorgan, por su excelencia docente y disciplinaria, a la estudiante Azucena Quintero Leizwyck, la beca para una vez finalizada la carrera, integrar el equipo de ingeniería genética que desarrolla el proyecto DNA21.

—Clonación de seres humanos. ¡Por fin! Siempre he pensado que la vida está llena de accidentes estúpidos. Algunos muertos merecen una segunda oportunidad. Las pobres gentes del avión, no tenían que morir. —Heber la miró perturbado.

—¿Y quién decide eso, Azucena? ¿Quién dice: Este sí y este no...? A mí me parece que es una responsabilidad muy seria, una cosa muy delicada. Sí yo fuera tú, no me metería en eso.

Azucena miró con ternura.

—No, Heber, no digas eso. Este equipo también está integrado por sociólogos, y hasta psicólogos. Heber se encogió de hombros.

—Me disculpas, pero esos no van a ser un equipo. Esos lo que van a ser es un jurado de selección... Y los jurados siempre, casi todos, o sea, ninguno, son confiables...

Azucena movió la cabeza burlonamente.

—No seas bobo, parece mentira... ¿desde cuándo eres tan pesimista?

Heber sonrió con la cabeza gacha, apretando el timón de su bicicleta. Al fondo, desenfocado, los observaba un estudiante de medicina.

—En fin... —dijo encogiendo los hombros y levantando la cabeza— Seguro exagero... Pasé por aquí para que le digas a Iván que me voy dos semanas para nuestro querido pueblo natal, así que me enteraré luego de cómo le fue en los exámenes. Deséale suerte, aunque no la necesita... Mejor deséale éxitos, y a ti también: felicidades.

Ella lo besó agradecida.

—Gracias... Bueno, me voy... ¡Que todavía Iván no sabe nada!

Y echó a caminar apurando el paso. Heber se quedó parado jugueteando con el manubrio de su bicicleta, lo detuvo el ruido lejano de un trueno. Giró la cabeza hacia arriba, como impulsada por un resorte. Ahí estaban las nubes.

—¡Azucena! ¿Quieres que te lleve a...? —Pero dos cuadras adelante su pelo rubio ya terminaba de doblar la esquina. Heber chasqueó los labios mientras montaba la bicicleta y salió como una flecha tras ella. Volvió a tronar. El enfermero, que no se había movido, le echó un vistazo a la universidad. Estaba casi desierta. De nuevo volvió a tronar. Mijaíl Castillo miró al cielo nervioso. Un frenazo violento y un claxon le hicieron girar la cabeza. Era Remy Arnaz en un convertible descapotable rojo fosforescente.

—¡Oye, Castillo, aterriza aquí antes de que nos funda el ácido!

Mijaíl titubeó mirando a todas partes. Remy vociferó afectadamente:

—¡Pinga! ¡Despierta, y acaba de subir, que esto no tiene techo! ¡Mira cómo está el cielo, cojones! Al fin, querido... ¿Así que hoy es tu cumpleaños?

Al enfermero se le trabó la bata con la puerta del convertible, pero no lo notó, porque antes de que la cerrara, Remy ya había pisado el acelerador. Sacó el celular y marcó.

—Adri, ricura, ¡victoria! Meterse en candela tiene recompensa. ¡La tengo! Pero ábreme urgente la reja y la puerta del garaje, si no quieres que me derrita en la entrada y ella conmigo. Así que vuela ¡Ábrela! —Colgó. Mijaíl lo miraba atemorizado.

—Oye, tú estás loco. No llegamos, no llegamos. ¡Bájame, bájame! Volvieron a tronar los nubarrones. Las calles estaban desiertas y las gomas del convertible giraban a 100 km/h.

—Esta es mi ciudad, ¡mi ciudad hecha a mano! —Gritó Remy doblando una curva.

Castillo se aferró a la puerta y al respaldo del asiento. — Remy... ¿¡Y si empieza a llover ahora?!

Sin soltar el acelerador, Remy se burlaba a carcajadas.

—¡Sé hombre, coño! ¡Sé macho como yo! Estoy adelantando el arrebato ¡Wuaauuu! Relax, que ya estamos cerca de mi gao. Yo siempre le gano a la naturaleza.

No había terminado de hablar cuando se estrelló contra el parabrisas una gota de lluvia.

—Pinga... —Ya era un hueco en el cristal. Mijaíl se aterrorizó.

—Yo lo sabía, cojones, yo sabía, mi madre. Señor, ¿Por qué me castigas así?

Remy se tapó la cabeza con una mano, junto al timón.

—¡Cállate, imbécil!

El convertible saltó el contén aplastando el césped, hacia un garaje abierto. La defensa del carro rozó la reja, y golpeó una caja de botellas vacías. Remy hizo chillar las gomas.

Heber tumbó el portón podrido con la goma de su bicicleta. Afuera las gotas aumentaban de ritmo, pero ya estaban dentro. Azucena retrocedió alejándose de las ventanas sin marco. Reparó entonces en el lugar. Un crucifijo quemado en la pared terminaba de ponerle un punto diabólico a la vieja mansión. Huella inconfundible del fuego. Era evidente que aquello había sido un infierno: no había una sola madera en aquella casa. Las paredes tiznadas de negro, metales oxidados simulando la forma de lo que alguna vez fue una silla, una cocina, una lámpara, un televisor con el tubo de pantalla reventado, como el cristal de un retrato aplastado contra el piso. Objetos domésticos irreconocibles, bajo aquel puntal, excesivamente alto y peligroso por su estado. Azucena miró el techo con sobrecogimiento. Afuera seguía lloviendo.

—Heber... Te puede salpicar, ven, aléjate de la entrada.

Él apoyó la bicicleta contra el baño y revolvió una pequeña montaña de trastos.

—Mira, encontré una silla para ti.

Azucena sonrió agradecida.

—Heber, dirás que soy una boba, pero este lugar me pone triste.

—No es ninguna bobería. A mí también me da mala impresión. Pero prefiero estar aquí que allá fuera —contestó sin quitarle la vista de encima, fijamente, porque ella brillaba, desprendía luz, contradiciendo todo su alrededor. Era una pintura. Heber comprobó que la pared estaba limpia y se recostó en ella.

—Estoy viendo un cuadro. Tú, en el centro, contrastando con toda esta destrucción... Te ves muy bien.

Azucena se acarició el pelo.

—Pobre Iván, y todavía no sabe nada... —Dijo mientras sacaba el diploma. Un relámpago hizo que se le resbalara de las manos, cayendo junto a una guitarra medio quemada y cubierta por tizones. Azucena la levantó con el pie sin poder dominar el temor a las posibles cucarachas. El ruido de un trueno. Heber miró con asco.

—Pero, ¿para qué tocas eso?

Azucena detuvo el pie, sin terminar de levantarlo. Tragó en seco. Otro relámpago iluminó el salón. Fue como una señal. Lo que quedaba de la guitarra salió disparado contra la pared, desprendiendo tortas de pintura y concreto. Azucena miraba con los ojos muy abiertos. Heber se acercó curioso. Allí no había cucarachas, pero tampoco suelo. Hundido sobre la tierra, y con los alrededores quemados, yacía un objeto rojo reluciente.

—¿Que rayos es esto?

—Una brujería.

—No creo que los brujeros tengan tanta imaginación.

—Verdad... Mira esa forma y esos orificios. Qué raro. Es como si fuera orgánico. ¿Qué dice la doctora?

—No me gusta nada. Parece el diseño de un loco...

—O el corazón de un extraterrestre.

—Heber, por favor...

—¿Y por qué no está quemado?

—Seguro lo protegió la guitarra... parece como una pistola, o una especie de...

—De flauta.

—Es posible. Voy a soplarla.

Heber se agachó y extendió el brazo.

—No lo toques.

Heber volteó la cara hacia ella. Azucena estaba pálida.

—No sabemos de dónde ha salido. Mejor no lo toques.

Heber sonrió.

—No te preocupes chica, esas películas están pasadas de moda —y lo agarró.

Bruscamente Remy rompió el nylon, primero con las uñas y después con los dientes.

—De pinga, ¿quién selló así esta mierda?

Adriana no sabía qué hacer con sus manos, y Mijaíl Castillo esperaba sentado tímidamente casi en el borde del gran sofá. Llovía más fuerte que nunca. Pero los cristales eran prueba del ácido y rodeaban los muebles si la habitación fuese un invernadero.

—Precaver, queridos, no tiene el placer de lamentar.

Remy sacó de su bolsillo la llave del convertible. Brillaron los ojos de Adriana. La punta de la llave salió del nylon, con una minúscula montaña de polvo, que desapareció en la nariz de Remy.

—Ah... Ricura. ¿Toda?

Adriana puso los ojos en blanco a la vez que sacaba unos dientes pícaros. Le tiró un fajo de billetes a Castillo.

—Sí. Los diez gramos.

Castillo se incorporó.

—Este... Romualdo, digo Remy... Esto, eh... Hay un problema. —Remy arqueó la ceja.

—¿Qué talla me quieres bajar?

El enfermero juntaba las manos entre las piernas.

—Esta creo que va a ser la última vez... Yo creo que ya no voy a poder resolverte más, porque la cosa se ha puesto mala en el hospital. Ya no estoy solo... Ahora los alumnos de Medicina están haciendo las prácticas con nosotros y vaya... Este... Ya no puedo.

Remy le agarró la cara y le estrujó los cachetes.

—No resingues, que yo no me quedo de conductor, yo estoy ensayando. ¡Voy a actuar en otra película! No resingues,

Castillo bobo. ¡Una película que va a cambiar el mundo! No resingues, Castillo mingo, no, no, no...

Mijaíl retrocedía quejándose.

—No, ay carajo, déjame, suéltame que ya me voy... Adriana soltó una risita ronca a la vez que mascullaba: —Qué punto.

Remy lo soltó aguantando la risa, mientras señalaba el lobby. —Adelante, ahí está la puerta, querido, a lo mejor te gusta mojarte. Resplandeció la sala por un relámpago y la carcajada de Adriana estalló simultánea con el trueno. Mijaíl Castillo miró a la puerta, luego a los cristales blindados y se dejó caer sobre el sofá. Tocó el bolsillo del pantalón para sentir el bulto del dinero. Entonces se arrepintió una vez más. Arrepentirse era su especialidad. Arrepentimiento hasta ahora teórico, de lo más natural del mundo: haber nacido.

—Por tu vida... ¿De dónde sacaste la cosa fea roja esa...?

La tía de Heber señalaba el objeto sin acercarse mucho el dedo. —Parece blando, asqueroso, como si estuviera vivo.

Heber movía sus manos en los bolsillos.

—Para que tú veas, a mí me gusta. Te lo dejo mientras esté en casa de abuela, para que no estés sola. ¿No te gusta? Tiene su onda. La tía subió las manos a la cintura.

—¿Cuál onda? ¿Y desde cuando a ti te gustan las cosas raras?

—¡Sorpresa! Eh, ¿qué tienes en la cara?

Azucena no llegó a cerrar la puerta y el impulso de su alegría se paralizó. Las ventanas de la sala y la terraza estaban abiertas. Un libro en el piso y papeles por todas partes. El televisor prendido sin volumen, con la lluvia interminable de granos. De pie, junto a la mesa de los retratos, Iván contemplaba una foto. En el pómulo izquierdo tenía una

protuberancia negruzca y ovalada, del tamaño de un ojo. Sonrió lánguidamente mostrándole la foto.

—Encontré la foto del mar. El aire la sacó de donde quiera que estuviese. Y cuando revisé el retrato, el marco estaba flojo, la tapa no pegaba bien.

Azucena no habló, se limitó a pestañear. Iván entreabrió los ojos mientras se estiraba.

—¡Ah...! Todavía no he acabado de despertarme, ¿Dijiste sorpresa?

Aún sin cerrar la puerta, Azucena hizo el ademán de mostrarle el diploma. A medio camino de levantar el brazo, lo detuvo.

—Pero, ¿qué te pasó en la cara?

Avanzó hacia él extendiendo la mano. Iván la detuvo de un tirón aguantándosela firmemente.

—Por favor... No. Me duele.

Azucena dejó de pestañear mostrando todo el desconcierto y la ingenuidad del redondo azul en sus ojos.

—Iván... ¿Cómo te hiciste eso?

La yema de su dedo casi rozaba la protuberancia. Iván dejó de apretarle la muñeca.

—Doctora... ¿No debe lavarse las manos antes de tocar una herida?

Ella bajó la mirada y la mano. Iván la besó en la mejilla con el lado sano de su cara.

—Me quedé dormido... Y empezó a llover.

Azucena dejó de besarle llevándose la mano a la boca.

—Ay, Iván... Te... Podías... Pudiste haberte matado.

A Iván lo fulminó el recuerdo en forma de salitre.

—Fue una salpicadura, una de las primeras gotas que rebotó en la persiana y me despertó.

Suavemente, Azucena lo hizo sentarse en la mesa del comedor y lo escudriñó a través de sus espejuelos.

—Casi negro, rugoso... Qué raro. Algo anda mal. Debiera haberte llegado hasta el hueso... Y tan cerca del ojo. Qué suerte has tenido... Terminó de decir, a la vez que dio un beso fugaz.

—Te amo.

Iván le quitó los espejuelos.

—No debieras decir eso tan a menudo.

Vibraron las pupilas azuladas bajo un pestañeo estroboscópico. —Quiero decir... — siguió Iván—, que no es cualquier tontería. Deberías guardarlo para cuando sea necesario. Para que no resulte banal... Porque yo también te amo, más que a nada en el mundo.

Azucena recostó la cabeza sobre su hombro y tardó en sonreír.

EXÁMENES EN PARALELO

El dermatólogo Daisel Guevara era pequeño, fornido. Lo consideraban una buena persona. Pero tener una sonrisa efusiva constante de oreja a oreja y el estar casi siempre empapado en sudor, le daba un aspecto repulsivo. Como si fueran viejos amigos, le hundió el hombro de una palmada.

—¿Iván Kovelt? ¿Qué tal está Azucena!?

Iván apenas pudo disimular morderse la punta del labio inferior. —Muy bien. Yo no tanto... Por esto —dijo, señalando la protuberancia.— Está mucho más pequeña que ayer. Daisel, cordialmente indicó la puerta blanca.

—Vamos, que te voy a hacer un examen.

Al día siguiente el profesor de la universidad le entregó la hoja con las cinco preguntas: Modelos Económicos Matemáticos. Iván miró el aula llena de gente. La comisura de su boca se torció irónicamente. Aquello era una farsa. Probablemente ninguno aprobaría. Iban por ir, por imaginar que estaban haciendo un esfuerzo. Perdedores natos que les gusta beber de todas las copas, como diría Remy Arnaz, para decidir cuál sabe mejor.

—Te equivocas, Remy: quieren beber de todas las copas para descubrir cuál tienen derecho a tomar.

—De momento, agua hervida y mucho líquido para desaparecer esa manchita impertinente —indicó Daisel, esforzándose por mantener su constante y odiosa dentadura.— Debo decirte que tu caso es muy interesante. No me explico. ¿La mancha siempre fue negra? Normalmente los casos de lluvia $H_3F_2MnO_4$ son mortales. Esa es la peor variante. La sustancia no se detiene ante nada, una sola gota puede atravesar el cuerpo humano. Si estás acostado, te puede caer en el pecho y en un segundo salir por la espalda, atravesándote hasta los huesos. A ver, cómo decirte... Es increíble que nada más tengas esa manchita, y para eso, quizás mañana ya no la tengas. ¿Tienes alguna pregunta?

Gráficos 3-D. Ivan conocía las respuestas. Ninguna de las cinco era difícil de responder. Pero la frialdad de su inacción contrastaba con el resto del aula. Porque a su alrededor proliferaban manos sujetándose la cara, mordeduras de labios, cabezas gachas, codos contra el papel, uñas clavadas en las plumas y bolígrafos, sudores en las sienes, orejas rojas, vellos erizados, calenturas internas.

—La muestra de cultivo arrojó algo interesante. Ya sé que no te queda ni rastro de la manchita pero... Nos gustaría hacerle otro análisis de sangre.

Iván frunció el ceño.

—Llevo seis días en esto. Espero que sea el último.

Simulación. El decisivo. Y tan fácil. Pero a veces pequeñas cosas pueden cambiarlo todo. Un capricho. Ese día, el de-

cano visitó el aula, y bajo el bigote de manubrio, su sonrisa multidireccional trataba de infundir ánimo a los alumnos. Sin devolverle la mirada, Iván sintió el peso de la hipocresía. Era lo que menos soportaba en el mundo. La ira corrió por todo su cuerpo hasta la cara, sin poder contenerse. Podía sentirla en sus venas. Iván rió y una sombra en su sonrisa exteriorizó un brillo blanco en sus pupilas. Alzó la cabeza lentamente. El decano perdió el equilibrio. Le costó mucho mantener su sonrisa. Abandonó el aula inmediatamente. Pasó un minuto. Iván bostezó, estiró los brazos y las piernas. Se levantó haciendo chillar la silla y le tiró el examen al profesor de Física. Lo hizo con el desenfado propio de un cartero cuyo cargamento no significa nada, porque la carta, en este caso, era una hoja en blanco.

—No sé cómo decírtelo... Esto parece un chiste. Todo parece indicar que eres inmune al *H3F2MnO4*. —Daisel Guevara le apretaba las manos riendo, más sudoroso que nunca.

—¿Qué cosa? Si pudieras hablarme claro y con seriedad, te lo agradecería. ¿Falta otro análisis?

El dermatólogo negó con la cabeza con su perenne risa nerviosa. —¡No, compadre! ¿Tengo acaso cara de fiesta?

Iván levantó los hombros.

—Siempre.

LA CONFERENCIA

Compuesta de médicos, periodistas, científicos dispuestos alrededor de una gran mesa ovalada, la cacofonía lo atormentaba.

—Nunca se ha reportado un caso como el de usted, Iván. ¿Se da cuenta?

—No se considere un conejillo de indias, pero...

—Ja, ja, ja...

—Iván, tenemos entendido que usted ingirió agua de mar hace dos años...

—Este Consejo de Ciencias Médicas y el grupo DNA21 han comprobado que...

—Hace dos años, la mezcla de los componentes contaminantes de lo que hoy se conoce como H3F2MNO4, aún no lograba el efecto corrosivo y letal que tiene hoy...

—La protuberancia no fue más que una pequeña reacción alérgica.

—Corre por tu sangre, si entiendes a qué me refiero...

—A lo que se refiere el doctor Daisel Guevara es a que, desde hace dos años, el ácido forma parte de su organismo...

—Sintetizando..., ¿quiere esto decir que el ciudadano Iván Kovelt...?

—Iván, usted está parcialmente vacunado contra el H3F2MNO4...

—Estimados televidentes, nos encontramos ante un caso extraordinario. ¿Recuerdan ustedes a Iván Kovelt...?

FAMA

Una vez más Iván era noticia. Irónicamente, reapareció en los periódicos, revistas y noticieros. Fue nombrado candidato a Doctor en Ciencias.

—Creas la planta polar y encima eres inmune a la lluvia. No cabe duda de que eres el hombre del futuro.

Con las puertas de su oficina cerradas, y casi junto al oído, murmuró el decano:

—¿Está seguro de que se sentía bien? Porque en su caso, por tratarse de usted, podríamos volverlo a examinar.

Al obispo lo traicionó la lengua.

—En este caso, eh... El nuevo mesías. ¡Quiero decir...!

Miguel se rascó la barba.

—No necesitas ni un parabrisas blindado. Cuánta perfección, vas a quitarme la inspiración para la película.

Pronto se anunció que un equipo de Dermatología estaba desarrollando la vacuna contra el *H3F2MNO4*.

El nuevo programa sensacionalista conducido por Remy Arnaz:

—Imagino que las mujeres te persigan. Debes ser el novio ideal, que puede ir a cualquier parte bajo la lluvia. Eh, hasta yo me casaría contigo.

—Para empezar no hay persecución alguna. Yo tengo una compañera y eso es algo que ustedes saben muy bien. Lo que sí me toma por sorpresa es tu ambivalencia sexual.

—Oye, fue un chiste ¡Estamos en vivo! Por favor. No pasa nada. Es que somos amigos de infancia.

Aunque la hubiera dicho Remy Arnaz, era una de las palabras mágicas: Amistad. Cuando era perfecta. Cuando la conoció. Él tenía siete años y ella seis. Un niño y una niña en una playa desierta. Otra palabra mágica: Infancia. Hacía que el mar inundara todo su cerebro. Las neuronas disfrutaban aquella sal. Recordó las persecuciones por la arena. Huellas infantiles. Pies exhaustos de tanto correr. Risas quebradas por el eco del viento, más cerca y más lejos, llegando en oleadas, como la espuma que no se cansaba de salpicar la arena. Se quedaban allí hasta el atardecer. Vacaciones de invierno. Los padres de Iván regresaban al anochecer. Tenían sobrada confianza en la responsabilidad de su hijo. Aquella niña tenía un salvavidas velando por ella. Porque sabían que además, Iván era un excelente nadador. Podían dejarlos solos. Tal vez fue ese el único error que cometieron en su crianza.

—Y tus viejos... ¿Cómo están? —Preguntó la tía de Heber mientras sacudía el polvo de los muebles. Iván se rascó el pómulo antes de contestar.

—Bien... Felices. Muy bien. Con la felicidad estancada en un mismo punto. En fin... No me hagas caso. Me tengo que ir.

La tía movió la cabeza.

—¡Estás más loco! Bueno, pues ya lo sabes, Heber no llega hasta pasado mañana. Déjalo llegar. Ah, ciérrame bien la puerta.

Iván se detuvo en el recibidor y tuvo que voltear la cabeza.

—Pero, ¿qué diablos es eso?

Y es que en el multimueble era imposible no verlo, porque destacaba por encima de todo, rojo reluciente, como si brillara.

—Ni me lo recuerdes. Está ahí por culpa de Heber. Se lo encontró en nosesabedónde y se empeñó en guardarlo como adorno. Esa cosa tan fea y rara. Y todavía dice que tiene su onda. Iván lo examinó con ambas manos.

—En eso tiene razón... ¿Pero a qué onda se refiere?

Al cabo de los días y las insistencias de Azucena, Heber se llevó el objeto.

LA CALLE

A muchos árboles les habían arrancado una porción de corteza, en forma de anillo. ¿Por qué? También pudo percatarse de que la gente caminaba más aprisa. Junto a un latón de basura, un anciano pordiosero encontró la pequeña carrocería plástica de un F1 rojo. En otro tiempo aquel juguete había sido precioso. Al pordiosero se le iluminó la cara bajo la mugre del pelo gris y los mocos secos del bigote. Pasado el estupor del hallazgo, siguió revolviendo la basura en busca de las otras piezas. Hurgaba con pasión, con locura. Encontró el chasis con las ruedas y nervioso, trató de juntarlo con la carrocería. Temblaba. Las dos ruedas delanteras se desprendieron por su torpeza y cayeron en la basura. El anciano, desesperado, rescató una y trató de ponérsela. Casi lloraba de emoción. Armar los restos del pequeño juguete era cuestión de vida o muerte. Pero la desesperación de sus dedos imprecisos terminó por escachar la débil carrocería plástica y las cuatro ruedas saltaron del chasis para perderse en la basura. Iván se debatió entre seguir su camino o ayudar al anciano. Pero aquello no tenía solución. Aceleró. Al cabo de un kilómetro reventó la goma delantera derecha. Iván se arrimó al contén. A lo lejos le pareció oír un grito de niña.

—¡Noooo!

Una vez más lo invadió el recuerdo, pero no hizo caso. Se bajó y abrió el maletero. Fue entonces que por encima de

la tapa, divisó en la cuadra siguiente un grupo de niños que pegaban alaridos de guerra y chiflaban, alrededor de dos gaticos. Una niña les gritaba: ¡No... No! A esa distancia era imposible entender lo que estaba pasando. Iván cerró de un golpe el maletero, y echó a caminar en dirección a los ruidos. La niña volvió a gritar. A pesar de estar distorsionado por la distancia, el grito era desgarrador. Iván reconstruyó la historia que conocía tan bien.

RECUERDO AJENO

El día anterior, la niña denuncia frente al director de la escuela a un niño dos grados mayor que ella, quien ha tratado de besarla violentamente durante el receso. Ese niño, al que le faltan dos dientes, es también su vecino. Al salir de la escuela, la niña encuentra un gatico maullando abandonado junto a un basurero. Lo lleva a su casa. Lo alimenta y juega con él. A la mañana siguiente, la niña se despierta por el llanto de un bebé y el grito asustado de la madre, su vecina en la casa contigua. La niña mira a su alrededor. El gatico no está en su cuarto. Se levanta preocupada y sale corriendo hacia el portal vecino. Su llegada coincide con la salida del gatico que huye de la vecina para reunirse con ella. Detrás del animalito sale la vecina enfurecida. Al fondo, en el interior de la sala, puede verse un corral con el bebé llorando. Brota sangre de su manita nerviosa. La niña carga el gatico y se lo lleva al pecho protectoramente. El animal es negro. La madre vecina se persigna. De la casa sale también su hijo mayor. Al niño le faltan dos dientes, con su camisa abierta, ya roza la adolescencia. Atraviesa el portal con grandes zancadas, mientras le hace un gesto a la madre la niña se van colocando otros niños y adolescentes que vitorean a su amigo. La niña lo mira fijamente, abrazando maternalmente al gatico. El animal mueve la cabeza de un lado a otro, asustado por la proximidad del tumulto. El niño se acerca hasta casi menos de un metro. Instintivamente, la niña da un paso atrás. A su alrededor brotan

comentarios susurrados, risas, arengas. El niño sonríe mostrando los huecos de su dentadura.

—Yo no muerdo. Déjame ver ese bicho. Verlo nada más.

La niña suda por la tensa piel de su cara. Sus ojos azules dudan por un instante y retira la mano descubriendo la cabeza del felino.

—Lo estás viendo... Míralo.

A sus espaldas suena un coro de burla. La sonrisa del niño se contrae en un tic imperceptible y vuelve a decir:

—Ah... Pero así no tiene gracia. Déjame cargarlo... Un momentico nada más, te lo juro.

La niña accede. El niño lo agarra con una mano, y lo sostiene como si intentara calcular su peso. Los del fondo comentan burlonamente:

—Tú no tienes pa' eso.

El niño los mira muy serio, chasquea la lengua, y se voltea victorioso hacia el portal dónde la madre ya ha cargado al bebé y besa el arañazo de su pequeña mano. El niño alza repentinamente el gatico con una mano.

—¡Mama, mira!

La niña abre sus ojos y extiende los brazos. Agónica eternidad ralentizada. La mano del niño con el animal ha comenzado a bajar a toda velocidad en dirección a la acera. La niña extiende sus brazos demasiado tarde. El gatico se estrella contra el cemento. El coro de fondo vitorea al asesino, otros, los menos convencidos, se alejan negando con la cabeza. A la niña se le queda la boca abierta, las lágrimas brotan, y cae de rodillas mientras sus manos, aún extendidas, son presa de temblores agónicos. Los pies duros y sucios del niño se acercan. Le entrega el cadáver a la niña, mientras le pasa su otra mano por la cabeza rubia.

—No te pongas así, que nada más era un animal.

Regresión. Esto no hubiera significado tanto para Iván. Quince años atrás, ella no hubiese sido Azucena. Pero hoy se enfrentaba a otra historia, quizás no tan distinta. Seguía avanzando. Ya el grupo de niños estaba más cerca. Apretó el paso. Los dos felinos infantiles acosados por los zapatos del grupo. Iván trotaba. La niña de pelo corto y castaño, se esforzaba por contener el llanto.

—¡No, nooo, déjenlos ya, que tiene hambre!

De pronto, un niño pelirrojo con pullover de rayas magenta agarró a uno de los gaticos.

—¿Tienes hambre? ¡Come pared!

Músculos tensados y movimiento brusco del brazo reflejados en el ojo de la niña. Le reventó el hocico contra el muro. Una vez, otra y otra... Iván rompió a correr. La niña se tapó la boca y cerró los ojos mientras estallaban las carcajadas del pelirrojo y el grupo. Iván dejó de escuchar sus propios pasos. El pelirrojo levantaba al otro gatico. Con un zumbido en los oídos, Iván apretó el puño, hasta que las uñas se clavaron en la palma, lo descargó y le rompió la risa al pelirrojo. El niño salió disparado tres metros, y poco antes que terminara de aceptar el suelo, ya sus compañeros huían. Con una vuelta de flexibilidad prematura, el gatico había caído al suelo ya en cuatro patas, y corrió hacia la niña. Con dificultad, el pelirrojo se incorporó, retrocediendo atontado sin limpiarse la sangre: le faltaban dos dientes. Iván le gritó:

—Dile a tus padres que hoy te rompieron los dientes para no matarte.

El pelirrojo sollozó los mocos.

—Vete pa' la pinga... —y salió corriendo, aguantándose la mandíbula.

La niña estaba muda e inmóvil, sosteniendo el gatico, de espaldas al cadáver destrozado. Iván se agachó a su lado.

—¿Era tuyo el gatico?

La niña no contestó. Intentó mirar el cadáver de reajo pero se contuvo. Iván insistió.

—Ya pasó... Es mejor que vayas para tu casa...

La niña entonces lo miró y pareció reconocerlo, pero no dijo nada. Iván le puso una mano en el hombro.

—Vamos, parece que va a llover, mejor te acompaño.

—No —respondió la niña—, yo vivo aquí cerquita... ¿El gatico está muerto?

—Sí... Olvídate de él. Ahora tienes que cuidar a su hermanito... Y ten bien claro esto —Iván se acercó a su oído—, aunque seas una niña, tienes todo el derecho a matar para defenderte. —La niña no supo qué decir y salió corriendo hacia su casa, cerca de unas plantas gigantes que se perdían en la distancia por la neblina que cubría perennemente la frontera en una de las zonas más temibles de la ciudad.

LA JUNGLA FANTASMA

Crecía por entonces, lenta pero indetenible producto indiscutible de la lluvia. La gente más pobre que no pudo costear el revestimiento de sus viviendas abandonó sus casas, ruinas inservibles, expuestas a la voraz intemperie de la lluvia. Era la zona periférica a la ciudad, cerca de mil kilómetros de plantas mutadas en formas caprichosas sobre las ruinas de los viejos edificios y almacenes de antaño. Humedad permanente y olor a química. Musgos que se extendían en gigantescas costras verdosas, rodeadas de charcos aislados. Cero vida animal, exceptuando algunos insectos que sobrevivieron, tras sufrir ciertas mutaciones. En una época sirvió de refugio a un grupo de anarquistas mutantes que proponían el desmantelamiento del régimen político y social existente, dictadura en estertores ante la muerte final de las ideologías. Pero eso fue hace mucho tiempo. Hoy los pobladores más cercanos a la zona descubrieron una poderosa droga al confeccionar cigarros con el musgo que crecía solo en el área de la jungla fantasma. El nombre surgió en el argot cotidiano. Y era el más adecuado para describir el área.

Fernando no pudo resistirse a prender el cigarro. Empezaba a sentirse el otoño. Tal vez por eso, Azucena no se lo impidió. Imaginó que si Fernando lanzaba el cigarro por la

ventana, volaría lentamente, caería tal vez en la hierba seca, el rojo correría, treparía por los árboles, la ciudad entera ardería hasta perder el revestimiento y pasaría a formar parte de la jungla fantasma.

—Eras una niña... Es algo natural. Piensa que hoy nunca permitirías una barbaridad semejante —el psicólogo se sentía cómodo, aspirando y botando el humo en bocanadas certeras hacia la ventana—, no tienes nada que lamentar... ¿Alguna vez has vuelto a ver a ese niño?

—No, se mudó... Y yo también.

Fernando estuvo unos segundos en silencio, con la boca semi abierta, antes de mirarla directamente a los ojos.

—¿Sabes por qué estudié Psicología? Mira, cuando yo era niño, el mundo estaba lleno de cosas que no comprendía. No me refiero a explicaciones de fenómenos naturales o artificiales. Eso no me preocupaba tanto, porque intuía que tarde o temprano un libro o alguien me lo explicaría. Lo que siempre me perturbó es no comprender la mayoría de las veces el comportamiento de los adultos. Dicen que el niño intuye la verdad. Mentira. El niño solo sabe que lo están engañando... Fue para entender y para que nadie más me engañara, aunque parezca infantil, fue para eso que estudié Psicología.

Azucena dejó de mirarlo. Fernando iba a lanzar el cabo humeante por la ventana, pero se detuvo y abrió la gaveta del despacho para sacar un cenicero.

—Siempre se me olvida... La mujer que limpia siempre me lo guarda. No tengo ya cómo decírselo...

—Dejando de fumar.

Azucena lo dijo con la mayor naturalidad y sin poder evitar cierto tono recriminatorio, como si acabase de recordar el humo que todavía flotaba en la consulta.

—En fin... Lo que quería decirte es que no puedes buscarle explicación a todo, o por lo menos una sola explicación. ¿Por qué Iván dejó en blanco los exámenes sabiendo perfectamente todas las respuestas? Si no viene a verme, yo no lo puedo adivinar. Es más, puede que venga y aún no encontrarle explicación lógica... Mira tú a ver qué le habrá pasado por la cabeza... ¿Lo has notado estresado? Desde que nació siempre estuvo tratando de demostrar algo. Muchas veces caprichos. Creo que a pesar de todo, en el fondo sigue siendo un niño que quiere seguir construyendo castillos de arena.

—Esto no va tener un final feliz. Por una cuestión de principios. Antes me suicido... Sí, moriría por culpa de esta condenada película — Miguel humedeció los labios con su propia saliva. El guion le estaba dando dolor de cabeza.— Pobre imbécil... ¿Quieres cambiar el lenguaje del cine? A costa de tus amigos, a costa de abrirlos con un bisturí. Eres un monstruo, a costa de ser un artista...

Un toque insistente y pretendidamente melódico interrumpió el funcionamiento de sus neuronas. El rápido abrir de la puerta, le trajo el fresco del exterior. Era Remy.

—¿A qué viniste?

Remy cerró los ojos y suspiró afectadamente moviendo la cabeza.

—Coño, Miguel, ¿qué pasa? Soy tu amigo.

—Sí claro, por eso vienes a pedir algo... Por eso... ¿A qué viniste? Ah, ya por favor —Remy fue a sacar un cigarro.

—Ni lo pienses, que en esta casa no hay cenicero.

Remy apretó la punta del cigarro hasta dejarla plana.

—Bueno, je... Una ayudita para dejar de fumar —dijo, mordiéndose los labios.

Miguel cruzó los brazos y volvió a sentarse frente al guion.

—Al grano, que estoy ocupado.

—Bueno... —Remy se paseó por la sala— es muy bueno que yo sea tu inspiración para esa película.

—Ah, ya te lo contaron. Seguro fue tu puta de turno, esa Adriana. —Remy dio un pisotón histérico.

—¡No hables así de ella!

Miguel empezó a reírse.

—No te lo crees ni tú mismo...

Como quien desconecta un televisor, Remy logró apagar la histeria.

—Miguel, por favor, yo quiero trabajar en tu película ¡Nadie va a hacer ese personaje mejor que yo!

—Por supuesto. No tendrías que actuar.

Remy arqueó la ceja.

—Qué sabes tú lo que es actuar si tú no tienes sentimientos. ¡Si tú eres un robot! Te ríes de eso porque no lo entiendes.

Miguel estiró los brazos.

—Ah, pobre Romualdo, si tú lograras entenderte de la forma en que yo te entiendo... Ya te hubieras suicidado. Échale un vistazo a esto. —Le entregó una hoja impresa en computadora.

Remy se demoró en analizar el título antes de comenzar a leer.

STAND-ART

Pudo haber sido ayer o hace un minuto. No apesta y tiene los ojos abiertos ¿Qué edad tenía? Es difícil decirlo. Sencillamente está ahí, con su código de ética y sus ambiciones. Probablemente solo una o dos personas lo vieron morir. En una semana lo habrán olvidado, pero su cadáver permanecerá ahí, insepulto, secándose lentamente hasta el fin de los días. Al fin y al cabo, para la mayoría fue un ser despreciable. Cerca de allí un joven salía de su escuela con la cabeza llena de ideas, un futuro brillante *¡Qué bien, todo llega, no hay que desesperarse. Tengo una vida por delante.* Llegar al estrellato como algunos pocos latinos. *Dios me ayudará.* La iglesia, claro, siempre ayuda a todos. Pasó a un metro del cadáver y no lo vio, no lo vio. El aire hizo ondear los árboles, y el joven trató de adoptar una forma de caminar que justificara su pullover explosivo. Le llegó entonces con el viento, el roce de las hojas. *A disfrutar que la vida es una sola y hay que divertirse.* Ha descubierto compañeros con diferentes sueños y el mismo futuro. *Big happy family.* Su verdadera familia desconoce muchas cosas.

Con ese aire de lluvia, nubes grises surcan el cielo. Los peatones parecen diferentes. *¿Está cambiando el clima o estoy cambiando yo?* Se encontraba a cien metros de su casa, en un minuto llegará y todo como siempre. Sus padres en el trabajo. En una hora sus compañeros estarán desparra-

mados por toda la sala, conversando como todos los días. Excelente manera de superarse mutuamente. A veces, aprovechando la salida momentánea del dueño, el más atrevido se aventura a coger una pierna de puerco del refrigerador. Si es sorprendido, sonríe ante el débil carácter del anfitrión. El brazo y la pierna de otro se llenan de tinta. Lacerar la piel. Los jóvenes, ya que no pueden cambiar su mente, optan por cambiar su cuerpo. Ninguno trabaja ni estudia. La guitarra de otro es en buena parte el símbolo de rebeldía, ese dice que es músico, pero su actividad se limita a repetir malamente composiciones ajenas, frustración de no poder redactar una buena línea, cuando el alcohol llega a su hígado, en las intenciones no cuajadas de formar un grupo de rock, desganado con el cual incluso duerme la mañana, soñando a duras penas con su ideal de libertad y el reconfortante contenido de sus macetas. Por supuesto que este trovador no tiene recursos, excepto una disimulada mendicidad para los vicios. Siempre hay un aspecto decisivo y este último ha despertado en nuestro joven la adicción de retirar parcialmente el dinero de la billetera paterna, única y mejor solución para que el humo y las risas llenen la sala. Es entonces cuando el joven aparenta superioridad comentando *lo bien hecha que está esa película*. En general se emociona con cualquier obra bonita o pasable, o cuando lo que le parece *extraño y canción*, tiene alguna escena interesante. Otras veces lo afirma para que no se burlen de su sensibilidad artística, aunque la mayoría de las ocasiones, sea para que un grupo de socios, elogien su aguda percepción. Otro de ellos le ha inculcado el arte de la religión y el de fumar cigarrillos normales, sustitutos psicológicos, que se han vuelto un pedazo más de su carácter, artificioosamente construido. La evolución puede variar tanto. Ha comenzado a llover. *Cuando yo esté en Hollywood...*

Delirios. Hace años desarrolló fanatismo por un cantante. Sencillamente se nace o no se nace. Y esperando que la suerte del signo Libra, amparada por su nuevo guía espiritual Jesús, junto a un brujo palero que visita todos los meses, le den ambos esa oportunidad, el círculo se hunde en la tierra de tantas vueltas, dibujando el concepto de joven popular: diversión, alcohol, música popular, y el resto, profesando la religión que mejor le permita soportar el peso de su existencia, Frankenstein de los arquetipos que admira. Mente cada vez más ciega, por debajo del promedio en una mente propensa a ser fanática.

Entonces llega el ruido del motor del auto de sus padres y, con un gesto de molestia, sus compañeros comienzan a abandonar la casa. Sentado en el sofá razona. *Todo llega tarde o temprano*. El que niega sus creencias es tan oportunista como el que finge tenerlas. Esta noche fue invitado a un importante evento cultural, al cual asistirán grandes celebridades: sus compañeros. Bajo ciertas presiones el hombre puede involucionar. Sentado en el sofá, comprende por un segundo de claridad su situación. No tiene ganas de ir al concierto esa noche pero teme dar una negativa que arruinaría su *reputación*. Sentado en el sofá contempla los butacones vacíos y comprende cómo en otros breves instantes de su vida, comprende sentado, comprende... El olor a lluvia. Creyó haber visto un cadáver cuando volvía a su casa. Sus padres dejan el maletín y la cartera. Aunque pretenda lo contrario, el joven aguarda con desesperación el día en que sus progenitores puedan decirle: *Estamos orgullosos de ti*. También trivial, es la convicción para afirmar: *Llegaré a la escuela de actuación para cambiarlo todo, voy a ser el mejor*.

Es impresionante su habilidad para combinar el no tener los pies sobre la tierra, con tenerlos hundidos hasta las rodillas. Y si en el estado de madurez cultural, profesional y sobre todo espiritual en que se encuentra, lograra por alguna desconocida y siempre sospechosa razón, aprobar los exámenes, la vida se encargaría más tarde de suspenderlo.

Ya casi es de noche. A pocas cuadras de allí la lluvia sigue cayendo sobre el cadáver. El joven no lo vio, pero lo vio. Y en el fondo de su ser, sabe que al igual que el perro tendido en la calle, sin mal olor y con los ojos abiertos, solo podrá pertenecer a un mundo. Los olvidados...

ACTORES

Aunque no entendió la mitad de las cosas, Remy sintió la imperiosa necesidad de estrujar la hoja. Y lo hizo con furor, volviendo a desatar su peor histeria.

—Comepinga. Yo he cambiado... Nunca he sido así. Comepinga, eres un comepinga que no tiene chispa de calle, un comepinga que no ha vivido ni pinga, pa' ponerse a escribir esta mierda.

Miguel se levantó tranquilamente.

—¿Ves? Aún si hubiera pensado en darte el papel, cosa que no haría jamás, y menos ahora con ese ridículo estallido de rabia...

Remy interrumpió:

—Lo que tienes es que meterte a una jeva por el culo, volado y descargándole a una talla *Snuff*, pa' que no hables más pinga.

Miguel no ocultó el desprecio.

—¿Sabes una cosa? Si tuviera que ser otra cosa, en vez de cineasta... Sería policía. Te lo juro. Pero soy lo primero. Por eso te salvas —pero enseguida y hábilmente, cambió de tono—, hablando de *Snuff*, me haría falta una para la película.

Remy paró la histeria.

—¿Qué?

—Que voy a necesitar un *Snuff* para la película. Una real. He oído que los están filmando por ahí.

Remy levantó ambas cejas y escupió las palabras con el más sincero impulso.

—¡Hay tremendo baro detrás de eso!

Miguel miraba el techo.

—¿Dónde podría conseguirse?

Remy pestañeó indeciso.

—Tú ves lo que es no tener chispa de calle.

—¿Tú sabes dónde podría conseguir uno?

Remy sacudió los hombros.

—Eh... Ah no, consorte... ¿En que tú andas? ¿Tú me quieres enmoñar o qué? ¿Me quieres coger pa' punto?

OTRO FRAGMENTO DEL GUION QUE ERA CASI UN DIARIO

He pasado las tres últimas semanas preguntando aquí y allá, haciéndome el bobo, cosa que sé hacer muy bien. La mayoría de los sospechosos se muestran escépticos, y los pocos que dudan al contestar, también saben dudar bien. He decidido continuar con esto porque estoy consciente de que la policía no va a hacer nada, al menos hasta dentro de diez años, cuando sea reconocido públicamente que en este país se están filmando vídeos *Snuff*. Al principio pensé ingenuamente que los consumidores eran solo de la élite. Después supe que algunos pasan hambre para comprar las cintas. ¿Por qué? Nadie extraña a las víctimas. Solo se han reportado oficialmente tres desaparecidos hasta ahora, dos de ellos en un hospital y la tercera fue una niña. Le mentí a Iván. Nunca apareció. Le mentí porque hay algo oscuro en todo eso. Siempre me han aconsejado que no me deje llevar por intuiciones, pero no puedo evitarlo. Tal vez esté apuntando desacerteramente, pero de algo estoy seguro: cuando Iván me devolvió la cámara, no dijo toda la verdad. Y eso es algo que hubiera pasado por alto, si no lo conociera desde hace años, como a Remy, quien ayer se apareció por aquí. Quizás la profesión de actor sea la más denigrante. Estoy harto de sus hipocresías, sus perretas y estallidos de violen-

cia fingida, verídica sin embargo en los *Snuff-movies* que disfruta con su novia. Cuando más creía haberme librado de él... Reaparece. Malditas amistades de infancia que duran para siempre. Y todavía pretendía que le diera un papel en mi película. Dice que tiene carisma. Su carisma es el de una veleta que apunta a donde sopla el viento más popular. Un viento popular. Es un reptil. Merece estas líneas porque creo no equivocarme: Remy Arnaz, por el submundo en que se mueve, puede llevarme (inconscientemente) a descubrir los responsables de esta barbaridad, que irá creciendo, más ahora cuando DNA21 sea capaz de revivir a las víctimas. Poco a poco, sin darme cuenta, me he ido metiendo en algo muy serio, como en una película, tal vez he visto demasiadas. Pero voy a cruzar la línea. No me importa...

Iván miro su puño. Aunque habían pasado tres días, las marcas de los dientes permanecían en sus nudillos. Dientes que al menos, y eso lo tranquilizaba, no volverían a morder. Dientes que al haber sido separados de su dueño, podrían ser pisados y pateados por transeúntes, dientes que hubieran ponchado gomas gastadas de carros y bicicletas. Dientes que serían enterrados por una niña. Dientes que cuando el pelirrojo regresó a buscar, no halló. Iván dejó de mirarse la mano y calculó que a esa hora, Heber ya debería estar en su casa.

ANSIEDAD

Iván bajó las escaleras y aceleraba el paso, corría. De haber sido más factible, hubiese entrado al carro por la ventanilla, sin abrir la puerta. Temblaban sus manos engrasando el timón. Aceleró sobrepasando el máximo de velocidad permitida y, por primera vez, no hizo caso a la luz roja del semáforo. A pesar de todo llegó sin complicaciones. Saltó del carro, a duras penas cerró la puerta. Ese golpe seco lo calmó un poco y cuando el aire le dio en la cara, hizo que contemplara con otros ojos la vivienda de su amigo. El edificio de Heber era un ortoedro de cinco pisos y ochenta metros de largo, una zona bastante tranquila. Cuando Iván entró al lobby, la puerta del elevador se cerraba pero alcanzó a ver la nariz de Heber que desaparecía tras el metal. Fue nuevamente un detonante: Iván empezó a subir las escaleras, saltando dos y tres escalones, hasta el cuarto piso. Llegó antes que el elevador. Heber entró a su apartamento con el hombro derecho aplastado bajo el bolso de la ropa sucia, de tela dura marrón. Había aguantado quince o veinte años. Lo tiró en el sofá, besó a su tía y muerto de sed, fue directo hacia el refrigerador. Le encantaba el agua casi congelada, pero la tomó lentamente para disfrutar la pérdida de la sed. No había terminado el vaso cuando tocaron a la puerta. Heber caminó sin dejar de tomarse el agua, de modo que cuando abrió la puerta y vio a Iván, no le quedó más remedio que atragantarse.

—¡Contraaa...! ¿Y esta sorpresa? Vaya, ya creí que te habías olvidado de mi dirección.

—¡Nada de eso...! —vociferó la tía desde la cocina— ¡Ya ha venido tres veces! ¿No ves que ni te ha dejado llegar?

Iván sonrió con las manos en los bolsillos.

—Y... ¿Cómo te fue?

—Como volver a la edad de piedra. El pueblo sigue igual. Abuela sigue idéntica. Los botes, el río, las casas... Hasta el olor sigue igual. Pero... ¡Oye, ya me enteré! ¡Te vi en la televisión en el programa nuevo ese con Remy!

Iván lo interrumpió.

—Por favor no me menciones al tipo ese. Maldita la hora en que decidí ir a un programa tan... Lo peor es que ni siquiera sabía que Remy era el conductor. Pero bueno, no gastemos más palabras en eso.

Iván se cortó a sí mismo. Heber llevó sus manos en la cintura.

—Entonces, tú dirás en que gastamos las palabras.

Iván miró en varias direcciones antes de sentarse y contestar.

—El teatro... Tengo ganas de ir al teatro. Tengo entradas... Heber pareció interesarse.

—Y..., ¿qué van a poner?

Iván miró el techo.

—Una versión experimental de un ballet clásico. Y después una película... De vampiros.

Heber mostró un poco los dientes.

—Huele a basura... Y además, acabo de llegar.

Iván estaba inquieto, cambiando de posición cada vez que empezaba a hablar. Unió las rodillas.

—Sí. No hay nada como regresar de un viaje. Volver a la casa... Al país. Viajar en avión, ir a estudiar a otro país... —la

voz de Iván se apagó por un instante mientras manoseaba con ambas manos una pluma azul— Por cierto, ¿y la amiga tuya, esa que iba a estudiar fuera?... ¿Cómo se llamaba?

Heber abrió los ojos.

—¡Aaah...! ¡Marina! —Iván partió la pluma, pero su amigo siguió hablando— ¡Se me olvidó decírtelo! Ella estaba en el avión, el que se cayó al mar...

A Iván le brillaron los ojos, sin poder moverse. —¿Qué?

EL AVIÓN Y EL MAR

Recordar un accidente. Imaginar que se recuerda lo que no se vivió. No servía de nada imaginarse el pánico, el terror a dejar de existir. Iván pensó que después de todo, era muy sencillo. El mar se la tragó para siempre. Heber se puso al día en doce horas, repasando todas las asignaturas en el comedor de su apartamento, con la pluma azul que había partido Iván. Dejó de escribir e imaginó por un momento cómo hubiera sido todo si nunca hubiera abandonado su pueblo natal. Los botes, el muelle carcomido, el barco encallado por más de treinta años en el medio del lago, las piedras de los terraplenes, sus abuelos, la sala con el televisor en blanco y negro, la pintura crema castigada por la intemperie, la pila del vertedero en el patio de la casa que fueron los predios de su pequeña jicotea, los mangos desde donde se podía ver todo, incluso la iglesia con sus santos cuarteados. Olor a pueblo en la memoria, imaginando lo que hubiera pasado si él y Azucena no hubieran abandonado su pueblo natal para ir a estudiar a la ciudad. El ruido del televisor lo hizo brincar en el asiento.

Azucena le subió el volumen con la mayor naturalidad, porque ya era normal que su novio hablara por televisión. Entonces supo que extrañaba su silencio. Ese silencio que, como todo enigma, al comienzo de cualquier relación siempre resulta atractivo. Pero al cabo de los años el adjetivo

había degenerado progresivamente en inexplicable, y luego perturbador. Los comentarios de sus amigas daban vueltas en círculos: “Qué serio es Iván”, “Un muchacho excelente”, “Un cerebro. Ese llega lejos” Por otra parte, los comentarios de sus compañeras de clase no eran peor intencionados pero sí diferentes: “Cómo sale tu novio en televisión” “¡Qué onda tiene tu novio!” Específicamente, Mijaíl Castillo le preguntó: “Y... ustedes se... ¿Se van a casar?” Fernando le había dicho en otra ocasión:

—Azucena, mi niña, tú eres demasiado sensible. Frágil. Es muy positivo que las buenas noticias te alegren como a nadie, pero no debes dejar que las malas te tiren al suelo, incluso antes de haber sucedido... O aun cuando son tan viejas que debieran estar enterradas. Ahora contéstame. ¿Por qué no puedes hacer una autopsia?

Ella parpadeó.

—Discúlpame, pero no entiendo la relación que tiene eso con lo anterior.

Fernando hizo silencio antes de contestar como si quisiera retener la lengua.

—Lo anterior... Específicamente, tu padre —Azucena tensó los párpados, reduciendo las pupilas.

Iván recibía el diploma en las líneas del televisor. El abrazo del Ministro de Educación Superior era sobrecogedor. Iván, que a partir de ese momento fue candidato a Doctor en Ciencias, cobraba una extraña importancia frente a Azucena. Era increíble que a un hombre tan joven le fuese otorgado un título así, pero causas también las había increíbles, como lógico el hecho de que unos días más tarde figurara en su carnet de identidad el título de graduado en la carrera de informática,

mientras las cenizas de los exámenes entregados en blanco volaban por toda la ciudad y el decano se comía las entrañas por cada una de sus obligadas sonrisas al hablar de Iván Kovelt. Merecida pero no menos extraña era la importancia. Azucena sintió nostalgia al recordar cuando no era famoso. Pensó que pronto ella sería la integrante más joven del proyecto DNA21, cuyos miembros tampoco dejaban de ser noticia.

Los castillos de arena que durante su infancia Iván protegió de fotógrafos y camarógrafos, cuya esperanza de vida era inevitablemente poco menos de un día, esos castillos que la marea nocturna devoraba, hasta que la arena perdía la forma quedando solo pequeñas lomas y a la mañana siguiente nada. Como Sísifo, Iván emprendía una reconstrucción incansable. Cada vez el castillo era más complicado, lleno de vueltas, giros, torres inclinadas y por supuesto más anchas las murallas rodeadas por un foso cada vez más profundo. Mayor también era el lamento del niño que perdía todo su trabajo. Un día decidió construir el castillo un poco más alejado de la costa para que las olas no pudieran tocarlo. El resultado fue la arena secada por el viento, el cual luego se encargó de diseminar el castillo por toda la playa.

—Iván, ¿qué vas a hacer cuando seas grande? —preguntó la madre al atardecer. Su hijo tenía las manos y la cara llenas de arena.

—Algo grande... Que ni el viento ni el mar se lo puedan llevar...

—Pero, ¿no te sería mejor construirlos de barro o de otro material...? Para que duren —aconsejaba Fernando disfrutando la comodidad de su butaca.

—No —contestó Iván contradictorio—, si duran, me hago famoso.

Un congreso internacional de Sociedad y Medio Ambiente. El salón tenía ciento cincuenta metros de largo por cien de ancho y veinte de altura con techo de cristal blindado. Desde arriba, los cincuenta ventiladores colgantes podían observar a las personas entrando como hormigas revueltas. Eran más de quinientos representantes de diversas compañías. Y podría decirse que representándose a sí mismo estaba, por supuesto, Iván. La gran pantalla que una vez iniciada la sesión debería mostrar la imagen del primer interventor, empezaba a cambiar de azul a blanco y junto con eso empezó a oírse una música digestiva que anunciaba el comienzo del congreso. Se encendió el micrófono y en la pantalla apareció la imagen del hombre que presidía el extremo derecho de la mesa.

—Señores, me toca la introducción de este congreso... Primeramente, quiero saludarlos a todos. Veo caras nuevas, la juventud una vez más presente cuando más falta hacen nuevas soluciones. Saludo ante todo a la juventud. Bienvenidos.

Casi imperceptible, un murmullo de extrañeza invadió el salón... —Como bien ha dicho el señor presidente, mucha gente joven ocupa hoy estos asientos. Lo cual no debe extrañarnos, pues esa parece la tendencia general en los últimos años... No creo que sea necesario, digo al menos para los más experimentados, repetir la cuestión que hoy nos convoca y a la que debemos hallar pronta solución...

—Yo sí considero oportuno informarles y en otros casos repetirles que hasta la fecha y en diversas circunstancias, directas o indirectas han muerto siete mil quinientas personas, producto de la lluvia ácida específicamente de la variación *H3F2MNO4*.

—...El año pasado, experimentando con las primeras manifestaciones de este fenómeno, se aseguró que tanto las placas de cimientó y hormigón así como las losas de azotea, no eran afectadas. Si bien esto es cierto olvidamos que cualquier lluvia reiterada ocasiona filtraciones, si las paredes y los techos no están en buen estado... Por otra parte, las ventanas...

—Señores, no podemos remodelar toda la ciudad. Cincuenta centímetros cuadrados de cristal blindado están costando demasiado, sin contar que, durante el transcurso de este año, los neumáticos de automóviles nuevos se han deteriorado visiblemente y la demanda ha aumentado en un 57% con respecto al año anterior. ¡Estando aún en garantía! Permítanme decir que sustituir o reparar los daños sería incosteable, por la sencilla razón de que no resolvería el problema de raíz...

—Tal y como lo plantea el señor ministro, es un cataclismo. ¿Debo recordar que gracias al $H3F2MNO4$, la mitad del mundo es abastecida de energía eléctrica? ¿Debemos recordar que gracias a la “lluvia ácida” se ha restituido casi totalmente la capa de ozono...?

—Sí, pero, ¿A qué precio...?

—Tenemos que eliminar el maldito musgo que crece en la jungla fantasma de alguna forma. El 85% de la ciudad consume esos malditos cigarros. Nuestros adolescentes solo piensan en buscar un tiempo libre para fumar. ¡Es una juventud alienada!

—...Para mí está clara una cosa: se ha hecho realidad un sueño que parecía inalcanzable: el Perpetuum-Mobile. Y estoy seguro de otra cosa. Si construimos otra planta en el Polo Norte, pronto desaparecería la necesidad de uranio y petróleo...

—...Me tomo el atrevimiento de recordar que sin los desechos del petróleo y el uranio, no habría lluvia ácida. Un sueño muy hermoso sin duda, es una lástima que en el Polo Norte no haya tierra firme...

—...Propongo construir una planta submarina...

—Por favor, cordura. Debo informarles que hemos perdido sesenta millones en construir viviendas revestidas y remodelar otras viejas, además de plantas para filtrar el menos vestigio de $H3F2MNO4$ en agua potable. No podemos asumir tal empresa...

—...Volviendo al tema central... La población vive amenazada y nadie puede controlar las nubes ni los chubascos. A mí mismo a veces me fallan los nervios cuando veo nubes... ¡Y la famosa vacuna que todos esperamos, no acaba de surtir efecto!

—Corrección: la vacuna, si algún problema tiene, y perdonen la ironía, es que es demasiado efectiva, tanto que destruye el organismo de cualquier animal, empezando por la parte que más protegida se creía: la piel.

Casi en el extremo izquierdo de la mesa, con su letrero DERMATOLOGÍA, Daisel Guevara dejó de sonreír, y no así de sudar. —La gente tiene que poder salir a las calles sin ningún temor, y no podemos llenar las aceras con lonas sintéticas, porque aunque estas han funcionado bien en algunos espacios públicos, tampoco podemos, tapar toda la ciudad con una gran lona...

—No se trata de escudarnos... Tenemos que evitar que la jungla fantasma siga extendiéndose...

—Disculpen mi ignorancia en este campo, pero, ¿alguien ha pensado qué sucede con el $H3F2MNO4$ después que se precipita? Desaparece. Si no me equivoco, debe evaporarse. ¿Estamos respirando una atmósfera contaminada?

Si esto es así señores congresistas, prefiero los huecos en la capa de ozono.

Se volvió a levantar un murmullo generalizado y algunas risas.

—Calma, por favor. Basta de especulaciones. Ya se ha comprobado que sí, naturalmente, el *H3F2MNO4* se evapora, pero nuestras vías respiratorias siguen siendo lo suficientemente “inteligentes” como para saber distinguir al oxígeno del resto de la atmósfera. Es algo que todos, o al menos la mayoría ya sabemos. Sé que todos aquí tenemos derecho a expresar nuestras opiniones, pero llevamos seis horas sentados sin concretar nada, así que pido por favor que nos atengamos a discutir lo realmente importante.

Iván logró encender el micrófono de Daisel Guevara, antes de que este le aguantara la mano.

—Nada sería más sencillo que construir impermeables herméticos... capas sintéticas contra la lluvia ácida, si me explico mejor.

La gran pantalla permaneció en blanco mientras los camarógrafos trataban de localizar al dueño de las palabras. Hubo silencio por cinco segundos, hasta que el presidente habló, alzando la cabeza.

—Perdone, ¿Quién es usted?

En la pantalla gigante apareció por fin la imagen de Iván, que ya se había incorporado. Y no es que ahora, tras las enormes líneas del televisor gigante, disfrutara la fama, pero mucho menos parecía aborrecerla.

Al mes siguiente, las vidrieras de las tiendas se llenaron con capas impermeables de todo tipo de colores. La Macromax, blindada contra la lluvia, estaba resultando una de las ma-

yores fuentes de ingreso para el gobierno de la ciudad. Su techo poligonal de cristal blindado resplandecía rebotando estroboscópicamente todos los haces de luces hacia los ojos de sus más de cincuenta mil ocupantes. También, para facilitar el acceso en caso de lluvia, se había conectado el metro con el sótano de la gigantesca discoteca. Cuando salieron los impermeables a la venta, hubo que construir un vestíbulo para guardarlos. Millares de rompe vientos colgados en infinitas hileras de ganchos. El conjunto de capas fosforescentes resultaba psicodélico. Miguel, sin quitarse su impermeable negro mate, esperaba escondido tras una columna de la entrada subterránea. Cuando llegó el metro, se bajaron cuatro personas con impermeables amarillos fosforescentes. Uno de ellos, un pelirrojo, se quitó la capucha e hizo a sus compañeros el gesto de agarrar un pedazo de carne y darle una violenta mordida. Otro colega le dio un codazo disimulado, mientras estallaba su carcajada ahogada bajo el impermeable. Miguel apretó los dientes. Con su mano izquierda, les apuntaba lo mejor que podía con una cámara minúscula, cuyo lente asomaba desde el bolsillo de su impermeable. Retrocedió hasta la entrada cuando una mano le tocó la espalda.

—Oiga, ¿me permite su impermeable?

Miguel se volteó bruscamente dominando el sobresalto antes de terminar el giro.

—No, ¿para qué?

—¿Usted quiere entrar a la pista?

—Sí.

—Entonces debe quitarse el impermeable.

—Estoy apurado. ¿Y si quiero entrar con el impermeable puesto?

—No puede.

—Pero, yo tengo derecho a entrar como quiera...

—Mire, no es personal. Son las normas.

—¿Qué normas? ¡Qué estupidez! Este lugar no debería limitar la clientela en esta forma...

—¿Cree usted que a las personas les gusta bailar encapuchados?

—Pero yo no vine a bailar. Lo que quiero ahora sencillamente es entrar ¿Es tan difícil de entender?

El guardarropa arqueó la ceja levemente.

—Y entonces... ¿A qué vino usted?

Detrás de Miguel esperaban cuatro hombres impacientes para entregar sus impermeables amarillos fosforescentes. Miguel tragó en seco sin que nadie pudiera apreciarlo detrás de su capucha negro mate...

—Qué gente tan buena, Iván. Qué ganas de trabajar, qué ganas de hacer bien... Siento que formo parte de algo grande. Eso se respira. Ya tú verás que el mundo va a ser otro de aquí a unos años. No, ya es otro. La prueba ya está, y pensar cuando decían: no tiene sentido clonar a una persona muerta si la copia va a perder sus experiencias y sus recuerdos. ¡Pero con esta prueba habrán tenido que tragarse la lengua! ¡Me siento tan feliz! Es como si... ¡Es que todo nos ha salido bien! Estoy tan orgullosa de ti... ¿Y yo qué más puedo pedir? Ya te lo dije: ¡somos la pareja del futuro!

Iván comía de espaldas a ella, sin pronunciar palabra y aparentemente sin prestarle atención, con la vista perdida en algún lugar.

—¿Casarnos? —contestó Iván, deteniendo el tenedor a medio camino entre el plato de pescado y su boca. Temblaba la cuchara en la mano de Azucena, quien había dejado de

tomar la sopa y esperaba con sus pupilas más suplicantes que nunca— Casarnos... —Repitió Iván, dejando caer los ojos sobre el blanco mantel de la mesa. Le pareció que era transparente, como las ventanas de todo el restaurante, afuera se veían ver luces desenfocadas en la ciudad nocturna, como fuegos artificiales, llenos de alegría desmedida, como los camareros siempre serviciales y perfectos, las comidas para la ocasión, momentos especiales contruidos, celebraciones gratuitas.

—He decidido... —Iván dejó la boca abierta antes de continuar— Esta es la última vez que celebro mi cumpleaños.

Pasaron tres días antes de que encontraran el cadáver de Miguel, cadáver por no decir restos, por no decir solo un poco de líquido que, por no haber llovido desde entonces, ya casi estaba seco junto a la salida del túnel. Cuando Iván fue a su casa, después de haber visto la noticia en el televisor, una prima que había ocupado el apartamento le entregó la enorme cámara de vídeo obsoleta, junto a una carpeta llena de papeles.

—Llévatela. Esa cámara no se la puedo vender a nadie y esos papeles son algo de cine... Yo no sé nada de eso.

Iván agradeció el regalo.

FRAGMENTO DEL GUION QUE ERA CASI UN TESTAMENTO

Estoy tratando de decir que uno sabe lo que tiene dentro. Eso debe respetarse. Se plantea que el cine es un trabajo en equipo y tiene su director de orquesta, quien logra sacar lo mejor de sus integrantes conformando una obra mejor y más completa. Respeto y comprendo esa opción. Solo que no va conmigo. Jamás podré asimilarla. Soy muy desorganizado y caótico a la hora de realizar. Me dejo llevar en un gran % por la intuición. Y no sé hacerlo mejor de otro modo. Nada más cómodo entonces que manejar la cámara, mientras dirijo a los actores, preferiblemente no profesionales, me parece más interesante este tipo de trabajo. Al trabajar con individuos que no conocen los métodos, es más fácil comunicarse. Hay que saber detectar el entusiasmo de una persona común frente a una cámara. Lo demás viene solo. Lo demás viene solo. No hay que rendirle cuentas a nadie y se trabaja mucho, pero mucho más rápido.

Nada más aspiro a dirigir una pequeña orquesta, quizá no tan fastuosa y armónica: Mis piernas, mis brazos, mis ojos. No debe uno desgastarse tratando de involucrar gente para lograr cosas que uno mismo puede hacer. Hasta ahora me ha dado lo que quiero porque uno sabe lo que tiene dentro, es solo cuestión de métodos: Si uno es una persona obsesiva, hasta el

punto de enamorarse de una película imaginada, imperfecta desde un punto de vista convencional, con todo el lujo de detalles, de conocer el fotograma exacto para el corte, el gesto imperceptible del personaje que da entrada a la música, la precisión de la coreografía accidental y planificada en los actores... Son grandes sumas de milímetros, y cuesta mucho ceder alguno de ellos. Aun sabiendo que existan otras opciones para que la película "funcione mejor", en mi caso no se trata de armar un rompecabezas lógico o estilístico, no me interesa hacer una película así. Si en un guion todo encaja perfectamente, si tiene perfecta cohesión dramática. ¿Para qué hacer la película? Huyo de la historia tradicional como del fuego, no puedo evitarlo, es una predisposición natural. Estoy claro de que soy egoísta, pero confío en que la mayoría no lo sea. Este universo me atrajo por el placer de construirlo en su totalidad con mis propias manos. Puede que fracase. Seguramente. Aunque a lo mejor no.

¿Que es más importante: El cine o la vida? Después de lo anterior, es bastante obvio... Para mí la vida es el cine, o viceversa. Aunque por ahora lo es el vídeo.

Yo he sido siempre un adolescente rebelde, pero no sólo con la generación de mis padres sino contra mi propia generación. He tenido la tendencia, mala o buena, de rechazar y detestar las corrientes musicales y de modas que tanto parecen conmover a mi generación. Y no me ha importado nada restregarles en la cara lo que pienso, ni tampoco me preocupa lo que ellos piensen de mí.

Creo que el interés en crear ya sea pintura, música, literatura y en especial el cine, es un intento de volver al mundo de la

infancia, e intentar interpretarlo. La infancia está marcada por determinados hechos y situaciones incomprensibles para la mente de un niño y que se imprimen en la memoria con un gran y perturbador: ¿POR QUÉ?

Una cosa es cierta: La infancia es la genialidad del mediocre.

¿Qué tipo de cine quiero hacer?

Me interesa retratar la decadencia del ser humano, y sus falsas virtudes: La hipocresía, la falsedad, la degeneración progresiva, los vicios, la enfermedad y la muerte. Mis protagonistas preferidos- soñadores paranoicos, extraterrestres por su forma de ver el mundo... Don quijotes lúcidos, Taxi drivers con cerebro, luchan contra el medio que los rodea, donde los animales y los objetos tienen más presencia que la propia gente. Ese es el mundo que rodea a mis personajes, un universo denso, donde la luz azul grisácea no se decide por la noche cerrada, situaciones límite donde las catástrofes amenazan con un apocalipsis definitivo, la música flota en el aire mezclándose con el ambiente local, habitado por personas tan grises como el cielo, capaz de aburrirme a mí mismo... Y en un instante se puede volver tan frenético, como incomprensible. Esto se ha repetido en todo lo que he hecho. Se puede decir que trabajo con elementos de suspenso. Es difícil encontrar secuencias estructuradas cronológicamente en mis obras. La música me es indispensable. No trabajo con elementos sobrenaturales o fantásticos, aunque últimamente me estoy orientando a una ciencia-ficción que no tenga nada de ciencia. Me molestan bastante los simbolismos cuya lectura es única. Caen como un ladrillo llenando la pantalla mientras gritan ¡Esto es un

símbolo de “...” Y no trates de encontrarle otra lectura! Detesto las esnobistas referencias culturales.

Más que nada me considero deconstructivista. Por ahora me interesa mucho trabajar sobre la base constante de la disgregación, las imprecisiones a la hora de manifestar un objetivo... aunque ¡jojo! No me interesa para nada romper la ilusión de realidad. Busco un flujo de sensaciones encadenadas. Sé que me va a costar caro. Pero nunca podrán decir que alguna vez dejé de intentarlo.

No quiero comprender la mecánica de las cosas. No me interesa el caos artificiosamente construido. Necesito el estado natural de la percepción, sin extensiones intelectuales, o códigos simbólicos universales. No me interesa la poesía abstracta cuyos versos riman, ni el complicado dibujo que se asemeja a un rostro, no tengo miedo a los clichés ni a todo lo contrario, para mí este arte consiste en el lenguaje de la mente, esos son mis principios. Una película es un universo, y por loco que sea siempre tiene reglas, las reglas del autor. Lo cual no quiere decir que no me interese ganar dinero, pero solo el indispensable.

Creo no solo en la necesidad personal pero también en el proceso inevitable por el que atraviesa el cine de volver a sus orígenes, de convertirse en un arte individual. Espero ansioso la era en que el cine interactivo logre la inmersión total.

Porque de una cosa estoy seguro: El cine, como formato, está condenado a desaparecer, aunque yo no viva para verlo. La gente va al cine para obtener una ilusión de realidad magnificada por la gran pantalla y la oscuridad enajenante. Pues bien, todo eso y mucho más estará en un casco de realidad

virtual, en varios años, por el precio de cualquier regalo de cumpleaños; porque entonces solo se hablará de eso, y luego vendrán las cosas negativas, ya que será incluso más poderoso que la red, habrá de todo, y la gente podrá participar de todo. Será peligroso. El actor será un ente frágil que filmará X finales para la misma película. Las personas pueden llegarse a creer importantes al decidir qué sucede en sus historias. Luego vendrán mentes enfermas, y puede llegar a convertirse en la peor de las drogas. Pero un escape de la realidad al fin.

Ojalá que este futuro post-industrial nunca llegue a concretarse. Pero lo que digo: El cine o como se llamase, puede convertirse en un arte individual. Un ejemplo extremo, pero un ejemplo: ¿Quién iba a decir que hace cuarenta años un recogedor de basura tendría en su casa el formato doméstico para hacer una película, mal filmadas las caras sonrientes y estúpidas de su familia, pero su familia, su película, su obra de arte, sin duda “cine de autor”?

Cuando niño escribí una novela ilustrada de fantasía en una máquina de escribir. Las hojas del libro iban saliendo como churros y acto seguido eran presilladas en capítulos. Era una estupidez ingenua, un festival de horror, monstruos, caballeros, maldiciones, esqueletos, en fin... Un cesto lleno de la basura que veía en la TV. Hoy en día un escritor profesional la quemaría. Odio lo convencional de su narración. No puedo recordar sus diálogos. Pero no olvidé las imágenes y sensaciones. En aquel entonces, me pasaba horas leyendo mis propias páginas imaginando un oscuro dibujo animado. Recuerdo perfectamente la sensorialidad. No es por gusto, los animados japoneses fueron mi primera escuela de cine. Mi gramática cinematográfica nació allí.

A los diecisiete años, sin experiencia previa, me regalaron una cámara VHS sin manual. Se volvió mi obsesión, aún sin saber usarla... Podía haberla roto perfectamente. Miraba aquel aparato y no podía creer que estuviera en mis manos. Temía romperla por accidente. Al día siguiente ya la dominaba mejor. Esa tarde filmé otra estupidez de policías y gánsters con amigos. La edité en la misma cámara, agregando la música con una walkman junto al micrófono mientras filmaba. Los aplausos y autoelogios de todos en aquel primer visionaje, lógicamente, se convirtieron en las carcajadas de hoy. Sin embargo, no me apetece quemar la cinta: al menos sirve para reírse.

Pero volviendo al tema, luego de aquel thriller risible, me dije: "Voy a hacer una película de verdad". Pero, ¿qué significaba una "película de verdad"? En aquel momento significaba una película como las que veía en TV. Por aquella época ya había escrito varios cuentos no precisamente deudores de la TV. Pero ninguno de ellos realizable. Otra vez pensé ingenuamente: "o, la película debía tener algo distinto a la TV". Y no tenía ni la más mínima idea de lo que estaba hablando, no conocía su nombre. Pero lo tenía dentro.

Me basé en un sueño, literalmente, sin guion y con un grupo de amigos diciéndome que era una mierda. El resultado fue un mediometraje (a pesar de sus imperfecciones, en mi opinión, lo mejor que he hecho hasta ahora). Un profesional del medio me dijo: "Está raro... Hay algunas cosas que me gustan pero es demasiado denso, me pierdo... Tienes que aprender, ya la industria te hará doblegarte". No entendí lo que quiso decir, ni siquiera le pregunté. Porque tenía la cabeza en otro lado, y hoy día más clara que nunca: a la mierda la industria

y sus métodos. No soy nada político, no puedo ni quiero serlo. Como sea no soy ni siquiera un granito de arroz en la sociedad, y como se dice: el espectador siempre tiene la razón. Que la tenga. Es su razón, no la mía.

Soy un cabeza dura. He hecho varios cortometrajes desde entonces, no han costado un centavo, solo mi tiempo, los he editado en la misma cámara y he compuesto la música en la computadora, mi gran aliada. Películas con “defectos narrativos”, “locuras” que conforman mi universo, no muy diferente al del recolector de basura, si de honestidad se trata. Lo tengo claro: no me interesa una carrera. Y si para vivir tengo que hacer otra cosa, pues la hago. Quizás no sea necesario. Me parece que ya dije algo parecido.

Métodos

Trata de plasmar todas las ideas posibles en un mismo día, porque al siguiente, cuando revisas la lista, de treinta tienes una sola que sirve, pero esa puede valer por mil.

Yo, espectador

Muchas veces veo una película cuando su historia es excesivamente original, cosa poco frecuente... O cuando la personalidad del autor me llama la atención, entonces olvido la historia y me concentro en los detalles, cuya suma me revelan la Psicología del director. Si una película logra transportarme por un instante, una escena, a un lugar mágico, nunca olvidaré ese momento. Si la primera vez no logro comprender

y decido volverla a ver, se convierte en una obra (quizás no “maestra” pero sí) de arte. La última parte de la oración anterior es a lo que me refiero, en términos de lenguaje propio. En resumen: me gustan más las películas cuando no las puedo descifrar a primera vista. Digo esto como una provocación. Porque es imposible que varias imágenes sean absolutamente incomprensibles. Cada imagen puede ser una historia, y aunque sean muy diferentes entre sí, siempre existirá una lectura que las unifique.

Corderos siempre

El público no es tan tonto, o bueno, puede que en un futuro no sea tan tonto. Otro ejemplo extremo e irreal, pero un ejemplo: si se quemaran la mayoría de las cintas y películas para transmitir exclusivamente por la TV las obras sobrevivientes —películas de Tarkovski, Antonioni, Bergman...— ¿La gente dejaría de mirar el televisor? Probablemente. Pero venderlo tampoco tendría sentido. Al cabo de los años, sus descendientes, con seguridad, estarán disfrutando estas películas... Como sea, es un ejemplo ingenuo, una utopía. Para eso habría que cerrar las discotecas y fusilar narcotraficantes. Esa utopía sería más saludable que cambios en el cine.

*Se habla mucho de que todo necesita su tiempo. El espectador rechaza películas como *La Aventura*, *Desierto Rojo*, *Solaris*, *Andrei Rubliov*, etc... En realidad, nunca las admitió del todo. Los pseudointelectuales y cualquier espectador medianamente “serio” iban al cine en los años sesenta arrastrados por la corriente del momento. Eso demuestra cuán hipócrita es el ser humano. Ahora las consideran densas, crípticas o pasa-*

das de moda. Pero, ¿cuántos videoclips que ganan millones son comprensibles? ¿Qué pasaría si alguien toma imágenes de cualquiera de estas películas y las obligara a sufrir el ritmo del más empalagoso disco de Mariah Carey? Sería tan exitoso como que un grupo de rock tan famoso, satánico, como Marilyn Manson, arme un videoclip con el Nosferatu de Murnau o imágenes de una película Snuff. Otro público amaría respectivamente estas imágenes, aberrantes en su nueva ideología, “inspiradora de nuevas sensaciones que abren el camino a la percepción”.

Es fácil engañar al público. El video musical es un truco inteligente.

Un campesino llega a Nueva York por primera vez, y ve a un ejecutivo de treinta años, pelo engominado hacia atrás, gafas, traje negro y corbata, soltando cinco palabras por segundo, tonterías que resultan incomprensibles para el campesino. Aturdido por los rascacielos y el tráfico piensa: “Debo ser un tonto, ese hombre bien vestido pudiera ser un genio...”

Es exactamente igual a la mirada de un niño, le sucede a gran parte de los espectadores, frente al bombardeo de imágenes alucinantes. Creo que la necesidad de hacer cine obedece a un intento de interpretar las imágenes que nos impactaron en la infancia. Cuando niño, veía situaciones que no comprendía y por esto me resultaban tan incómodas como atrayentes.

Es imposible ir para atrás —decía un anciano de ochenta años—, la vida está muy avanzada, muy atómica —está claro. La juventud actual tiene mucha más rapidez para asimilar información. Cada oración debe ser un plano, como en la

literatura, cada oración expresa una idea, una imagen, y esto se traduce en un plano cinematográfico. Cada imagen debe ser un plano nuevo y la acumulación de los mismos hará que la tensión, la historia escalen a nivel visual. Es el principio rítmico de un montaje más completo. Incluso pudiera ser más extremo.

Prototipo de un experimento:

La escena más convencional: un anciano acaba de descubrir que su mujer joven lo engañaba. En la escena anterior, el marido celoso la observaba por una hendidura con su amante. Mientras, ella susurraba, “No le queda mucho... Está viejo”, o algún otro lugar común. Ahora el matrimonio está en el cuarto. Ella acaba de llegar, el marido está hecho un volcán de rabia, de pie, tambaleante, a punto de echar espuma por la boca. Tiene la mano derecha en un bolsillo. Y le dice con voz cortada por la alteración: “Yo te mataría...”

Una que no sepa nada de cine, inconscientemente planificaría la escena con plano contra plano de ambos, y quizá un plano detalle del cuchillo.

Puede ser una exageración, pero creo que el valor de los planos según el contenido de las palabras puede ser mucho más complejo y racional, más allá del efectismo en un momento de tensión. Por ejemplo, la forma más objetiva y directa: “Yo te mataría”. Normalmente sería un primer plano del marido y luego el efecto de las palabras sobre la cara asustada de ella. “Yo te mataría...” La frase está compuesta de tres palabras, las dos primeras son monosílabos. Por excesivo que parezca,

esta frase pudiera fraccionarse en tres planos, de acuerdo al significado de las palabras.

Ejemplo:

YO: plano general contrapicado del marido.

TE: plano americano picado de la mujer asustada, zoom in a su corazón.

MATARÍA: (Aquí entra una cuestión interesante: la raíz de este verbo permanece igual en cualquiera de sus tiempos. En este caso indica posibilidad futura. La palabra puede fraccionarse en dos planos, aunque visualmente pudiera parecer que va demasiado rápido:

MAT: plano detalle de los ojos nerviosos de la mujer que pestañean por el miedo.

ARÍA: plano detalle del brillo que da en la hoja del cuchillo que tiembla.

La música

Cuando se habla del acompañamiento musical que llevan las imágenes, se piensa en las dos opciones más conocidas.

- 1- La música subraya literal y sensorialmente el valor de la imagen y del propio sonido*
- 2- La música contrapone el valor de la imagen y el sonido.*

Existe una tercera y poco común que se ha desarrollado muchas veces de manera inconsciente:

3- La música no tiene absolutamente nada que ver en apariencia con el concepto de imagen y sonido (ni apoya, ni contrapone), generando una indefinible sensación de extrañeza que puede tener dos resultados:

- A. Si en imagen no está sucediendo nada de impacto, el espectador desconecta.*
- B. Si sucede en medio de una escena contundente, el espectador queda atrapado por la imagen, y la música pasa a ser un complemento secundario.*

Bueno pues hasta aquí... Ya me cansé... Como sea, puede ser otra estupidez, al fin y al cabo, solo tengo veinte y dos años. A esta edad se habla mucha mierda. Seré feliz mientras tenga una cámara y alguien o algo que filmar enfrente. No tomo drogas para “alterar mi percepción de la realidad o abrirme nuevos caminos para la creatividad”. No soy un artista, o al menos no presumo de serlo. Solo filmo lo que me gusta. No quiero cruz, ni dedicatoria, ni flores en mi tumba. No quiero tumba.

El que está por encima de los corderos sin que por ello sea el líder

Es quien está consciente de la inverosimilitud en un personaje cinematográfico sin que renuncie a tomar en su vida decisiones de índole cinematográficas: casi siempre mi público. ¿Por qué hago cine? Porque siempre existirán mil, o quinientos, o

*quizás treinta personas fervientemente enamoradas de mis pe-
lículas. O incluso una sola persona. Muchas veces yo mismo.*

—Pobre idiota... —pensó Iván, saltando hacia las páginas
finales.

*...Esto es el colmo. Ridículo. Un círculo vicioso. Quieren elimi-
nar el petróleo y el uranio, pero sin ellos no hay lluvia ácida.
Es enfermizo, la ciudad involuciona. Nubes amarillas, rojizas,
pardas, negras y violetas. Esas torres metálicas. La mezcla de
gases debe haber organizado una capa invisible. El gas no es
tóxico pero envenena cerebros... Pero eso ya no importa. Al fin
y al cabo ya me compré un impermeable. La idea me da vuel-
tas. La muerte: terrible, enigmática y salvadora. Parece increí-
ble... ¡Pero es todo tan real! ¡Tan apacible y desolador! Vaya con
la novedad del progreso. Hipótesis. Todo parece ir bien. Nadie
hace nada. Pero yo no puedo dormir, quizás esté rayando en la
locura... ¡Al diablo! Me he decidido. Mañana lo haré...*

—Aquí termina este guion que parece un diario, o viceversa
y en todo caso: una locura de principio a fin... —pensó Iván
cerrando la carpeta en el medio del parque— Pobre Miguel.
Si estos papeles fuesen más coherentes, habría sido posible
dilucidar algo además de tu locura.

—Casi nunca se metía en problemas. Pero eso sí: cuando se
los buscaba, eran en grande, como sus proyectos... ¿No te
suena familiar, mi niña?

Fernando disfrutó su ironía acomodándose, o mejor di-
cho, retozando en su butaca. Azucena respondió muy seria:

—Perdona Fernando, pero no me parece correcto burlarse de un muerto.

El psicólogo abrió los ojos.

—Pero no, no... ¡Qué dices! Disculpa si me entendiste mal. Nada más lejos... Es una lástima. Miguel prometía.

Anohecía. La tumba de Miguel no tenía cruz, ni dedicatoria, ni flores...

Heber empezó a trabajar en la zona más céntrica de la ciudad. Tenía un buen y merecido puesto. No por gusto había sido uno de los diez mejores expedientes en su año en ingeniería. Nunca faltaba. El primer semestre salió vanguardia por su contribución al desarrollo del centro. El atosigamiento de su tía lo hizo ceder, llevándose para su oficina el extraño objeto rojo. Lo puso en su buró, como pisapapeles.

Era una hermosa oficina, o mejor dicho, poseía una hermosa vista, porque a través de los cristales se veía toda la ciudad. Teniendo en cuenta que el concepto hermoso podía ser discutible, según el estado de ánimo del que mirara. Ese día, Heber terminó de organizar los planos antes de las cinco. Estaba lloviendo y, aunque sobre su carpeta reposaba el eficaz impermeable marrón, evitaba siempre usarlo. Por otra parte, su tía le había regalado el viejo y modesto Volkswagen, en perfecto estado, pero obsoleto para la lluvia ácida. Solo lo usaba las pocas veces que decidía en el pronóstico metereológico. Agarro infantilmente al objeto rojo por un extremo, pegó sus labios al orificio y sopló.

Azucena silbaba organizando una caja de retratos. Elegante su blusa crema adornada por un pequeño y gracioso lazo,

del mismo azul que la falda rozando los tobillos. Silbaba una vieja canción infantil. Los cristales y las fotos dejaban sus dedos grises del polvo acumulado en el closet. Fotos de celebraciones, fotos familiares, fotos de viajes, una foto al revés. Paró de silbar cuando la volteó: en el bote su padre. Él sonriente, ella no. Ensimismada, perdida en el blanco y negro amarillento de la foto, hipnotizada la niña de papel y ella misma ahora, como pocas veces en los años de su despreocupada vida adulta... Giró el pestillo bruscamente, como un bólido, Iván, ya dentro de la casa, el sudor de la camisa cayendo en el sofá, Azucena vuelve en sí.

—Qué...

La boca de Iván se lanza sobre la suya, sobre las pupilas azules, los ojos de él ya cerrados, la blusa de algodón maltratada, como el hilo en los botones casi arrancados de la saya. El susto es seguido por estallido, el elástico debilitado por la fuerza del tirón. Cae el pantalón sobre los cuatro zapatos desordenados. Para ella quedó atrás la sorpresa. Dentro. Gime con su cabellera rubia revuelta en la sobrecama. Los cuatro labios no se separan. Ella está en trance, cierra los ojos, delira, llora el azul cuando sus labios son liberados, teme todavía pronunciar y de la garganta solo se escapa la consonante:

—P...

—Fuera.

A duras penas la vocal.

—...a...

—Dentro.

Repetir es fácil. Fuera.

—...Pá.

—Pura. Perfecta.

Sin detenerse, Iván abre los ojos.

—Pero, estás llorando...

El suspiro mentiroso.

—Claro... De placer.

Iván no dice nada, se pega más a su pelvis, a sus senos, a su cuello, su boca, sus orejas, su nariz, sus ojos, no sabe cuál otra parte de aquel cuerpo abarcar, porque todo en Azuceña era redondo, agradable a la vista, al tacto y al paladar. “Dulce” es la palabra en todas sus interpretaciones, que la mayoría prefiera utilizar.

—Pero es que me repugna —contestó el cliente—, tiene demasiada azúcar.

Alejandro decidió no insistir más y encogió los hombros mientras cerraba la caja de pasteles.

—Bueno, usted se lo pierde.

Después de todo era ventajoso poseer una cafetería en la planta baja de su propio edificio. Le regaló los dos pasteles sobrantes a una vecina. Alejandro ganaba cien dólares de lunes a viernes, y el fin de semana, gastaba ochenta en la Macromax, conquistando hasta cinco mujeres diarias. Putas de discoteca, como solía referirse a ellas Miguel.

BAILAR

—No es gran cosa... —dijo Remy ensimismado.

El tecnicolor desbordaba las líneas del televisor, metiéndosele por los ojos y hacia el cerebro, mientras Gene Kelly explotaba de elasticidad y no necesariamente de felicidad.

—...Yo también puedo bailar así. Casi soy una vedette.

Adriana le pellizó el gesto.

—Déjate de mariconerías, que te van a oír. Acaba de hablar con el tipo antes de que se pire.

Remy señaló el televisor.

—Sí, sí... No sé qué hago descargándole a un filme tan fulo. Voy a hablar con él, y si por las buenas no va lo tuyo, te jodes o te lo metes... Como a él le dé la gana, porque tú sabes que ese ya tiene historia de haberle bajado tallas cochínísimas a jevitas adolescentes como tú, ricura —aquí Remy se detuvo guiñándole un ojo—, desde allá seguro te esta oliendo... ¿Verdad?

Adriana congeló sus pupilas.

—Ay, Remy... Contigo es contigo, pero... —tragó—. Es un viejo asqueroso.

Remy abrió la boca.

—Y tú eres libre, una mujer de verdad. Hazlo si quieres, y si no, no lo hagas. Yo ya tengo mi papel asegurado. Esta es la primera película virtual. Los dos juntos... ¡Pinga, esta oportunidad no se te va a dar más nunca! ¡Le vamos a dar la vuelta al mundo! Decide, decídete ahora que ya voy a hablar con él.

Ajeno a toda la conversación y rodeado de funcionarios, el Ministro de Cultura Alfredo Gálvez, que en su juventud había sido actor, no paraba de impulsar jóvenes talentos en todo festival audiovisual y de teatro. Porque para él la cultura y específicamente el arte, se limitaba al cine y a la televisión. Un ministro actor. Nada nuevo. La diferencia es que este era bajito, regordete y rojo. Pero un buen actor.

El dermatólogo no consiguió eliminar la sonrisa de oreja a oreja, no desapareció un instante de su cara sudorosa.

—Me lo sospechaba. Te tengo malas noticias. Y lo dije inconscientemente en la conferencia: estabas parcialmente vacunado contra el *H3F2MNO4*. Pero amigo mío, esta maldita sustancia sigue cambiando y hace rato que ya no merece esa nomenclatura. En otras palabras, es más que probable que si de aquí a unos días te llueva encima, quedes hecho un puré.

La sonrisa de Daisel Guevara no desapareció con la última frase, pero justo entonces adoptó una seriedad nunca vista, dejó de sudar.

—Iván... Solo te pido que no digas nada. Si esto se sabe pierdo mi reputación. Tú sabes el prestigio que me ha dado todo esto. Todo lo que he conseguido. Pero no pude evitarlo, me entró la picazón. Hice este examen por ti. Pude haberme lo callado, pero te lo digo para que te cuides de la lluvia...

Se oyó un trueno en el televisor del hospital. Iván volteó la cabeza lentamente hacia la pantalla.

Como raras veces sucede, la necesidad se volvió una moda. La televisión saturaba publicidad. Impermeables de lujo, deportivos, y hasta transparentes para las prostitutas. Iván

empezó a trabajar en una filial de DNA21, cuyo objetivo era desarrollar un banco de información digital, de una capacidad entonces aproximadamente mil cerebros.

—Esto es un negocio con una ética cuestionable... —abordó Iván al representante de DNA21 cuando salían de una reunión—, además de dinero, ¿qué derecho tienen estas personas a preservar sus mentes? ¿Qué diferencia sus vivencias del resto? ¿Acaso son mejores que las demás como para ser preservadas por siempre?

—Por favor Kovelt, esto no es definitivo. Estamos experimentando y necesitamos financiar el proyecto de alguna forma. Ampliar la capacidad es nuestro objetivo principal. Luego habrá para todos.

—¿Cuáles todos? ¡El porcentaje de muertes por accidentes es solo de cero punto dos...!

El funcionario simuló no prestar atención. Iván le dio la espalda.

—Claro, se me había olvidado que soy bueno en matemáticas, pero no precisamente en las financieras... Saquemos cuentas claras. ¿Entonces el plan es que todos, incluso ancianos con muerte natural, sean clonados? Disculpa, pero es incoasteable.

El representante se detuvo en medio del concurrido pasillo y le dijo a media voz:

—Me parece que usted no ha comprendido bien, Kovelt.

—¡Es que no estamos preparados para esto, Azu! Sería el control sobre la vida y la muerte. Te aseguro que nadie va a soportar un cerebro con doscientos años de experiencia... ¿Te imaginas? Sería como para suicidarse.

Azucena dejó de fregar.

—Iván, la vida siempre será bella...

Iván torció una sonrisa maligna y negó con la cabeza.

—Azu, tú lo eres, la vida no... Están vendiendo la inmortalidad, y ellos la pueden comprar.

Primero el timbre, después tres toques seguidos en la madera hueca. Entró Heber sonriente.

—Vaya —opinó Iván—, estás vestido como mi exprofesor.

Heber no llegó a cruzarse los brazos.

—¿Y eso es bueno, o malo?

Iván había perdido la mirada en su televisor apagado. Atónito, Heber recordó la causa de su visita.

—¡Sorpresa! —sacó el objeto rojo de su maletín— ¡Atiendan! —y lo sopló, tocando una desafinada melodía.

—¡Es como una flauta! —Azucena se le tiró encima deslumbrada como una niña— Pero... ¿tú le hiciste algo para que sonara?

Heber negó con la cabeza.

—No chica, ¿qué le voy a haber hecho?

Ella lo tomó en sus manos y antes de soplarlo, le dirigió una mirada a Heber.

—Me imagino que lo habrás lavado...

Él se complació en contestar.

—Tres baños de agua con cal.

—Exagerado...

Lentamente, como un ritual, Azucena intentó adaptar la palma de su mano, con todos los dedos, a la extraña forma roja llena de orificios. Y entonces sopló. Era una melodía de flauta, similar a la de Heber, pero con la diferencia de que esta era perfecta, sin desafinarse, llena de vida, pero gradualmente ligera, débil...

Iván no hablaba. Miraba detenidamente al objeto, la boca semiabierta, los ojos fijos en los dos prominentes cañones de la cosa roja, por donde asomaron unas antenas.

—¿Qué es eso?

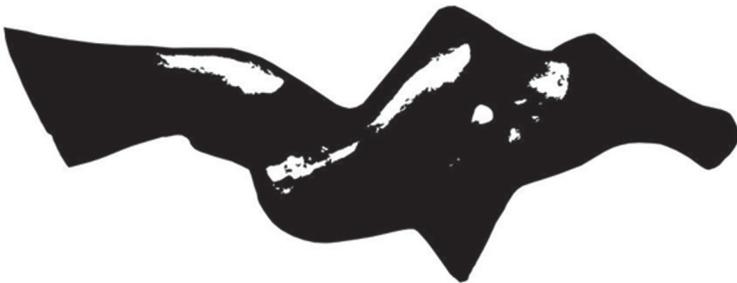
Una pequeña cucaracha roja sacó las patas, el cuerpo y cayó al suelo. Azucena soltó el objeto pegando un grito prolongado y estridente, mientras se aferraba a Iván. Heber también quedó inmóvil. La cucaracha roja batió sus alas y aprovechando una ráfaga de viento con olor a lluvia, desapareció por la ventana. El corazón de Azucena seguía latiendo acelerado, crispadas las manos, temblorosos los labios y la voz quebrada. No bastó el vaso de agua.

—Tranquilízate —dijo Heber antes de despedirse en silencio.

El objeto rojo yacía tirado en el piso, intacto, en la misma posición que cayó.

—Iván, por favor, saca esa cosa de mi vista... Quémala, entiérrala, cualquier cosa, pero no quiero verla más...

Con la tranquilidad que suponía haber dicho esto, Azucena ladeó su cabeza sobre la almohada y quedó profundamente dormida. Iván abandonó el cuarto sin saber qué hacer. Todavía aquello estaba tirado en el piso de la sala. Se acercó lentamente y lo volteó con la punta del zapato. No pasó nada. Pensó que si no conociera a Heber, diría que fue una broma de muy mal gusto pintar a una cucaracha con aerosol y meterla en ese objeto, esa cosa roja que ni nombre inspiraba.



SEGUNDO PASO

Lo sostenía en la mano derecha. Lo apretaba. Sin rumbo. Otra vez el parque de estructuras abstractas y puntiagudas. Caminar con toda la calma del mundo, como si no transcurriera el tiempo, como si los músculos no se cansaran. Era lo más recomendable para sentirse las piernas. Después trotar, para entrar en calor. Correr finalmente para dejarlo todo atrás, y caer sobre un banco de madera con todo funcionando, porque a veces el cerebro...

—Hola.

Agotado de tanto repetirse...

—Hola.

...deja de razonar...

—Hola.

...como disco rayado...

—Hola.

...impide que los oídos y los ojos materializen el pensamiento.

—¡Hola! —dijo ella, moviendo esta vez los dedos por delante de su afilada sonrisa.

Iván levantó la vista como si el sol, a través de los árboles, le hiriera los ojos solo para esconderse. Era Marina. ¿Cambiada? No. Sencillamente lucía diferente a como Iván la había memorizado de tantas veces vista y estudiada. Marina empezó a bajar la mano. Casi de un brinco, Iván se incorporó y le agarró los dedos, sintiendo la carne, apre-

tándolos. Entonces sonrió efímeramente como nunca había sonreído, porque no sonrió la boca sola, sonrieron los ojos, la nariz, la yema de sus dedos, la palma de la mano, y el resto de cuerpo. Se lanzó sobre aquella boca para clavarse esos dientes y probar de nuevo la sal de su saliva. El objeto rojo cayó en la hierba cuando Marina le mordió los labios sin detener el beso. Ambos se agarraron las cabezas con una histeria indefinible. Ella lo empujó, él la haló y cayeron sobre el banco de madera cuya podredumbre no aguantó el golpe. Fue entonces el contacto con la frescura de la hierba, lo que le devolvió a Iván la razón.

—Discúlpame. Es que... —Iván la ayudó a incorporarse—. Era mentira entonces... Tú no estabas en el avión.

—¿Pero no ves que me salvé?

Iván volvió a sonreír.

—Esto es absurdo... —se llevó las manos a la cara. Marina no sonreía.

—Correcto. No hay nada más absurdo que un desconocido que te salte encima. ¿Crees que ser famoso te da derecho para besar así a cualquiera? Tienes suerte de que solo te sangre el labio inferior.

El viento había empezado a mover las hierbas.

—No, no perdóname... Odio decir esto, va a sonar ridículo pero siento como si te hubiera conocido desde siempre... Es que estoy loco, no me hagas caso...

—Sí te hago caso. ¿Qué se supone que te haga?

Iván la miró de arriba abajo. La tía de Heber tenía razón. Marina no cumplía ni de cerca con los cánones de belleza establecidos, para bien o para mal estaba muy lejos de ser común.

—La cuestión es —diría Fernando tiempo después— que ella, o sea, todos sus rasgos, digo, la nariz, la boca, el corte de cara y por supuesto los ojos, son, digamos, demasiado heterogéneos. No, esa no es la palabra. Quiero no son compatibles. Hay algo esencialmente inclasificable en ella. Cambia demasiado, de un momento a otro parece otra persona. La cara pasa de más o menos ovalada a una forma más triangular, la nariz menos recta, o el labio inferior más carnosos... Pero sus ojos son siempre iguales. Tendría que verla en persona, pero puedo imaginar que debe resultar imposible quitarle los ojos de encima.

El parque, con sus esculturas, parecía un paraje de otro planeta. —Ya lo sé... —dijo Marina— Ya sé que la lluvia ácida no te afecta... Al menos, la piel.

Luego le dio la espalda.

—Tampoco has explotado tu fama efímera.

Entonces hizo silencio durante unos segundos. Y miró al cielo donde a través de los árboles, amenazaban los nubarrones. —¿Podrías hacerme una demostración?

La cara de Iván se contrajo.

—¿Demostración? ¿De qué?

Brillaron los colmillos cuando Marina sonrió.

—De que puedes bailar bajo la lluvia.

Rompió a llover y las gotas golpeaban las hojas con más fuerza que nunca, como si quisieran evidenciar su poder destructivo. La construcción central del parque era abstracta, caótica e impredecible. Un cuarto de esfera por techo, cuchillos no paralelos cubiertos por enredaderas de rosas espinosas, subtechos inclinados en cualquier ángulo, cuya cifra no terminase en cero o cinco. Bajo todo aquello estaban Iván y Marina.

—Me parece una tontería, pero en todo caso te lo debo, al fin y al cabo el atrevimiento fue mío. —Marina escuchaba

inexpresiva, recostada a una columna cuya inclinación no era noventa ni cuarenta y cinco grados.

—Me debes... No sabes cuánto... Házlo. Mójate.

La lluvia golpeaba y salpicaba feliz. Allá a lo lejos, Iván pudo escuchar otra vez la melodía enajenante. No era música sino un estado de suspensión eterna. El tiempo detenido en una pesadilla. Recordó que las pesadillas terminan cuando uno va a morir.

—¿Por qué estoy haciendo esto?

Dio un paso hacia la intemperie. Otro. Los pies parecían de plomo. Otro. Ya sintiendo minúsculas salpicaduras, que empapaban las espigas de los rosales. Ella alzó la cabeza.

—Vas a perder la ropa... ¿No preferirías quitártela?

Iván se detuvo y contestó de espaldas.

—Voy a perder la camisa, pero siempre quise sentir cómo se deshace.

Marina paseó suavemente el índice elaborando algo entre los labios hasta que habló.

—No tienes que hacerlo. Págame de otra forma.

Iván escuchó de espaldas y detuvo la mitad de su zapato derecho sobre el cual ya golpeaba la lluvia. —¿Cómo?—.

Ella torció la cabeza contra la columna inclinada.

—Regalándome lo que ahora está tirado allí, en la hierba, junto al banco que rompiste.

Iván había dado media vuelta en dirección a ella. Se pegó bastante a su cara.

—Eso. Eso fue declarado enemigo público por mayoría de votos. Y aunque mi misión era desaparecerlo, estaría contento de que alguien como tú lo preservara. ¿Le tienes miedo a las cucarachas? Entonces no te lo recomiendo.

Marina dejó que sus palabras sonaran extrañas y no sin una pizca de erotismo.

—A veces sueño que estoy durmiendo desnuda mientras cientos de cucarachas caminan sobre mi cuerpo, formando una sábana oscura, como una marea irregular y sucia, rojiza. Dije sueño y no pesadilla. O sea, me encantan.

Iván luchó por no quedarse boquiabierto y le costó más de un disimulado esfuerzo volver a hablar.

—Imposible negártelo...

Ella lo interrumpió, cerrando sus ojos violetas.

—Iván Kovelt, no me engañas, lo que dije te supo a locura. ¿Crees que tengo la mente enferma?

Iván asintió con un brillo en sus ojos.

—Un amigo mío diría que sí: atractivamente enferma.

Ella sacó los colmillos mientras su mirada se perdía en el techo de la caprichosa construcción.

—Iván Kovelt... ¿Tú crees en la venganza?

Él disfrutó en contestar.

—Absolutamente.

La luz de un relámpago terminó la frase.

—Me alegra. Eres sincero. Yo también.

Estalló el trueno con un eco, como si fuera una señal. En menos de un minuto paró de llover, y el sol volvió a filtrarse a través de las hojas que desprendían las últimas gotas sobre los charcos de agua contaminada.

—Bueno, ya puedo recoger mi regalo y seguir. Fue un gusto volver a verte en persona.

—¡Espérate!

—¿Qué?

Silencio.

—¿Qué?

—Te quiero... Ten cuidado con eso. Puedes tocarlo como una flauta. ¿Sabes?

—Sé que ahora no eres sincero. ¿Por qué no lo dices ya?

—¿Dónde vives?

Ella tomó la eternidad para contestar.

—Algún día irás a mi casa... Puede que te guste... Depende...

Dejó la frase en el aire. Se notaba que Marina disfrutaba hablar de espaldas. Iván apretó los dientes, metió las manos en sus bolsillos para inmediatamente sacarlas.

—Funciona bien —dijo por fin—, te funciona muy bien... Ella se volteó bruscamente sacando el colmillo izquierdo. —¿Qué?—.

Iván sonrió.

—Tu estilo.

¿QUÉ

...estaba estaba sucediendo? ¿Qué? Era real. ¿Qué harían las cucarachas pardas, blancas y rojas, si después de una guerra nuclear, la tierra firme se hundiera en el mar? ¿Qué? No significa nada. ¿Qué? Estamos preguntándonos siempre. Inconsciente ¿Qué? Inoportuno, amargo y delicioso. Q-U-É. Es solo una palabra de tres letras.

—¿Qué te pasa Iván? —preguntó por fin Azucena, resuelta y sin temor.

—Qué mal estoy... —se contestó a sí mismo Iván, a la salida del túnel, donde nadie pudiera contestar su propia pregunta.

—¿Qué?

—Sí... Resulta imposible quitarle los ojos de encima.

—¿Cómo puedes saberlo, si no la has visto nunca?

—Pero la describiste muy bien, al punto de que yo puedo sacar conclusiones... —aquí Fernando se detuvo para continuar con voz pausada y grave— Iván, solo quiero decirte, y no soy el único que así lo piensa, que Azucena es una criatura adorable, digo este adjetivo porque pudiera decir miles, pero eso es algo que tú ya sabes. Lo que no sé si sabes es que te adora, te admira, te venera... Ahora, existe el exotismo. Uno puede sentirse atraído, incluso enamorarse de alguien...

—Espera, no has entendido nada. Yo no estoy enamorado de Marina. —Iván se echó hacia delante— ¿Crees que algo tan sencillo sería suficiente para venir a verte después de tres años?

—Obsesión, delirio, llámalo como quieras.

—Fernando, no soy estúpido. Deja de sacar conclusiones precipitadas. Estás dando por sentadas cosas que no sabes...

—Pero por lo menos te gusta, ¿no?

Pudiera decirse que Iván dudó con certeza.

—Trata de inventar un verbo nuevo... Estas cuatro paredes me ponen mal.

Fernando salió del carro con un portazo que hizo eco en la terraza del castillo colonial frente al mar.

—Si quieres volverte loco hazlo tú solo, pero no me involucres, ni a mí ni a nadie más.

El aire los golpeaba sin piedad sobre el empedrado. —Aire de lluvia —olfateó el agudo sentido de Iván. —¿Trajiste tu impermeable?

—No lo uso...

—Ah, qué bien...

Fernando fuera de sí:

—¿Qué coño tú quieres?

El aludido respondió con una carcajada balbuceante.

—Fernando el psicólogo... Menudo método para obtener información.

—Iván, digamos que mi pregunta fue literal...

Si no hubiese sido dirigida a él, Iván probablemente se hubiera reído de la ocurrencia, pero a pesar de todo logró dominar el puño derecho que ya comenzaba a temblar.

—No me molesta tanto la ofensa, como la estupidez. Con diez años menos ya estuvieras en el piso. No tengo dudas sobre tu inteligencia, pero no la estás demostrando ahora.

—Cuánta razón... Los caprichos son inexplicables y muchas veces no tienen lógica; siempre le dije a Azucena que en el fondo seguías siendo un niño.

Iván sintió la sal entrando en sus ojos, hasta el cerebro desgarrado por una lágrima ácida. Decidió no hablar, porque su voz saldría rota. Logró modular una calma aparente.

—¿Por qué no te mue...?!

Un trueno lejano desfiguró sus palabras. Fernando miró hacia atrás. Se habían alejado unos cien metros del carro.

—Creo que va a llover... Mejor nos vamos...

—Yo me quedo... A que me parta un rayo...

Fernando lo haló por el brazo y le dio una palmada en la espalda. —Tienes razón, pero mejor vamos...

Iván se soltó de un tirón.

—¿Lo dudas? ¿Tú también? ¿Crees que me voy a freír?

—¿Qué dices?

Iván miró el empedrado por un momento.

—No. No me voy a rebajar demostrándotelo. Piensa lo que quieras...

Paró de hablar como si hubiese recordado algo. Sonrió.

—Miguel estaba escribiendo un guion...

De una forma muy sutil, Fernando había empezado a retroceder hacia el carro, pero Iván no se movió.

—Un guion que parece una locura y es una lástima que la película no se llegue a realizar. Tú estarías en ella, Fernando. Es normal que Miguel haya convertido a sus conocidos en personajes... Como también el hecho de que te guste Azucena, y por serlo deja de tener importancia. Pero hoy día nada tiene importancia, hasta una muchacha sana, inteligente y

preciosa puede ir al psicólogo para imaginar que no es perfecta, tal vez ingenua. Solo te pido que así como no le haces perder dinero, tampoco le hagas perder el tiempo. No sé si yo he cambiado demasiado, Fernando. Y tal vez ya no seas capaz de entenderme. Tú siempre enfrentas a tus clientes... Perdón, pacientes, pensando: “¿Qué haría yo si estuviera en su lugar?” Las jovencitas, Fernando. Si tu debilidad fuera menos común, entonces sería más factible discutir mi situación contigo; y no quiero decir que no sea posible, pero si tengo qué explicártelo, no tendría sentido.

Fernando balbuceó, como si quisiera decir tres cosas a la vez sin lograr emitir palabra alguna. Iván levantó la mano.

—Solo quiero preguntarte algo: ¿tuviste al menos una mínima esperanza con Azucena, o fue solo una fantasía?

Un trueno sirvió de señal para que Fernando echara a andar definitivamente hacia el automóvil. Negaba con la cabeza mientras lamentaba la juventud perdida.

—Iván... Te va a matar el orgullo...

—De algo hay que morirse... —Iván miraba los nubarrones.

TERNURA

—¡Iván, tienes otro grano en la cara!

Él despertó e instintivamente saltó de la cama hacia el espejo. Era real. Allí, bajo el cachete derecho, más grande que la anterior, había nacido otra protuberancia negruzca y ovalada.

—Pero, ¿cómo? ¿Anoche no la tenías?

—Anoche me besaste con los ojos cerrados, doctora Quintero.

—¿Por qué llegaste tan tarde?

—Fuí a ver a Fernando y después... me llovió encima. Azucena movió la cabeza.

—No. Te habrá caído una gota en la cara.

Iván tardó en asentir.

—Correcto. Logré guarecerme casi a tiempo.

Azucena abría cada vez más los ojos.

—¿Casi? ¿Pero dónde fue eso?

Iván jugueteaba pellizcándose el labio inferior.

—En la intemperie...

—¿Y qué hablaste con Fernando? Tenía muchas ganas de verte...

—¿De qué hablamos? Pues de ti claro. ¿Cómo hablar de otra cosa? Azucena dejó de tender la cama.

—¿Qué quieres decir?

—No me hagas caso. Le dije a Fernando que tú, princesa, no tienes ningún trastorno.

—No, ningún trastorno.

—Perdón doctora, entonces qué haces en el psicólogo una vez por semana.

—De hecho. —Azucena se sentó sobre la cama recién tendida—, lo sigo visitando por ti.

—¿Cómo?

—Iván, mi amor... ¿Tú mismo no lo notas?

—¿Qué debería notar?

—No sé, algo distinto. Tú deberías saber.

—Pues yo tampoco lo sé...

—Iván, las cosas no son como antes...

—Pero claro, el mundo ha cambiado tanto...

Azucena dejó caer la cabeza lánguidamente.

—El mundo no Iván... —lo encaró—. Tú.

Si no fuera cierto, Iván hubiera reído hasta caer de rodillas, pero ahora no se molestó ni en intentar una sonrisa.

—Lógico. El mundo siempre nos cambia un poco. Qué ironía. Me ha cambiado tanto que no necesito usar impermeables.

Azucena volvió a suspirar.

—Estás hablando de un cambio fisiológico...

—Está bien... Para qué ocultártelo. Anoche bebí casi un litro de lluvia ácida.

Azucena no movió el cuerpo ni la boca tan abierta como los ojos que ya no podían ser más redondos.

—Tenía que hacerlo y quise arriesgarme.

Azucena reaccionó con un pestañazo que la levantó de un brinco hacia la cara de Iván.

—Sin histeria por favor. No pasa nada. Te digo que nunca me he sentido mejor.

—¡Estás loco! ¡¿Quieres matarte?!

Iván movió las manos para tranquilizarla.

—Azu... Ya había comenzado a perder la inmunidad y no había otra forma de renovarla.

—Iván, debiste hablar con los médicos, con Daisel, tú no sabes cómo te va a reaccionar el organismo. La composición del agua que tomaste hace tres años no tiene casi nada que ver con el actual *H3F2MNO4*. ¡Es que es un milagro que estés así... Tan normal!

Iván se llevó la mano a la garganta.

—Sentí que me quemaba toda la boca y el esófago, como si fuera lava de un volcán. Pero ya no podía parar, y dejé que me ardiera el estómago. Al cabo de un minuto desapareció cualquier sensación de quemadura o ardor. Y aquí estoy: sintiéndome mejor que nunca. Es curioso. Cuando regresaba, tropecé y me caí. Me di un golpe feísimo en la rodilla. Y sin embargo, el dolor desapareció enseguida. Sinceramente, me siento con una fuerza extraordinaria.

El semblante de Azucena había ido cambiando gradualmente hacia una admiración de felicidad exacerbada.

—¡Iván, esto es algo increíble! Cuando el mundo se entere... —En ese momento Iván transformó su cara.

—Azu, esto no lo va a saber nadie. ¿Entiendes?

—¿Qué dices?

—Lo que oíste. Basta de payasadas, como si yo fuera un fenómeno. No ha pasado nada. Todo sigue igual...

Iván paró de hablar.

—Ojalá fuera verdad.

Era la inercia de un deseo, y cuando se dio cuenta, empezó a hacerse preguntas que hace tres años jamás hubiera elucubrado: ¿Para qué lamentarse? ¿Para qué alegrarse? ¿No vamos a morir acaso...? Concluyó que la tercera pregunta tenía respuesta incierta.

—No importa, teóricamente podemos darnos el lujo de morir cada vez que lo deseemos.

EL CEMENTERIO

Estaba desierto. A esas alturas la gente no quería saber nada de ese lugar. Las últimas flores marchitas desde meses atrás, quedaron adheridas a la piedra, continuamente azotadas por el viento. Viento que también hacía ondular aquel pelo azulado en ondas furiosas como las olas del mar.

—No puede ser... Vaya casualidad.

Iván empezó a caminar más aprisa pero silencioso hacia ella, como siempre de espaldas, frente a una tumba. Ella, vale la pena decirlo, encajaba perfectamente en aquel lugar. Ella impregnaba el espacio, hizo brotar aquel sentimiento o sensación que Iván no podía describir aún.

—¿Qué haces tú aquí? ¿De quién es esa tumba? Marina volteó la cabeza ágilmente y sonrió.

—Qué casualidad... Macabra y deliciosa casualidad...

Dijo eso último y sus ojos se ovalaron recorriendo la inmensidad del cementerio, reflejado en la tersa piel de su rostro enigmático, con olor a salitre en los poros de sus labios. Iván no se movía. Ella pareció advertir el impulso irracional en su mirada.

—Es la tumba de mi abuela.

Iván relajó los músculos de la cara.

—¿La madre de tu madre?

Marina negó.

—De papá.

—Lo siento.

Ella se disgustó visiblemente.

—Me decepcionas. No te creí capaz de decir algo así...

—¿Pero qué quieres que te diga?

—Nada. No los conociste... ¿Cómo puedes sentir su muerte?

Iván encogió los hombros perdiendo todo sentido del tacto.

—Perdona... Pero me parece normal lamentar la muerte de alguien.

—¿Seguro?

—Definitivamente.

—¿Lamentas la muerte de cualquier persona, de todas sin excepción?

—Si tu padre hubiese sido un asesino en serie, tal vez no.

Ella se acercó a pocos centímetros de su cara. El pelo azulado casi le rozaba la boca.

—Ah... Eso. Pero un asesino en serie no siempre mata por matar... Nadie mata por matar, aunque...

Podía notarse que a Iván le faltaba el aire cuando la interrumpió:

—Me parece que nuestro entorno evoca el tema sin gran esfuerzo mental, así que seguir hablando de la muerte sería una reiteración...

—¿Desagradable?

Lo cortó ella, acercándose hasta casi rozar ambas narices. Iván se sintió desarmado. Se perdió en los ojos teñidos de violeta que había estudiado con delirante obsesión. Pensó que era un juego y si la besaba, ella habría ganado.

—No es necesario que lo pongas tan fácil. —los ojos de Marina desprendieron un brillo maligno— Prueba. Nada más inténtalo —dijo con su particular frialdad. Y sin embargo las palabras sonaron cargadas de violencia infinita.

Iván no vaciló en mirarla de arriba abajo con el desenfado que supuso la cercanía.

—No creo que sea buena idea... —se interrumpió a sí mismo para añadir despectivamente—¿Sabes? En realidad no me apetece.

Ella mostró sus colmillos en la más inclasificable sonrisa.

—Me encanta que ni tú mismo puedas creértelo.

Y se alejó, dejándolo en un estado de suspensión precario, envuelto por el dulce olor a cementerio. Ella había quedado de espaldas, inmóvil frente a la tumba de su abuela, en la misma posición de antes.

—Iván... No llegué a preguntarte: ¿qué viniste a hacer aquí?

El caminó tres pasos. Frente a él, una hilera de tumbas interminables.

—La verdad no sé. Hace poco murió un amigo, de una forma muy extraña... Creo que de algún modo estoy tratando de averiguar qué pasó.

—¿Y hay alguna pista aquí?

—No sé. Vine para pensar con tranquilidad.

—¿En la muerte?

—Sí, también.

—En el avión murieron 77 personas... Y yo las vi morir. Había de todo. Hombres, mujeres, viejos y niños. Murieron de golpe, antes de la explosión... Después la universidad... En realidad no se aprende nada nuevo. Es solo conocer el nombre de las cosas que de alguna forma u otra ya he bautizado a mi manera. Por ejemplo, la jungla fantasma no podría llamarse de otra forma. Hay que tener un mínimo de intuición. ¿Qué tal si te preguntara si soy bonita?

No obtuvo respuesta.

UN MINUTO DESPUÉS

El aire le batía la ropa y el pelo. A Iván le dolió admitir que, al menos en una cosa, Fernando tenía razón: era imposible quitarle los ojos de encima.

—Pobre Fernando —pensó—, no sabes, ni siquiera puedes imaginar el resto de las cosas. Pero no te preocupes: yo tampoco.

Con remota picardía, Marina preguntó desde su posición. —¿Qué estás mirando?

No obtuvo respuesta.

—¿Puedo saberlo? Puedo adivinar.

Iván disparó palabras inseguras. —Tu pelo... Claro.

Marina estalló en una carcajada. —Vanguardista...

—Ese tono azulado... ¿Es natural?

Ella lo miró de reojo.

—¿Azul? Interesante.

De pronto, el zumbido de un helicóptero invadió la atmósfera.

Un altoparlante saturó las palabras:

—¡Atención a toda la población! ¡Lluvia ácida! ¡Busquen refugio, inmediatamente!

No se había alejado el helicóptero, y Marina extrajo el objeto rojo de la pequeña bolsa en su espalda, se lo llevó a los labios y sopló. Nadie hubiera podido decir que aquel sonido era el de un instrumento de viento. Los dedos de

Marina jugaban con facilidad por todos los orificios del objeto, consiguiendo extraerle un tono muy especial. La música, porque era preciso llamarle así, era cromática y no por ello menos inusual. Extraterrenal en su crescendo. Luego enajenante, hasta alcanzar una nota sostenida, hipnótica. Iván la reconoció: esa era la maldita música. Retorció el cerebro. ¿Dónde la había escuchado antes? Se apagó cuando la sombra y el ruido del helicóptero pasó de nuevo sobre ellos. Marina guardó el objeto en su bolsa, avanzó hacia Iván, y visiblemente preocupada, le preguntó mirando al cielo.

—¿No tendrás un impermeable?

—¿Sales a la calle sin él?

—No lo soporto. Me voy.

Marina echó a caminar apurada. Iván la acompañó divertido.

—¿Te dará tiempo? Aquí no hay dónde guarecerse... Te protegería con mi cuerpo si fuera necesario. Es verdad, aunque suene ridículo. —Ella sonrió con él.

—Las olas me tragan... Y yo me trago las olas.

Iván decidió no seguir hablando, entre otras cosas porque se oyó precedido de un murmullo, el lejano ruido de un trueno aceleró el paso de Marina. El cementerio pasaba más de prisa. Las tumbas bajas, descuidadas, conformando una red interminable de la cual podría decirse que parecía obra de la naturaleza y no del hombre. El lugar se fue cubriendo por nubes de un gris violeta. Otro trueno. Marina corría. Al final de la calle, la entrada principal. A Iván le costó seguirle el paso. El viento acrecentaba su pelo furioso e impredecible batiendo a un lado y a otro, arriba y abajo, metiéndose entre los ojos y los labios, pero su cara no advertía la más mínima alteración. Iván gritó con la voz ahogada:

—¿Para dónde vas? —le faltaba el aire.

—¿A tu casa cubierta de espinas? A tu casa, nido de amor que ya no existe más...

En el auditorio se escucharon risas. Algunos no lograban disimularla. Otros ni se molestaban en intentarlo, y la mayoría estaba bastante cerca del escenario porque al fin, y al cabo, el teatro estaba casi vacío. Heber, sentado en primera fila, era uno de los pocos que no reía. Debajo de todo el maquillaje y de la gesticulación afectada, el instinto de Remy apuntaba seriamente a abandonar el teatro.

—¡Soy víctima de esta farsa!

Miguel hubiera dicho que Remy hizo toda la improvisación solo para decir aquella frase. Luego se arrodilló a implorar con los ojos cerrados:

—¡Dame una señal de que existes!

No había terminado de hablar cuando sintió que algo pequeño le golpeaba la oreja estremeciéndolo. Sin abrir los ojos supo que era la colilla de un cigarro. El acto fue seguido por risas provenientes de una parte del público que permanecían en la sombra. Los polvos no podían ocultar el cambio de coloración de su cara. Vergüenza y humillación. Heber sintió pena por Remy. Lamentaba la hora en que aceptó su invitación. Tenía ganas de levantarse y abofetear a los burlones, pero no dejaba de reconocer que tenían motivos.

Remy tiró el vestuario en la cómoda frente a su pequeño espejo del camerino. Lo hizo con desprecio.

—Ahí tienes tu señal, Remy Arnaz.

Se dejó caer en el asiento y rió amargamente.

—Gózala, Remy, gózala —lloraba.

El espejo lleno de huellas dactilares fue víctima de una lluvia de polvo blanco. Nieve sobre un lago congelado. Remy

hace una pausa. Su nariz ya está fría y como dos extractores, los huecos aspiran el polvo hasta el cerebro. Entonces los dedos dibujaron incoherencias sobre el cristal empañado.

—Mira para lo que ha servido tu espejo, mamá.

Chirrió la puerta del camerino. A través del artefacto, Remy enfocó la pequeña figura de Adriana, silbando una canción popular en tono mecánico, que le hizo fijar la mirada en la transparencia de su impermeable rosado.

—Fui a casa de Alfredo.

Remy abrió los ojos sin mirarla.

—¿Y qué volaíta?

Adriana danzó con pasos desganados.

—Nada... Ya está todo cuadrado.

—¿Así nada más? ¿Qué hizo?

Adriana con voz sensual y aparente ingenuidad:

—Me tocó...

Remy volteándose hacia ella lentamente.

—Y... ¿Qué más?

—Me acarició...

—¿Y?

—Me dijo que ya estaba todo arreglado, iba a hablar con el director porque la escena virtual necesita impacto con caras nuevas que representen el nuevo... Nosequépinga, tú sabes como él habla. ¡Ah...! Dice que vayas por su casa... Tremendo gao.

La expresión de Adriana se desdibujó mientras se extinguía la voz y los ojos color miel quedaban en trance. Remy se burló discretamente:

—¿Y que volá contigo? ¿Te bajó alguna talla fula?

Ella despertó de su estado, sacudiendo la cabeza mientras mostraba su enorme sonrisa.

—Estoy ensayando mi papel.

El cementerio desierto.

—Sola como una rata... ¿A ti no te gustan?

—Al parecer te gusta todo lo desagradable.

—Desde un punto de vista estético, la rata no es más desagradable que una langosta o un cerdo. Y la gente se los come. La gente es estúpida. Las ratas no viven solas.

—Te pregunté si vivías sola. Nada más tenías que contestar sí o no.

Las cejas tupidas de Marina permanecían inmóviles. La lluvia caía formando charcos reflejados en los ojos de Iván.

—Tengo el carro parqueado en la otra esquina. Déjame llevarte a tu casa.

Marina se pasó la lengua por un colmillo antes de asentar fríamente. La señal esperada. Iván caminó, trotó, y luego corrió bajo la lluvia. El carro esperaba cerca del árbol. Es justo decir cerca y no debajo, porque aquel espectro seco había dejado de producir sombra hacía tiempo. La llave torció la cerradura. Abrió la puerta. Las gotas de lluvia hirieron el plástico interior del carro. Iván cayó sobre el asiento blando. El golpe seco de la puerta y el crepitar de la lluvia lejana, le devolvieron la razón.

—¿Qué estoy haciendo?

No le importaba. Todo iba bien. Chillaron las gomas casi simultáneas con el motor de arranque. Frenó junto a ella y el carro hizo un ruido extraño, como cascabeles oxidados.

—Monta.

Ella obedeció mecánicamente, no sin antes despedirse con la mano de los cráneos regados por el suelo del panteón

profanado a su izquierda. Iván aceleró todo lo que pudo hasta salir del cementerio.

—¿Qué dijeron los muertos?

Ella sonrió con desgano.

—Me preguntaban —hizo una pausa mientras sus ojos enfocaban las gotas de lluvia que pegaban y corrían por el parabrisas— por qué tengo la nariz tan grande.

Entonces todo sucedió simultáneamente. La luz verde en el semáforo. Se apagó el carro con el mismo ruido tintineante de óxido. El corte violento hacia una pequeña rampa lateral a la calle. Iván le aprisionó la cara con ambas manos.

—Te voy a besar... La nariz.

Su voz salía cruda del estómago, mordiendo el esófago y rajando la garganta. Ella rasgó sus ojos.

—¿Verdad? Pero solo la punta.

El tráfico seguía su curso a través de los cristales empañados, aunque Iván ya no lo sentía. Su boca cubrió la nariz de Marina bajo el cíclico sonido de los limpiaparabrisas.

Azucena apagó la lavadora y se entretuvo con el chorro de agua sucia reflejado en sus ojos.

Las gotas pegaban fuerte contra el parabrisas y exceptuando el tráfico, nada más se movía. Se miraban muy de cerca, pegadas las narices, los ojos al límite de foco. Hasta que Iván tuvo que apartar su retina y reposarla sobre la vista de la calle. Marina sonrió.

El tráfico era interminable. Los automóviles pasaban a toda velocidad, salpicando gotas minúsculas. Cada vehículo era otro zumbido perdido en la colmena, raudos todos,

algunos faroles ya encendidos por la inminente caída de la noche. El semáforo los detenía y los impulsaba, siempre, hasta que el ruido de los motores se transformó gradualmente en algo conocido. Iván se tapó los oídos. Ahí estaba la música. Plana, aparentemente monocorde, cierta evolución, de belleza trágica, decadente y contradictoria, horrible pero bella. Entonces le pareció que los autos, ómnibus y camiones se ralentizaban salpicando, las gotas de lluvia tomaban todo el tiempo del mundo en volar y estrellarse contra la calle, casas, y otros vehículos cuyas gomas giraban lentamente a toda velocidad volviendo a salpicar. Iván habló sin mirarla.

—Si sigo un minuto más en este carro voy a perder la razón.

Marina paseó la boca por el parabrisas hasta empañar una parte suficientemente amplia, y dibujó un castillo infantil con el dedo índice. Luego se puso a pintar olas al compás de los limpiaparabrisas.

—Yo tampoco aguanto más. Haz algo.

Iván giró la llave y volvieron a sonar los malditos casca-beles.

—...No sé qué pueda ser... —bombeó el acelerador—
...Nunca había sonado así...

Marina dejó la boca abierta antes de decir.

—Me gusta ese sonido. Pero no quiero escucharlo encerrada aquí.

No había terminado de hablar cuando Iván giró la llave por séptima vez y el motor arrancó.

CUCARACHAS ROJAS FRENTE AL MAR

Avanzaban rápido entre la densidad de los demás vehículos. Ya no llovía. Iban en silencio. Los edificios primero perdieron el brillo, luego la pintura. Desapareció el sol y el cielo se hallaba suspendido en un azul grisáceo, tan apagado como los árboles mordidos por el salitre. La avenida se acercaba al mar, al límite de la ciudad, a la desolación de las últimas casas. Luces mortecinas. Cercas descuidadas. Cajas, desechos, hierba, tierra, arena, manchas, rocas; hilera de luces naranjas a ambos lados del asfalto firme y aún caliente. El arco oscuro. Ella cerró los ojos. Él la miró. Bajo las luces centelleantes del túnel todo parecía irreal. Tomó la mano de Marina. Fría como un pez. Ella la retiró para señalar la salida del túnel.

—Sigue recto trece kilómetros.

Cruzó los brazos sobre el pecho mientras se recostaba en el respaldo del asiento, colocado en una posición casi horizontal. Quedaron atrás las luces del peaje. Avanzaba la negritud de la autopista. Las farolas en forma de X permanecían extrañamente apagadas. Iván no podía verlo, pero sabía que estaba allí, a la izquierda de la carretera. El mar. Imposible no sentirlo, aunque pasara en silencio. Como un enjambre de luciérnagas rojas y azules, quedó atrás el reparto de bloques cuadrados donde vivía Django. Más carretera.

Las inmediaciones de la jungla fantasma. Plantas mutadas alumbradas por los faroles del auto. Más asfalto cuarteado. Más. El carro se estremeció. Marina no abrió los ojos y apenas movió los labios.

—Pégate a la izquierda y cruza...

Iván disminuyó la velocidad y cortó noventa grados atravesando el separador, justo antes de que se volviera un muro. El auto saltó pesadamente casi simultáneo con la voz de Marina:

—Ahora sigue por la senda contraria hasta que veas un terraplén. Dobla por ahí y estaremos en mi casa.

Avanzar en sentido contrario. Un brillo cegador. El parabrisas se volvió blanco con el ruido del camión que se acercaba inexorablemente.

Cuántas cosas pueden pensarse en un instante. Fogonazos. Del blanco surgió el mar iluminado. Ante la muerte los recuerdos son diurnos. El cielo sin nubes, quemando en blanco la imagen de Azucena.

—Vamos a casarnos.

El brillo del mar y la voz suplicaba:

—Vamos...

La voz desaparecía como un eco apagado entre las olas. El brillo se funde en una ola blanca gigante. Espuma. Luz.

La gruesa sirena del camión. Reflejo, reacción física. Con toda la fuerza, el timón hacia la izquierda. A toda velocidad en la curva, las gomas despegaron. Fracción en el aire y el carro cayó en la cuneta de golpe. Se apagó el motor oxidado. Iván respiró mientras intentaba calmar sus latidos. —Ese era el camión.

Giró la llave, pero el motor estaba muerto. Entonces se acordó de ella. La cabeza de Marina contra la puerta, el pelo tapaba su cara. Iván extendió el brazo tembloroso, intuyendo lo peor y la volteó. Sangre en la boca y un moretón en la frente. Desesperado, Iván buscó el corazón. Latía. Dejó la mano pegada a su pecho. Ella seguía fría. Los dedos contra su piel se deslizaron hasta el pubis. La cabeza le daba vueltas. Siguiendo con la vista el tramo iluminado por los faroles del auto, distinguió el inicio del terraplén que desaparecía en la oscuridad de una pendiente, cuesta abajo. Intentó encender el motor unas veces más, sin conseguirlo. La cuneta era demasiado pronunciada. Jamás podría empujar el carro hacia la autopista. Tampoco tenía sentido pedir ayuda. Era poco probable que pasara un vehículo a esa hora, mucho menos que se detuviera. Salió del auto y una brisa le acarició el rostro. El olor a lluvia se desvanecía, prevaleciendo el del mar, poderoso y atrayente. Iván apretó los labios.

—Me va a explotar la cabeza... —le brillaron los ojos—
¡Que reviente!

Volvió al carro, acomodó a Marina lo mejor que pudo en el asiento. Fue hasta el maletero y empujó con todas sus fuerzas hacia el terraplén. Las gomas no se movían. Otro empujón. Las palmas y los dedos aplastados contra el metal. Nada. Entonces la ira le subió por la médula, corrió por las venas ácidas hasta los brazos. Las piernas se crisparon con un grito desgarrador. El carro se movió. Un paso. El zapato se hundió en el lodo. Otro. Las gomas giraban lentamente. Iván corrió a abrir la puerta para corregir el timón hacia la izquierda. Ya en el terraplén, el carro se impulsaba cada vez más. Entró y cerró la puerta. Descendían. Iván giraba la llave pisando el acelerador, pero el motor no respondió en lo más mínimo. Marina vibraba en su inmovilidad. Bajaron

hasta que terminó la pendiente. Y agotado el último impulso, quedó el automóvil definitivamente varado en la hondonada.

Azucena apoyó su cabeza amarilla en el codo, contra el mantel blanco que cubría la mesa sin servir.

El mar se volvió audible, y la luna emergió lentamente entre las nubes, iluminando la espuma que batía junto a la silueta de una casa. En los bolsillos de Marina, Iván encontró un llavero azul en forma de pez que decía: YO. Cerró el puño y lo guardó en su bolsillo. Acto seguido estiró la mano hacia fuera para comprobar que no llovía. Entonces tomó la mochila de Marina y se la puso al hombro. Ella seguía en la misma posición. Iván la cargó fuera del carro. Era liviana. Empezó a caminar hacia la casa. No podía creerlo. A pesar de todo, la tenía en sus brazos. Su inmovilidad era alarmante. El pelo le cubría una parte del rostro. Era delgada. Frágil, pero punzante. El filo de su cuerpo concentrado bajo la piel tersa y fría. Caminar con ella en brazos supuso la desaparición del cansancio. Sueño y pesadilla. Había olvidado por completo el camión. El ruido de sus pasos era apagado gradualmente por el rugido creciente del mar. El salitre le golpeó los labios. Entonces comprendió que todo aquello tenía que suceder. Estuvo escrito desde el primer día que la vio. Detuvo sus pasos. Finalmente. Era una casa no demasiado antigua pero desnuda y maltratada por el mar.

Algo rompió la ventana para caer en el medio de la mesa. Era una piedra envuelta en un papel. Azucena la agarró atemorizada mientras se escuchaba el motor de un camión que aceleraba alejándose. Entre sus arrugas, el papel tenía algo escrito:

NADIE SABE LO QUE TIENE
HASTA QUE LO PIERDE...

La llave entró sin obstáculo en la cerradura oxidada y la puerta cedió sin problemas. Tanteó la pared del recibidor hasta que dio con el interruptor. Tres fogonazos intermitentes encendieron una vieja lámpara de neón, iluminando parte de la sala-recibidor. Iván depositó a Marina en un sofá deshilachado. El neón no bastaba. Su luz azulada e imprecisa mantenía el amplio local en penumbras. Paredes despintadas. Muebles expuestos a la sal del mar colándose por el portal abierto. Iván prendió una lamparita de mesa junto al sofá y miró alrededor pero allí no estaba el teléfono. Quizás en la cocina o tal vez en un cuarto. Dobló por un largo pasillo totalmente negro. Un punto blanco al final: la luna a través de una ventana. Bastó para ver que en aquel último cuarto tampoco había teléfono, nada sobre aquel suelo sucio y resbaladizo. La ventana chirriaba lenta y débilmente por la ligera brisa marina. Era inútil. Se restregó ambas manos por la cara. Entonces escuchó un ruido de naturaleza indefinible proveniente de la sala y extinguido rápidamente con el golpe de un objeto contra el suelo. Quedó en el aire la intermitencia lejana de una forma caída que no ha terminado de hallar el equilibrio de su nueva posición. Iván dio media vuelta y corrió de regreso por donde vino, acercándose cada vez más al tenue resplandor de la lámpara casi

ahogado en la penumbra azulada del neón. El débil golpe intermitente disminuía su ritmo. Iván asomó la cabeza en dirección al sofá. Tirado en el suelo, el objeto rojo cesaba de moverse mientras una cucaracha roja desaparecía corriendo por el portal. Iván levantó la vista. Marina estaba de espaldas, de pie junto al sofá deshilachado. Avanzó hacia ella en silencio. Ella se volvió lentamente, limpiando la sangre de su boca con la lengua.

—¿Estás bien?

No estaba bien. Se buscó el golpe en la frente.

—¿Me trajiste cargada?

— Sí... De lejos tus ojos parecen negros.

—¿Y qué más me hiciste?

Iván no llegó a esconder la mano tras la espalda. Marina lo escupió con desprecio. Una pausa. Él se pasó la lengua por la comisura del labio y tragó la saliva salada. Ella sonrió maliciosamente.

—Creí que estabas enfermo...

Iván se pegó a ella. De cerca, los ojos ya eran violeta oscuro.

—He tragado cosas peores.

Las palabras dieron cuerpo a un imán de respiraciones cruzadas. Los labios se envolvieron en el impuro dióxido de carbono. Al principio sus bocas fueron gentiles, hasta que las salivas se mezclaron. Fue más cercano al caos. Su lengua le barría a ella el paladar, las encías, hincándose en sus afilados colmillos. Ella cerró un poco la mandíbula mientras le clavaba las uñas en la espalda. Iván la abrazó apretándola contra sí, desnudándola con las manos y los pies, a zarpazos, como si sus extremidades fueran garras. Había perdido la noción del espacio, no supo si dejaron caerle en el sofá, en el piso, o en el agua. Ella se retorció.

Su piel seguía fría y resbaladiza como un pez, su aliento era el mar. Los ojos conservaban su peculiar geometría. La herida en su frente ya no estaba. Iván entre sus piernas. Ella le mordió el pecho a través de la tela. Él abrió los ojos. Sangre. Marina le hundió los colmillos profundamente, tirando de izquierda a derecha sin llegar a desgarrar la piel. Él le separó la cabeza con ambas manos. Se mordieron los labios. Iván la tomó por la cintura girándola bocabajo y deslizando su boca por la espalda hasta las nalgas. Entonces Iván sintió que la mano de Marina le desviaba la cabeza enfrentándolo con su mirada. Cesó todo movimiento. Regresaba el sonido del mar, el sofá hecho jirones y la lámpara rota sobre el piso sucio y resbaladizo de la habitación. Ambos estaban de pie. Ella esbozó una sonrisa tímida y amarga que murió al momento.

—Vas a tener que conformarte con menos...

Iván miró confundido la herida en su pecho. Señaló la sangre. —¿Esto te parece *menos*?

Ella encogió los hombros con un gesto distraído.

—Me ha gustado... Pero piensa en lo que te dije.

Iván se llevó las manos a la cara y respiró hondamente.

—Me estoy volviendo loco. Tu saliva... Me encanta tu saliva —dijo con la inseguridad que le proporcionaba estar seguro únicamente de lo que acababa de decir. Casi simultánea se estrelló una ola contra las rocas—. Pero quiero que me contestes...

Marina lo cortó violentamente:

—No preguntes nada... estoy bien. Y no debes quedarte aquí más tiempo. Ya es tarde y te van a echar de menos...

En el violeta de sus ojos se reflejaba el mar con las pequeñas ondulaciones que aún no eran olas.

—Trata de aceptar, nunca de entender.

Y detrás de su frialdad, Iván pudo apreciar que la primera parte de la oración escondía una súplica, la segunda era una orden.

AMANECER

Azucena vació el vaso de leche y lo apoyó con fuerza en la mesa, antes de dirigirse hacia el teléfono. Lo descolgó. Marcó dos dígitos cuando oyó el ruido de la cerradura.

—No te molestes —dijo Iván cerrando la puerta. Azucena se quedó con la boca abierta.

—¿Pero, qué te pasó?

— El carro... Tuve un accidente.

—Mire, Iván, quiero que usted sepa que yo soy un mecánico serio, otro podría inventarle cualquier cosa, pero este carro no tiene ningún de problema. Todo está bien.

Iván sostenía su cabeza entre las manos. Al fondo, a través del cristal, bullían las demás oficinas mientras la computadora le mostraba su incansable refrescador de pantalla, un pez gigante, en un mar sílice. El timbre de una llamada. Pestañeó y apretó la tecla. La imagen de Azucena llenó el monitor.

—¿Estás bien? —Sí.

—Estaba pensando... Sería bueno que los dos pudiéramos vacaciones para irnos al campo, no sé, a cualquier parte con árboles, ríos, montañas, mucha vegetación, tú sabes.

Iván hizo una panorámica que abarcaba las demás oficinas.

—Me parece una idea excelente, pero...

Ella exteriorizó su ingenuidad redondeando el azul cristalino de sus ojos.

—¿Pero qué?

Él suspiró profundamente.

—Mira, en realidad me duele la cabeza, necesito descansar, porque si no me va a hervir el cerebro.

—¿Tienes fiebre?

—Déjame tranquilo, ahora necesito... —¿Pero qué te pasa?

—¡Déjame en paz!

Remy abrió los ojos en su cama cuando Adriana lo dijo por segunda vez:

—Remy, te buscan.

Adriana se apartó de la puerta. Eran las siluetas de los tres individuos con los mismos impermeables del metro. Los mismos tres hombres que Miguel estaba siguiendo cuando aun estaba vivo.

EL ANUNCIAMIENTO

En la silla central y junto a la conductora, estaba sentado Alfredo Gálvez. A la izquierda el personal de la producción y a la derecha, críticos y periodistas.

—Compañeros, hermanos todos: el cine, esa maravilla que todos conocemos como el séptimo arte ha cumplido su mayoría de edad. No quiero con estas palabras decir que el cine toca a su fin. Pero estamos viviendo en un mundo donde la tecnología nos obsequia cada día un caleidoscopio de maravillosas sorpresas. El cine contemporáneo, mis amigos, pretende hacernos reír y llorar como seres humanos sensibles que somos. Esto, sin embargo, como toda emoción inducida y sugestionada, unas veces funciona y otras no...

Frente a él, en una mesa de cristal yacían dos pequeñas cápsulas: una verde y otra roja.

—Me refiero al realismo genuino de un sentimiento. Nuestros cerebros son capaces de experimentar cualquier sentimiento. El cine del futuro, por llamarlo así, obligará a sufrir, reír y llorar al más escéptico, todo gracias a esto... — se inclinó para tomar en sus manos la pequeña cápsula verde— Esto tal vez sea el aporte decisivo para que la industria del entretenimiento pierda su tan reduccionista condición y se convierta también en una lección magistral para nuestras vidas. Pero dejó la explicación al licenciado Luis Pruna de DNA21.

El despeinado ingeniero genético extendió la mano hacia la mesa y dijo apresuradamente:

—Bien. Voy a intentar expresarme en un lenguaje sencillo. Esta pequeña cápsula verde tiene un transmisor dentro y una sección de memoria virtual. Este es el procedimiento: el actor o la actriz deberá tragarla durante el rodaje de la película. A través de la sangre, esta cápsula registrará los impulsos nerviosos del actor y automáticamente serán enviados a la computadora, donde deberán seleccionarse los sentimientos más sinceros y genuinos del actor. Toda la película se trabajará así. La cápsula será expulsada por vía anal. Esto es brevemente en lo que respecta al actor. En cuanto al espectador —alcanzó con esfuerzo la cápsula roja—, debe tragarse esta otra píldora cuyo efecto dura tres horas. Este neurorreceptor enviará a nuestros cerebros toda la sensorialidad de la película —la cápsula aparecía en todas los hogares ampliada hasta un plano detalle que casi sobrepasaba los límites del televisor.

Alfredo Gálvez abrió los brazos.

—Como ven, esta es una nueva puerta. La definitiva, cortesía de DNA21. Debo poner un ejemplo: en una nueva versión de Romeo y Julieta, el espectador joven seguramente elegirá a Romeo como su personaje, pero un espectador de edad elegirá al padre o a Fray Lorenzo o, ¿por qué no?, si lo desea, al mismo Romeo. Usted deberá seleccionar su personaje, a través de la cápsula correspondiente. Una vez comenzada la obra, usted pasará a sufrir en carne y hueso el destino de ese personaje, los sentimientos y las emociones que los actores a partir de entonces compartirán con nosotros.

—¿Tú crees que a alguien le interese sufrir el efecto del veneno en Romeo y Julieta, o experimentar que te disparen con una ametralladora o, peor que todo, pensar por un momento como un asesino en serie? —comentó Heber en el elevador de su oficina.

—Censura, Heber. La historia se repite. Al comienzo serán películas fresas. Luego habrá para todos los gustos, aparecerán alternativas.

—Hermanos todos, ¿imaginan lo que hubiera sido experimentar en carne propia, como salido de nuestras gargantas, ese grito de Marlon Brando?

—¿Que se piensa éste? A mí no me interesa para nada experimentar las vivencias de Hitler en una película.

—Pues sencillamente no vayas a ver la película. Yo me moriría de curiosidad.

—¿Peligro? Ninguno. La cápsula del espectador se disuelve a las tres horas y sus componentes son expulsados del organismo.

—El cobarde disfrutará la valentía, el valiente conocerá la indecisión y la cobardía...

—¿No se ha valorado la posibilidad de desarrollar un modelo doméstico?

—Ayer dijo Alfredo Gálvez algo así como que el equipo que transmite la señal es muy caro y hay que aprovechar la sala de cine para juntar la mayor cantidad de gente posible, usando un solo equipo. Después dijo algo así como que además, la realidad no podía ser reducida a una casa, que el cine era el cine.

—¿Cuándo no está en escena? Siempre estarán todos los personajes en escena, utilizando la pantalla dividida en dos, tres, o más secciones.

—¿La primera película? Está en preproducción.

—Alfredo mencionó que dentro de un mes la empiezan a filmar, a grabar o lo que sea.

—Trata sobre.... No, hermanos míos... Sorpresa para el estreno.

HEBER

—Si creyera en Dios, me quemaría en el infierno. Salvo por eso, todo bien. Tengo un título universitario y un buen trabajo. No me puedo quejar. Pero las cosas están cambiando demasiado rápido. El siglo veintiuno no comenzó con el milenio. Realmente comenzó hace solo dos años... Sí. El principio fue la planta polar... Un paso de gigante. Mira toda esta ciudad. Cada vez todo funciona mejor, salvo por la lluvia ácida. Un día voy a pasar un susto por cabeza dura. ¿Qué me cuesta ponerme el impermeable? Cuando veo las nubes violetas y llueve, no puedo evitar recordar mi pequeño y anodino pueblito de campo. La gente lo ve insulso. Para mí ese es un término cariñoso. Extraño caminar descalzo por el muelle, pisar la madera de los botes, o ver el pueblo por encima de los mangos del patio. La vieja lancha encallada en el medio del lago, lleno de óxido. Debo estar loco: extraño también el olor a petróleo. Nada de pueblito insulso, porque ya no es el mismo, se ha contaminado más. Afortunadamente abuela sigue igual: no entiende nada y parece feliz. Tal vez la envidia. Yo también parezco feliz. Pero en el fondo sigo igual. Un tremendo comemierda. La gente se burlaría de mí. A lo mejor es que cuando uno desea algo de niño, lo desea para siempre. Papá decía que la amistad es lo primero. ¿Es cierto? Si fuera un monje me daría latigazos. Lo peor es que la tortura no se va a acabar nunca. Buenos amigos. ¿Cómo

disimular? Los dos confían en mí. ¿Sospechará alguno de los dos? No podría soportarlo. Tendría que huir bien lejos. Eres un bobo, Heber. La gente se reiría de mí. ¿Cómo seguir mirándola a los ojos y fingir que no pasa nada?

Dos toques en la espalda, automáticamente estremecida por el contacto.

—Disculpa... Asusta volver al mundo real, ¿verdad?

Marina sonreía discretamente con el tráfico a sus espaldas. Heber se levantó efusivo.

—Eh, qué sorpresa, ¿cómo te va?

—Me va.

—Tú no cambias.

El ómnibus se acercó a ellos. Marina sonrió nuevamente encogiendo los hombros.

—Me voy. Qué bueno verte de nuevo. Ayer vi a tu amigo Iván...

No pienses tanto las cosas. Si quieres hacer algo, házlo —dijo, echando a caminar hacia la parada del ómnibus.

Heber extendió el brazo.

—¡Espérate! No te veo desde el accidente y, ¿te vas así, sin hablar? ¿Qué andas haciendo? ¿De dónde vienes?

—¿Vengo? —ella dejó entrever los colmillos, imitando el sonido de una explosión—. De entre los muertos.

—No seas así. Nunca sé si estás hablando en serio, o si te estás burlando de mí.

—Tú sí que no cambias —ripostó ella, moviendo los dedos en señal de una despedida que pronto desapareció tras la puerta del ómnibus.

Iván abrió el espejo del baño para coger el cepillo de dientes. Esas veces que uno ve sin mirar. Esa fracción de imagen lo hizo cerrar el botiquín al instante, y su cara llenó el cristal del espejo. Tragó saliva ácida que corrió por toda la garganta y el esófago. En la frente, cerca del pelo, le había nacido otra protuberancia negruzca del tamaño de una moneda. Fue a tocársela pero no llegó a hacerlo. Dio un golpe en el lavabo. Se mordió los labios. Abrió la llave caliente y se echó agua en toda la cara. Tomó la cuchilla de afeitar. A través del espejo apareció una figura difumimada. Era Azucena. Pero él no la vio. Su centro de atención era aquel círculo negro amenazado por la cuchilla. Gritó apretando los labios. Azucena volteó la cabeza en silencio retirándose tras la pared del baño, tapándose la boca temblorosa, sin molestarse en contener las lágrimas. Se deslizó hasta el cuarto tirándose en la cama. La tubería del lavabo tragó sangre.

—Casi no habla. Dejó de usar los espejuelos. Dice que ya no le hacen falta. Ha cambiado demasiado. Me da miedo. Por favor, dime qué hacer.

Fernando la escuchaba esquivando su mirada.

—No sé. ¿Qué quieres que te diga? Lo siento mucho. La verdad es que no sé. Yo ya no puedo hacer nada. El que arde con más intensidad, arde por menos tiempo. Elegir una vida paciente ofrece grandes virtudes... Aunque ahora las cosas no anden bien en casa. Cuando tengas mi edad comprenderás. Sé que serás capaz de hacerlo... A veces hay que tomar decisiones duras

Azucena se levantó y caminó hacia la ventana. Fernando la siguió, colocándole la mano sobre el hombro izquierdo en un abrazo. Azucena recostó la cabeza sobre la suya por un

instante. A Fernando le pareció eterno. Luego ella abandonó su compañía de regreso al butacón. La voz de Fernando salió cortada— Yo... Perdóname. Me imagino que debes saber lo que siento por ti.

Azucena levantó la cabeza sorprendida. Abrió la boca.

—Fernando creo que te has equivocado.

Él se levantó exaltado. Las arrugas de los ojos más pronunciadas.

—Puede ser... ¿Pero crees que puedo evitarlo?

Azucena dejó caer lentamente toda la confusión que era su cuerpo sobre el butacón.

—No... Yo no te culpo de nada, Fernando. Sencillamente te digo que no debe, no puede ser. Además, yo no estoy enamorada de ti.

Fernando jugaba mecánicamente con el cenicero, ensuciándose los dedos de cenizas, aprisionándolas.

—Claro, estás enamorada de Iván. Azucena, yo no te pido nada. Que todo siga igual. Iván ha sido como un hijo para mí, al menos cuando niño. Pero entonces viniste... Y desde el primer día... Así como eres... ¡Parece como si no te dieras cuenta! No he sabido qué hacer desde entonces. Es por la edad... ¿Verdad? Podría ser tu padre...

Visiblemente molesta y negando con la cabeza, Azucena se levantó de un tirón. Fernando dejó caer el cenicero rompiéndose en decenas de pedazos. Los ojos azules habían transitado de la confusión, al dolor y después vergüenza ajena.

—Perdón, creo que mejor me voy. Adiós.

Tomó su cartera y salió caminando con un paso nervioso que pronto se perdió en el eco de las escaleras.

LA FIESTA DEL ENFERMERO

—¡Hoy es mi cumpleaños!

Sentado en el sofá, Mijaíl Castillo ostentaba orgulloso su bata de enfermero.

—¿Ah, sí?

Remy tragó una pastilla verde y apretó play en el equipo de música. Era una mezcla estridente de Tecno-Jazz.

—¡Pues fiestón pa' los tres, que hoy estoy generoso! Mañana empiezan los ensayos. Este va a ser el último arrebatado hasta que se termine la filmación, vaya, como una especie de despedida de soltero. No podemos actuar volaos, porque sale en la computadora por cuenta de la pastillita esa, tu sabes vamos a darle una mala imagen a la juventud... Mi personaje se pasa el día volao. Lo bueno sería actuar arrebatado para darle más realismo. Por eso antes de que llegaras me tomé una, así que se está grabando todo esto en el disco duro de la computadora...

El corcho de la botella salió disparado y el chorro de alcohol empapó la cabeza de Castillo, como despertándolo de un sueño.

—Aprovecha, bobo, que esto va a ser gratis...

Remy se reía con ganas. Adriana se tiró en la alfombra bocabajo, balanceando asincrónicamente las piernas, mientras aspiraba una pizca de polvo blanco. Remy le guiñó un ojo a Mijaíl y señaló hacia la alfombra.

—Vamos, que a ti siempre te gustó esa cosa linda. ¿Está rica, verdad? Mira cómo se mueve... No seas zorro y mírala... ¡Que hoy es tu cumpleaños, vaya! ¡Oye, Adri! Dice el Mijaíl que se le va a romper la portañuela de ver lo rico que se te marca el culo apretado en ese pantaloncito naranja.

Ella atendió distraída.

—¿Ah, sí? ¿Y tu jeva, Castillo?

Castillo había abierto la boca, pero Remy no lo dejó hablar.

—No, no... Mijaíl es muy exquisito en eso. ¿Verdad? A él no le gusta cualquiera. A él le gustan las mujeres rubias, de ojos azules, delgadas y con las tetas paradas...

El enfermero enrojeció de vergüenza cuando Adriana se le acercó, balanceándose al compás de la música.

—A ver punto, atiende.

Con un dedo le levantó la cara, obligándolo a mirarla.

—¿Te parece que no estoy lo suficientemente buena?

Dio una vuelta en el lugar, retorciéndose toda. Remy le pegó a Castillo con el codo.

—Vaya, está puesta pa' tí, me estás poniendo celoso... Pero vaya, hoy estoy contento y además es tu cumpleaños.

Antes de que Mijaíl se diera cuenta, Remy le había metido la botella en la boca.

—¡Hasta el fondo! —el enfermero fingía reír— Oye, oye cojones, que me ahogo...

Remy estiró el pie para avisarle a Adriana.

—Mi'ja, dale un poco de cal a este, que al fin y al cabo él fue quien la trajo...

Castillo intentó limpiarse el alcohol.

—Este no... Esto, mira, mejor no...

—¿Cómo que no?

Remy lo calló, incrustándole el pico de la botella de nuevo en la boca.

—¡Hoy es tu día, Castillo, vas a perder la virginidad! Adriana se arrodilló entre las piernas del enfermero y le extendió el dedo blanco con la más ingenua de sus sonrisas.

—¿A ella le vas a decir que no? ¿A este angelito te le vas negar?

Mijaíl se recostó completamente sobre el sofá. Sus enormes manos temblaban mientras Adriana trepaba lentamente sobre él sin tocarlo. Remy le sujetó la cabeza horizontalmente sobre el respaldo. Adriana le hizo un guiño a Remy, y le tiró un beso a Mijaíl. Entonces los ojos del enfermero enfocaron el dedo que se acercaba ya enorme y lleno de polvo. La música alcanzaba un clímax. Adriana le taponeó la nariz, sacando la lengua con una risa ronca.

—Así que yo no estoy tan rica... Entonces no se te debe haber parado —y diciendo esto dio media vuelta, cayendo sentada de espaldas sobre las piernas de Mijaíl— ¡Huuu, pero siento algo durooo!

Gritó, restregando las nalgas contra la ingle de Mijaíl, cada vez con más fuerza y ritmo, contrayendo todo el cuerpo como una serpiente al compás de la música. Remy la contemplaba extasiado. Mijaíl gimió con los ojos en blanco y todo su cuerpo se estremeció con estertores. Adriana sonrió despectivamente mientras se levantaba y le decía sin mirarlo:

—Dime si algún día te puedes hacer una mejor que esta. Remy se moría de la risa.

—Lo mataste. El mongo no puede ni caminar.

—Mira si lo traumaticé que ni se mueve.

—No digo yo... Deberías tirarte pá estas tallas y dejar la actuación.

—No hables pinga...

—Bueno ya escampó... Arriba, Castillo, pa' tu casa, entiendo tu frustración... Aunque la tela naranja no te cortó la imaginación, sí te bloqueó la puntería... ¡Coño! ¡Qué bien me quedó eso!

Adriana se llevó el dedo a los labios.

—Me cuadra esta talla: poder echármelo sin que él me eche a mí.

—Míralo todo babeado, hasta se le salieron los mocos. Muévete, Castillo, que el fiestón se te acabó. No te puedes quejar.

—Mocos rojos... Remy, creo que el punto tiene sangre en la nariz. —Claro coño, si se dió tremendo toque...

—No, Remy... Ay Remy, creo que el punto está fundido. ¡Se fundió!

—Cállate, no comas pinga.

—Pero mírale la boca abierta...

—Cállate... A ver el corazón...

—¿Le camina?

—¡Cállate!

—Por la pura, dime que sí...

—¡No!

—¿No late?

—¡No! ¡Te lo echaste! ¿No te das cuenta?

Adriana se dejó caer en el suelo.

—¿Y ahora?

—¡Una fiesta! —gritó Azucena, iluminando el semblante. Iván se esforzó por sonreír.

—¿Y qué van a celebrar?

—Pues no sé... ¡Todo!

Iván la miró extrañado.

—¿Todo?

Luego sintió que realmente en aquel momento le daba lo mismo.

—Sí, vamos... ¿Y a quiénes va a invitar?

El penthouse alquilado por Daisel Guevara se llenaba de gente. Él y su esposa guatemalteca recibían a todos, para no variar, con una sonrisa de oreja a oreja. Asistieron dos hermanas, doctoras, ex compañeras de Azucena. Iván le susurraba al oído:

—Creí que iba a ser una fiesta más íntima, no una reunión de trabajo.

Azucena lo miró ligeramente disgustada. Era una propiedad fresca y amplia. Las tupidas plantas ornamentales no lograban disimular el escandaloso mal gusto de algunas pinturas. La cabeza de una figura impidió que Iván siguiera contemplando los cuadros. Azucena los presentó:

—Iván, Luis Pruna, un colega brillante... Luis, mi esposo.

Iván le dirigió una mirada maligna a sus ojos azules, estampándole un enorme signo de interrogación, justo antes de que la palabra esposo terminara de perderse en el aire. Distráido, Luis Pruna señaló los cuadros con su copa de vino.

—Veo su admiración por estas obras de arte. A mí me encanta la pintura, pero casi no tengo tiempo para eso.

—Yo tampoco, mucho menos para algo tan mediocre.

Las mejillas de Azucena se enrojecieron. Luis Pruna dio un ligero sorbo a su copa de vino para luego cambiar de tema.

—Es un honor. Siempre quise conocerlo en persona para felicitarlo por su descubrimiento. Una vez más, no hay que

complicarse tanto, porque las mejores soluciones siempre son las más simples, como todo lo genial. Claro que a veces se confunde genio con suerte o casualidad... ¿Sabe usted que voy a abandonar DNA21? Sí, porque en realidad yo soy físico, la ingeniería genética me atrajo por pasatiempo, y ya usted ve... Al final... Zapatero a su zapato. Ahora he sido seleccionado para diseñar la segunda planta, en el polo norte.

Iván abrió los ojos desmesuradamente. —¿Cómo?

—Sí, no puedo negar que he tenido suerte. Me siento con una gran responsabilidad.

Azucena lo miraba incrédula.

—¿Entonces nos abandonas? No se lo habías dicho a nadie.

Iván ya no los escuchaba. Lentamente se fue apartando.

—¡Es una fiesta genial! ¿Verdad? —gritó Daisel, pegándole un manotazo en el hombro.

Iván consiguió dominar aquello que le subía por las venas frente a la efusividad del dermatólogo. Se le acercó diciéndole al oído:

—Hace calor. Siento que la cabeza me da vueltas y que ya nada me importa, excepto el calor. Así que cuando empiece a llover voy a salir al balcón para refrescarme.

Daisel contrajo su sonrisa en una mueca sin lograr ocultar los dientes. Iván se echó a reír.

—Mentira. Quise ver qué cara ponías.

Retornó la sonrisa al rostro de Daisel, ahora asustado y nervioso. —Mira que estás loco, compadre.

Iván asintió.

—Verdad. No hay nada más divertido que aguar la fiesta. ¿Loco? Hace unos días vengo pensando: dicen que todos los genios son locos. ¿Sabes cuál es la diferencia entre un loco y un genio? El genio deja de ser loco porque encausa su locura en algo creativo. El loco carece de esta voluntad y sigue siendo un mediocre toda su vida... O un psicópata.

Lleno de curiosidad, Heber se incorporó.

—¿Entonces, según tú, todos los mediocres están locos o son psicópatas?

—No. El que acepta su condición de mediocre, merece un aplauso, porque ese sí será útil a la sociedad.

Las dos hermanas doctoras intervinieron con modestia.

—Disculpa, Iván, pero un profesional de la salud, un médico o cirujano mediocre, puede hacer daño a la sociedad.

—Error: si le gustan las Ciencias Médicas y sabe que es mediocre, entonces no debía haber estudiado medicina, debería ser cuando más enfermero.

La segunda hermana se arregló los lentes.

—Creo que te equivocas. Un enfermero debe estar tan preparado como un médico... Mi novio es enfermero y estamos juntos desde hace cinco años.

—¿Ves? Y no se han casado. Eso lo explica todo.

Golpeó el metal negro inútilmente. La mansión estaba rodeada por una reja que bloqueaba totalmente la visibilidad y la puerta no tenía timbre. Remy caminaba dando vueltas, a un lado y a otro, apretando algo en su puño crispado. Una voz queda por el intercomunicador:

—¿Qué desea?

—Alfredo... Soy yo, Remy Arnaz... Disculpe esto... Es una... Emergencia.

Giraron las cerraduras. A puertas cerradas. Dentro de la mansión. El vino de una copia había manchado la mano de Alfredo Gálvez.

—Refréscame la memoria Remy, en la obra original: ¿Romeo era adicto a la cocaína y mataba enfermeros?

Grandes estatuas. Perros, animales de bronce. Alfombras árabes rojas y negras. Máscaras africanas. Armas. Espejos.

—Qué ironía, Remy. Tú, interpretando un Romeo drogadicto. Tú dirás que un poco de postmodernismo no le viene mal a la historia, ¿verdad?

Remy no contestó.

—Debo también suponer que para tal experimento no tenías la computadora conectada al centro...

—No, despreocúpese. Nada más está en mi disco duro. Nadie más lo sabe.

—Claro, tú mismo te das cuenta del peligro que representaría para ti el hecho de que se supiera.

Le puso una mano en el hombro hasta calarle la piel.

—Una ventana abierta para nuevas experiencias. Tú mismo lo dices, Remy: hay que beber de todas las copas. ¿Quieres vino?

—No se moleste.

—No me molesto. Relájate. No querrás perder tu papel, ¿verdad?

Remy sonrió.

—¿A estas alturas?

El ministro mostró la dentadura, discretamente.

—Todavía no he anunciado públicamente quiénes serán los protagonistas —el actor no se movió—, pero todo puede arreglarse... El enfermero pudo haber salido sin impermeable y no le dio tiempo a guarecerse. Va a arreglarse. Porque tú eres un buen muchacho. Increíble cómo la vida humana ya no vale nada, te llueve encima y ni tu familia sabe por qué has desaparecido.

Hizo una pausa prolongada. Cristal roto en el suelo. Remy tragó en seco cuando la mano lo empujó hacia abajo, obligándolo a sentarse lentamente en el sofá. Al actor le subió un calor a la cabeza.

—Vaya al grano, señor.

Alfredo movió la cabeza suspirando.

—No eres nada sutil ni mucho menos inteligente. Afortunadamente este nuevo negocio no te exigirá inteligencia. De ti solo se requieren emociones primarias: La inteligencia y sutileza están reservadas para el guionista y el editor... Entrégame ese disco.

Remy lo dejó en sus manos. Alfredo dejó la boca abierta antes de hablar.

—Ahora, convénceme de que verdaderamente quieres ese papel. Remy arqueó la ceja.

—No sé qué es lo que esperas de mí. Yo soy solo un actor.

—Entonces debes ser capaz de interpretar los más diversos papeles. ¿No es cierto?

El actor irguió la cabeza.

—Claro.

—¡Un actor debe estar dispuesto a todo... Incluso aunque no tenga nada que ver con su personalidad! Por ejemplo, ¿crees que podrías interpretar a un homosexual de forma convincente?

Remy dudó por menos de un segundo. —Por supuesto.

El ministro sonrió, mirándolo a los ojos. —Convénceme.

En las pupilas de Remy se reflejaba la mano del ministro, que bajaba lentamente en dirección a su portañuela. El zipper se abrió de un tirón.

Olvidar de nuevo. Intentarlo. Lo cerró. Imposible. Lo abrió. El sonido le mordía el estómago. El placer del dolor. Los dientes plásticos del zipper. Huesos llenos de saliva. Cómo olvidarla. No se trataba de un intento de evasión. Agarró la maleta.

—Este viaje no significa nada. Vacaciones es un término maldito porque se acaban tarde o temprano.

No iban a ser vacaciones, porque las vacaciones son para descansar. Recostado, sin mirar la carretera, pasó la jungla fantasma. Ahora el bosque verde naciente, creciendo a ambos lados del camino, cada vez más lejos de la ciudad y del mar. Recostada, Azucena mirando perdidamente la masa de árboles. Ambos recostados. Suspendidos. Iván aceleró todo lo que pudo. Bajó la ventanilla. El olor de la naturaleza golpeándole la cara. Es mentira. Autoengaño. Ilusión de salud física y mental. Las curvas. Premonición terrible. Ella podría aparecer detrás de cada curva. Podría materializarse en el retrovisor. Podría golpearla con el auto si no le diera tiempo a esquivarla. Para qué engañarse: aparecía en las nubes, en las hojas de los árboles, hasta en el polvo. Basta. Iván imaginó que se abofeataba a sí mismo. No le era posible controlar la mente. Antes nadie lo hubiera podido acusar de tal debilidad. Él era el maestro.

VACACIONES

Ciertamente idílicas. Las montañas desprendían olores y colores perdidos en la memoria. No importaba que fueran artificiales. Afortunadamente, la mayor parte de la vegetación era inmune a la lluvia ácida. Casas de madera cubiertas de verde. Sí. Es cierto que todo favorecía poder olvidarla por unos instantes y lo consiguió, aunque fuese como el sueño de un gato. Porque, aún dormidos, los gatos locales no le quitaban los ojos de encima a Iván. Azucena lucía radiante. Sus mejillas volvieron a ser rosadas. Como en una luna de miel. Habló de amor, hizo planes idílicos frente al silencio. Iván sonrió como hacía rato no sonreía. Sinceridad breve. Azucena, etéreo paisaje. Iván olvidó los camareros del hotel construido entre las rocas y los árboles. Disfrutó los baños bajo la cascada. Mudo siempre. La voz de Azucena era igual que el canto de los pájaros: bello e incompresible. El caminar lo hacía sentirse vapor. Flotar. A su lado pasaban rosas perfectamente diseñadas por jardineros invisibles. Movimientos lentos. El placer de la inercia. Un vegetal. Hasta que un día de claridad se preguntó: ¿es bueno sentirse tan bien?

La goma del carro explotó cuando abandonaban el hotel. Lloviznaba sobre la carretera. Azucena lo retuvo del brazo.

—No. ¿Para qué exponerte sin necesidad? Mejor espera que escampe.

Iván se soltó.

—Estoy cansado de esperar.

Tuvo cuidado de cerrar la puerta rápidamente. El intercambio le dejó las manos negras. Los árboles quedaban atrás mientras la lluvia se secaba en el pelo de Iván. Morían.

Se transformaban. La jungla fantasma envolviendo sus edificios abandonados pasaba a ambos lados de la carretera. Más adelante la ciudad se acercaba. Regresaba. Veloces, las líneas dibujadas en la carretera dejaban una estela en el nervio óptico mientras al fondo crecía la metrópolis cubierta por nubes violetas.

Ya en el apartamento: el televisor, la mesa del comedor, las plantas. Flores... El cuarto, el espejo, la cama, los adornos, las fotos. Limpieza, belleza, felicidad garantizada. Iván no comía. Su cabeza se apoyada en los brazos contra la mesa. No se le veía la cara.

—¿Qué te pasa, Iván?

Azucena no dejaba de comer ni tampoco de mirarlo. Él no contestó. Fortuna que Heber tocara la puerta. Una palmada en el hombro lo trajo de vuelta.

—Compadre, ¿cómo va eso? Te entiendo, no es fácil regresar de esas vacaciones.

Iván asomó el ojo derecho por encima del antebrazo. Quiso decir algo pero se contuvo. Empezó a comer. Heber cayó en un butacón.

—Oigan, ¿por qué no echamos una partida de dominó?

Iván pareció entusiasmarse.

—Bueno... —Azucena no parecía muy convencida—
¿Para tres? Heber encogió los hombros.

—Sí.

Iván lo apoyó.

—¿Qué tiene de malo?

—Nada...

Terminó el juego cuando Azucena se pegó con un doble nueve. Iván quedó con un trece y Heber con un catorce. De nuevo. Los números se sucedían, las fichas pasaban, se deslizaban, eran golpeadas, caían. Al final nadie pudo decir si había un ganador, exceptuando el agotamiento. Se conversó bastante pero Iván no pudo recordar sobre qué. Vagamente quedó en la memoria un comentario de Heber:

—Ahora estoy enredado con un modelo nuevo de lanzallamas que consume mucho menos combustible. A mí no me interesa trabajar con el ejército, pero al menos salgo un poco de la rutina... —Heber estiró los brazos antes de levantarse— Bueno señores, ya es tarde, voy caminando. Hoy es domingo pero mañana hay que trabajar.

El beso de Azucena en su mejilla lo hizo temblar.

—Nos vemos.

Iván se entretenía en mantener girando una ficha de dominó sobre la mesa. Detrás del movimiento mecánico de sus dedos, la imagen borrosa de Heber abandonaba el apartamento y cerraba la puerta. Iván levantó la ficha, y la dejó parada sobre la mesa. Puso otra a su lado. Azucena recogió los platos. Iván colocó una tercera ficha horizontalmente encima de las dos primeras, y sobre esa estructura repitió la misma operación hasta que fue creciendo una torre de frágil equilibrio. La concentración de Iván iba en aumento. Ojos fijos en la construcción. A través de las fichas pasaba la figura desenfocada de Azucena recogiendo los cubiertos. La torre subía, fichas colocadas con sumo cuidado. La estructura se balanceaba a cada contacto. A través del último hueco, una figura difuminada se detuvo mirando de frente.

—Te noto raro, Iván.

El enfocó rápidamente la cara de Azucena.

—¿Raro?

—Sí. ¿Estás cansado?

Iván se estrujó la frente.

—No sabes cuánto. Estoy harto.

Ella verbalizó su preocupación sin intuir el estallido.

—¿De qué? ¿Pasa algo malo?

Iván dejó que su mente vomitara palabras por la garganta. —Estoy harto de todo.... Harto de ti.

Primero se mantuvo inmóvil, luego Azucena comenzó a temblar, se agarró al respaldo de la silla.

—Harto... —Iván se levantaba— Harto de tu inocencia, de tu estupidez de niña, de tu pelo rubio, de tus ojos azules, de tu cuerpo bien formado de las tonterías que dices, de que no te des ni cuenta de que todos están tratando de meterte mano, de tu llanto por cualquier estupidez, de que me saludes todos los días como si hubieras pasado años sin verme, de tu humanismo desbordado con gente que no vale nada. ¿Cómo puedes ser tan ingenua? Quiero que cometas un error, descubrir un desliz, incluso un sentimiento oscuro. ¿Por qué coño eres tan perfecta? Estoy harto de que seas la mujer ideal. ¿Era eso lo que querías saber? ¡No te soporto!

Azucena había caído en el sofá. Movi6 las manos como si fuera a mascullar una frase, pero se tapó la boca y rompió a llorar desconsoladamente. Su rostro se descompuso en un rojo violento y rugoso. Era el llanto de una niña bajo un sufrimiento incomprensible. Le faltaba el aire. Pero aun así tuvo fuerzas para hablar entre las lágrimas y los mocos.

—¿Qué daño te he hecho? —escondió la cara— ¿Qué hice mal?

Iván se sentó otra vez.

—Nada. Justamente eso, nada... Qué clase de vida es esta: trabajar para obtener vacaciones. ¿Para qué estoy trabajando? ¿Para que unos cuantos millonarios preserven sus memorias? Vivir en este apartamento bien arreglado, en esta ciudad tan limpia y contaminada. Conversar las mismas tonterías con la gente. Quizás Miguel tenía razón, aunque era un empecinado ortodoxo. De alguna forma u otra esta ciudad está llena de drogadictos, pero aún no lo saben. Infelices. Todo el mundo se acostumbra a esta vida. Yo podría vivir en el campo. Lejos, donde la naturaleza es más salvaje. Pero eso tampoco significaría nada. Tengo demasiadas cosas en la cabeza. Esta vida no es suficiente. Este planeta no es lo suficientemente variado. Las formas no son lo suficientemente desarrolladas. Ya nada que se considere una novedad me sorprende. Son recetas mezcladas entre sí, comida frita con grasa vieja. Todo es predecible. ¡Ah! Pero si pudieras ver lo que he visto aquí dentro... Lo he visto. No sé si existe... ¡Pero lo tengo aquí! —Iván se tocaba la sien.

Azucena acopió fuerzas para pensar.

—Es eso. ¡Estás mal! ¡Esa cosa te ha hecho daño! ¿Por qué empezó todo esto? ¿Para qué tuviste que tomar la lluvia ácida? ¿¡Por qué!?

Iván le levantó la barbilla con la mano.

—Porque quise. Escúchame. Nadie cambia. Se nace como se nace. Solo que a veces uno tarda en darse cuenta de quién es. Demasiados filtros. Yo siempre supe quién era. Lo único que no supe hasta ahora es comportarme como tal.

Azucena lo señaló temblando, con la boca abierta sin conseguir articular la frase.

—Tienes... La cara...

Violentamente, Iván se palpó en el rostro, casi golpeándose varias rugosidades. Giró el cuerpo bruscamente hacia

el espejo. Cerca de los ojos, en la frente, más abajo... Hematomas nacientes. El corazón le empezó a palpar más de prisa.

—Mierda... ¡Ya están desapareciendo! ¿Ves? Todo depende de uno mismo.

Azucena retrocedió aterrorizada, redondos sus ojos azules.

—Iván, en qué te has convertido... ¡Todo este tiempo debiste haber usado el impermeable! Necesitas ayuda. ¡Urgente!

Azucena se escabulló hacia la puerta del baño y en menos de un segundo la tiraba tras de sí. El aire inclinó la torre de fichas. Iván pestañeó y sintió que el tiempo se ralentizaba. La torre cayó sobre la mesa salpicando las fichas en todas las direcciones, y los números volaron hasta que las piezas del dominó quedaron inmóviles, desparramadas por toda la sala. Iván quedó de pie. Inevitable, por acumulación, el impulso creció en menos de un minuto hasta que fue una decisión. Quiso evitarlo. Era demasiado abrupto, pero sintió un impulso, y en estos casos solo importa qué, no cómo.

EL CADÁVER

Las maletas recién descargadas quedaban atrás en el apartamento. La sombra del túnel y sus luces naranjas. La carretera monótona. El reparto de bloques cuadrados. La jungla fantasma se extendía en el horizonte como el Sahara. El mar pasaba a toda velocidad. La entrada al terraplén no aparecía.

—Claro. Entonces era de noche.

El auto avanzaba con velocidad uniforme. Todo lucía distinto. Había oleaje. De pronto, el viento levantó el polvo que entró por la ventanilla hasta los ojos de Iván. Manejó a ciegas por unos instantes para quitarse la suciedad. Un golpe le hizo abrir los ojos. Estaba en la cuneta. Y el terraplén frente a él. Cuesta abajo, el auto se detuvo frente a la casa. De día, su aspecto era aún más deplorable. Casi no tenía pintura y las grietas de las paredes mostraban unas vigas oxidadas que le daban al conjunto un aspecto grotesco. Todo olía a salitre. El primer olor a salitre que los niños nunca olvidan. La puerta estaba cerrada. Iván hizo el ademán de golpear, pero se detuvo al recordar la ventana con la luna en el cuarto, al final del pasillo. Pensó que jamás habría hecho tal cosa, pero ahora eso ya podría considerarse una travesura. Intuición. Dio la vuelta por detrás. La ventana estaba abierta. Casi sin amenaza previa, empezó a lloviznar. De un salto Iván estaba dentro. La claridad del día le hizo notar las paredes tiznadas, como si algo hubiese ardido en la habitación. El objeto rojo

yacía en el suelo. Cesó la llovizna. Al final del pasillo se oyó un chasquido. Avanzó. En una de las paredes se leía “¡Hola!”, escrito en rojo. Más chasquidos, minúsculos aleteos provenientes de una puerta casi cerca de la sala. Entró. El sonido era un murmullo. Cada vez más cerca. Era una nevera parcialmente descongelada, con la puerta entreabierta. Iván extendió la mano lentamente. Por la hendidura alcanzó a ver algo rojo y redondo. Erupción. Una bandada de cucarachas rojas lo cegaron, haciéndolo retroceder. Las cucarachas desaparecieron por el pasillo. Iván tragó en seco y volvió a acercarse. Afuera comenzó a soplar un viento silencioso. La nevera lo aguardaba. Su gotera, era el único sonido audible. Iván volvió a extender la mano. Una ráfaga de viento abrió la puerta de par en par, mostrando la cabeza golpeada de un hombre barbudo. Iván gritó mientras sentía el vómito subir por la garganta. Apenas pudo huir del cuarto hacia la sala. El olor venía de la cocina. Portal decadente frente al mar. Dos olores: Mar y carne. El horno estaba abierto. Humo. Una silueta a través del humo. Cucarachas rojas volaban aisladamente de izquierda a derecha. Marina detrás del humo, frente al mar, de espaldas a Iván.

—No te acerques, o vas a ver algo que no te va a gustar...

Iván avanzó un paso. La voz de ella sonaba lejana.

—Estás advertido.

Iván titubeó, pero dio otro paso. El pelo de Marina ondeaba endemoniado en su cuerpo inmóvil. Otro paso. Su cabeza más cerca. Agilidad súbita en las piernas. Ella saltó la baranda de la cocina y rompió a correr hacia las rocas del mar, el pelo tapándole la cara. Iván corrió tras ella. A él le era difícil avanzar. La superficie de la costa estaba llena de piedras irregulares, arrecifes prominentes. Uno mayor que los demás atoró el zapato. En una fracción vio cómo el ho-

rizonte giraba ciento ochenta grados hasta que su mano derecha amortiguó el golpe de la cara. Un pestañazo. Marina desaparecía tras los arrecifes. Iván se mordió los labios. Lloviznaba otra vez. Arrastró el tobillo torcido. Las olas golpeaban cerca, salpicándolo. El salitre se le incrustaba en la piel. Escupió. Saltaba para no apoyar el pie herido. De pronto, el ruido de una ola rota en mil gotas saladas que se clavaron en sus ojos. Se apoyó para no caerse. Su mano derecha violentamente sacudió la visión. Un acantilado frente a él. Una cueva.

Dentro, huesos aislados por los alrededores. Un arco por donde se colaba el mar. Acostada en el borde, Marina sacó la cabeza del agua y cabeceó hasta que el pelo salpicó. Iván se acercó cojeando.

—Ahora me vas a explicar qué rayos es lo que está pasando.

Marina escupió el agua salada.

—No tengo que darte ninguna explicación. Nadie te mandó a venir.

Iván la señaló.

—Óyeme bien, Marina: hay una cabeza de un hombre en tu refrigerador.

Brillaron los ojos y los colmillos de Marina.

—Así que quieres saber. Está bien. Voy a empezar diciéndote que yo tuve muy buenos padres. Lamentablemente mamá tuvo que suicidarse y papá tuvo que encargarse de todo. De todo. Decía que yo era muy especial. Vivía obsesionado por cuidarme, protegerme, limpiarme. Sí, papá también era muy especial. Desde que yo era niña le gustaba limpiarme el culo... Con la lengua... —Iván abrió los ojos golpeado por un tic nervioso, un vuelco de las neuronas que revolvió el estómago— Chupármelo por minutos,

horas, hasta que quedara limpio. Me gustaba porque me hacía cosquillas. Papá no era un mal hombre. ¿Para qué negarlo? Fue un padre excelente... —Marina no lloraba— Poco a poco me volví una adolescente... Ya te imaginas... No, no puedes imaginarte... Lo que me pedía. Pero tampoco importan el resto de los detalles, quizás así estimule tu imaginación porque concretar punto por punto pudiera herir tu delicada sensibilidad... —mostraba los colmillos en una mueca grotesca— Pero que te quede bien claro: resumiendo, no hubiera tenido ningún problema en hacer el amor con mi padre... Cosa que no sucedió, al menos de la forma convencional, —sus ojos violetas lucían apagados— porque para eso hubiera tenido que amarlo como hombre. Pero él insistía mucho. Tú sabes que por aquí no vive nadie... —las pupilas perdían su forma— ...Unas cuantas veces fue una novedad y hasta divertido, pero después me cansé. No creas que no le advertí. Me perseguía. Tenía que esconderme. —su pelo azulado lucía alborotado— Hipócrita. Tan estricto, tan recto y refinado. Después opté por hacerlo fuera de la casa, en el mar, en las rocas, en cualquier parte, hasta en la jungla fantasma. Él siempre detrás, como un... Me harté. Llegó a irritarme de tal forma... Me cansé de esconderme... ¿Yo huyéndole? Se acabó. —los ojos ya sin pupilas— Míralo ahora. Unos huesos de mierda... —eran un océano violeta— Apestan, ¿verdad? No tiene importancia cómo lo hice. Pero después pensé que aquello no era suficiente. Era una solución demasiado normal, incluso para los dos. Por eso me comí el cadáver... —la piel mojada enfriaba su frágil delgadez— Al cabo era mi padre ¿Y sabes una cosa...? Nada sabe tan bien como un ser humano. Ahí terminó todo. No. Todavía no he decidido qué hacer con la cabeza.

Marina generó las palabras sin una tonalidad especial, sin enfatizar nada, dejando sencillamente que las sílabas cayeran con la cadencia de la llovizna. El ruido hueco de las olas bajo el techo de la cueva. Iván quedó sin habla por un minuto. Aquella cara impassible le había agotado la adrenalina. Sudaba por los escalofríos. El estómago contraído. Sentía como si todo el cuerpo le doliera. Un calambre le sacudió la cabeza. Entonces tuvo la certeza de que todo ese diluvio de palabras consecutivas le había hecho daño.

—Eres diabólica.

Marina lo miró seriamente, fijos sus ojos ovalados.

—No digas eso. El diablo sería un niño malcriado... Si existiera... —hizo una pausa antes de cambiar el tono— Pero aunque todo lo que dije fuera verdad, no puedes negar que te has calentado.

Iván la miró con desprecio mientras movía la cabeza.

—Esto es patológico...

Afuera había dejado de llover. Ella levantó la cabeza con una mueca divertida y perversa.

—¡Seguro! Deliciosamente enfermizo... Tienes una reacción muy interesante en tus ojos, una exquisita mezcla de repulsión y atracción. Tú amigo murió por repudiarlo todo con su despreciable fobia moralista. ¡Qué bien que esté muerto! La muerte... —movió el dedo señalándolo— Sé por qué niegas la clonación: la quieres solo para ti.

Iván trató de llevarse las manos a la cabeza.

—¿A dónde quieres llegar? ¿Estás jugando conmigo?

—También... De alguna forma. Porque todo es verdad aunque nada deje de ser mentira...

Iván negó con la cabeza intentando recuperar la serenidad. —Estamos en pleno siglo veintiuno, en plena civilización... ¡Esas cosas no pasan, ni se cuentan así con esa

naturalidad, como si comentaras que te comiste un helado! Sencillamente no te creo. Lo dices con una tranquilidad... No podrías ocultarlo por mucho tiempo. Además, te deja secuelas, te desequilibra.

Marina lanzó un hueso contra la pared.

—¿Te parezco equilibrada?

Avanzó hacia él.

—¿Crees que mi abuela estaba equilibrada cuando decidió darse candela?

Iván retrocedía.

—Pero yo no me voy a dar candela. No hace ninguna falta.

Marina sonreía amargamente. Anochecía. —Tú... — Iván balbuceaba ya fuera de la cueva— Estás muy enferma. Deberías ver a un especialista.

—¿Yo...? Te decepciono ¿Verdad? Esperabas cualquier historia rara en mí, pero no esto. Es demasiado para ti. No puedes con esto ¿verdad? Te han hecho mal esas vacaciones. Ahora soy una abominación. Aunque eso ya lo intuías, pero no hasta este punto. ¡Te he hecho perder el control! Pobre Iván... No sabes nada todavía...

Iván la empujó lejos de sí.

—No quiero saber nada más de ti.

Marina torció la boca ingenuamente.

—¿Ya no te parezco interesante?

Iván descompuso su rostro.

—¡Cállate!

Y corrió hacia el carro arrastrando el pie. Entró. Lo cerró de un portazo. Giró la llave. Marcha atrás, vuelta en U. Entonces aceleró hasta que Marina, la casa, el mar desaparecían en el rectángulo del retrovisor, bajo la noche cada vez más cerrada que cubría la jungla fantasma.

UNA SEMANA DESPUÉS

El televisor encendió la imagen del noticiero: “El proyecto de esta flamante planta en el Polo Norte ya no es un sueño: acaba de ser inaugurado en la mañana de hoy. Los mandatarios de treinta y tres países asistieron al acto inaugural. Este es el verdadero futuro, ciudadanos. La muerte del petróleo y el uranio. Las dos plantas polares. La primera en el Polo Sur y la segunda en el Polo Norte, bastan para abastecer de energía a todo el planeta. Ya que en el Polo Norte no hay tierra firme, el equipo integrante de este proyecto trabajó arduamente por un año para lograr construir la planta submarina y todos los sistemas de seguridad pertinentes”.

—No muy lejos de ahí se hundió el *Titanic*... —opinó Iván con indiferencia.

Azucena no escuchó. Sus dedos bien formados acariciaban la foto de niña con su padre en el muelle. Se preguntó hasta qué punto es favorable el don permanente de la alegría.

—Aquel día vi un montón de mariposas, bellas, de varios colores, todas juntas, una capa enorme, preciosa, sobre la hierba. Cuando me acerqué salieron volando, descubriendo el cadáver de un potro gris...

Azucena dejó de hablar y se preguntó a sí misma cuál era el objetivo de narrar esa anécdota. Iván miraba al techo recostado en el sofá.

—Me gusta. No sé qué significa, pero me gusta —Azucena dejó caer la foto y vomitó.

El timbre del teléfono. Iván lo descolgó con cierta anticipación. La voz sonaba lejana.

—No te sorprendes, ¿verdad?

—No.

—A que no puedes dormir...

—No.

—A que te estás reventando por dentro...

—Sí.

—A que darías la vida por...

—¿Qué?

—No sé. Tú sabrás —contestó Marina y colgó, simultáneamente con la última arqueada de Azucena.

Iván la miró turbado por unos segundos.

—¿Qué te pasa?

Azucena lo encaró con sus ojos azules acuosos.

—No, Iván, ¿qué te pasa a ti? Ni te molestas en socorrerme... Te pones a hablar tranquilamente por teléfono como si no pasara nada. Iván no contestó y siguió de pie junto al teléfono. El ruido de la ciudad entrando por la ventana. Bajo, lejano, pero constante. El olor a ciudad. Iván se dejó caer en el sofá, llevándose las manos a la cabeza. Con su impermeable blanco, Azucena cerraba la puerta de la calle cortando tras de sí el eco de sus palabras. —Voy a ver a un médico.

UNA HORA DESPUÉS

Iván abrió la puerta y escuchó la voz quebrada. —Muérmeme, hazme sangre, defórmame, destrúyeme si te place... —Marina mostraba su más encantadora y escalofriante sonrisa. Despeinada, probablemente más delgada. Iván retrocedió un paso. Ella se divertía.

—Esto sí no te lo esperabas. Mira como tiemblas, casi te meas como un niño. Claro. He invadido tu privacidad.

A Iván le alcanzaron ánimos para ironizar su amargura.

—Te equivocas... Hace mucho tiempo que estás en esta sala. —Marina abrió la boca por un segundo hasta que brillaron sus ojos violetas.

—¡Claro! Buen acertijo. El casete. Quiero verlo.

Se reflejaban en su iris brillante las manos de Iván que tomaban la cinta y la introducían en el obsoleto VCR. Play. —Espera. Rebobínalo hasta el principio. Iván negó con la cabeza.

—¿Para qué? Si no hay nada al principio. —Ella no tardó en contestar.

—Claro. Si lo borraste. ¿Y si no? Me muero de curiosidad...

—Por gusto. Lo que había antes no tenía nada que ver contigo. Ella arqueó la ceja izquierda levemente.

—¿Estás seguro?

Iván la miró perturbado hasta que finalmente apretó play. El resto transcurrió en silencio. Ambos contemplaban la pantalla de pie sin decir palabra. La ventana abierta. El viento acercaba lo inevitable. Iván se tapó los oídos ante la llegada de la música. Marina congeló la imagen. Iván le preguntó:

—¿También tú oyes lo que yo estoy oyendo?

Los ojos violetas de Marina congelados en la pantalla.

—Estoy escuchando la imagen.

Ella inmóvil.

—¿Qué escuchas?

Marina no contesta. Bullen sus ojos ovalados.

—Déjate de misterios. Sé que es una imagen interesante, pero no seas narcisista.

Una lágrima oscura escapa de los ojos violetas.

—Yo no soy una imagen —ella tembló de furia—, soy real. Infeliz... ¡Soy más real que todo este mundo de mierda!

Casi antes de terminar la frase, agarró el búcaro del comedor y lo incrustó en el tubo de pantalla que pronto fue una erupción de chispas. Sin dar tiempo, las uñas de Marina surcaron el aire como garras en dirección al televisor, empujándolo por un extremo hasta lanzarlo al suelo donde terminó la agonía del aparato electrónico. La sorpresa no evitó que Iván le diera un violento manotazo en la cara. La cabeza de ella giró noventa grados mientras el pelo ondeaba impreciso y agresivo cubriéndole parte del rostro. De la comisura de su labio nació una gota de sangre. Iván no se movió. Ella cabeceó, quitándose el pelo de la cara y avanzó hacia él.

—Sabes que tenía que pasar...

Marina le pegó una bofetada que lo hizo retroceder unos pasos. Una sonrisa cruel.

—Te sorprende mi fuerza...

Y le lanzó otro golpe hacia la boca. Iván cayó sobre la mesa de madera cuyas patas no aguantaron. La foto del mar fue escachada por el zapato de Marina, una y otra vez, en mil pedazos de vidrio, mientras el papel se estrujaba y retorció hasta romperse. Un hilo de sangre por la boca de Iván. Marina cayó sobre él y lo besó mordiéndole los labios, lamiendo la sangre, como un animal. Iván la golpeó en la boca. Oscuras, gotas de saliva y sangre golpearon la pared. Marina sonrió levemente, sacando los colmillos llenos de sangre. Otra sonrisa cortante como el brillo fugaz de sus uñas. Él pestañeó de terror. Ella le clavó las garras atravesando la tela y le desgarró todo el pecho hasta el estómago. Iván gritó de dolor y rabia. Las uñas de ella se enterraban en su estómago. La golpeó en la nariz. Ella perdió el equilibrio. Él le dio una patada violenta en las costillas. Marina gimió ahogadamente y trató de incorporarse. Agarrándole el pelo con la mano izquierda, Iván le pegó entre los pulmones. Ella cayó al piso destrozada y tosiendo con la respiración entrecortada. Nariz y boca tintas en sangre oscura. Intentó asirse a la pata del sofá, pero Iván se lo impidió: le levantó la cabeza con ambas manos y la besó con avidez obsesiva. Ella acopió fuerzas para corresponder el beso. Lo que sucedió después fue desagradable, perverso, cruel. Mecanismo autodestructivo. Cada instante de recuperación era utilizado para infringirse daño uno al otro, hasta que, extenuados y heridos, ambos cuerpos cesaron de moverse entre la sangre, el sudor y la destrucción del apartamento, reflejado en el cristal de una foto por donde miraba una Azucena de papel.

DOS HORAS DESPUÉS

Iván abrió los ojos. A su lado, retorcida en sí misma con sangre en su boca abierta, Marina miraba hacia el techo fijamente. Iván cerró los ojos. Los párpados se abrieron, pegados por el sudor, fritos por un calor terrible en la cabeza. Fiebre. Cuando volvió a abrirlos, Marina ya no estaba. Iván notó algo entre sus dedos. Miró. La foto de Azucena en el piso rota en mil pedazos, machacada, estrujada, abollado el marco metálico. Volaron algunos fragmentos de papel por la ventana entreabierta, la cara sonriente de Azucena rasgada en dos. La sala destruida. Cortinas rasgadas, persianas blindadas torcidas, la tela de los muebles rota, macetas destrozadas, plantas verdes arrancadas, ya muertas, excrementos en el suelo, orine en el sofá. El ardor del pecho le recordó las heridas. Gotas de alcohol lo hicieron contraerse frente al espejo del cuarto. Se miró la cara amoratada. Entonces vio la nota arrugada pegada en el espejo:

NADIE SABE LO QUE TIENE
HASTA QUE LO PIERDE...

—Serénate, vamos, cálmate. Intenta pensar. ¿Qué has hecho? ¿Qué vas a hacer ahora, Iván?

Intentó curarse lo mejor que pudo. Afuera lloviznaba. Se echó encima el impermeable azul y salió a la calle. Azucena regresaba al edificio. Al verlo abrió los ojos.

—¿Pero, qué te pasó?

—Ahora te explico...

—Tengo que decirte algo importante. Vamos para la casa... —¡No! Mejor al parque... Ahí yo te explico también...

Sin mencionar la llovizna, el parque de las estructuras afiladas estaba desierto. El impermeable blanco con la capucha le iba muy bien a Azucena. La pareja ya estaba sentada en un banco. Pasaron minutos antes de que ella decidiera hablar.

—Iván... Me duele en el alma que nuestra relación se haya deteriorado hasta este punto y quiero decirte que te sigo queriendo más que a nada en el mundo... —era posible percibir lágrimas a través de las gotas que corrían por la capucha transparente — pero no quiero obligarte a nada. Si ya no me quieres, esa es tu decisión y yo no puedo hacer nada... Solo quería decirte que... Me acabo de hacer la prueba. Estoy embarazada. —Iván abrió lentamente los ojos— Y estoy decidida a criar a mi hija sola. No quiero que crezca en este...

La expresión de Iván cambiaba. El primer día que la conoció en la fiesta, juntos, íntimos, inseparables, la pareja perfecta, ella siempre dispuesta a ayudar con su sonrisa tierna, gentil. Iván casi sonreía. Quiso hablar.

—¿Vamos a tener una niña?

Azucena asintió tímidamente por debajo de la capucha. Iván le tomó la mano.

—Yo... No sé qué me pasa. Me he equivocado. Perdóname... Las cosas que te dije. Perdóname... Pero creo que es demasiado tarde.

La lágrima de Iván se perdió en las gotas de lluvia que corrían por su rostro. La blanca dentadura de Azucena brilló a través del impermeable.

—Iván, no sé qué es lo que tienes. Pero estoy segura de que te puedes curar y entonces todo será como antes. Tenemos que ver a especialistas para diagnosticarte... ¡Qué bien que te hayas puesto el impermeable!

La llovizna se convirtió en lluvia.

— Mejor vamos para la casa.

Iván la retuvo.

—Azu, han pasado cosas terribles... Alguien entró a la casa... El apartamento está destruido...

Azucena casi no lo escuchaba.

—¿Y eso qué importa?... Tú estás vivo.

Iván se levantó, mirándola con una sonrisa agradecida. Llovía más fuerte. La tomó de las manos.

—Vámonos para la casa...

No habían terminado de dar el primer paso cuando varias manos envueltas en impermeables los retuvieron inmovilizándolos. Eran tres hombres con impermeables amarillos fosforescentes. El del centro habló.

—Pero qué fácil me lo has puesto Iván Kovelt. Eres el único imbécil que viene por este parque.

Iván lo miraba confundido. La voz bajo la capucha era ligera y desagradablemente familiar.

—Pero no me digas, ni siquiera te acuerdas. Me haces una mierda y ahora no te acuerdas. Es verdad que ahora ya no vale tanto, pero el paquete de musgo en polvo que tiraste por el inodoro de la Macromax era experimental, era nuevo y sí que valía con cojones... Y me costó un ojo de la cara refinarlo...

A Iván le subió un escalofrío. Miró por un segundo a Azucena.

—La mierda se paga. Y además, esa noche te salvaste porque a mí se me había pasado la mano conmigo mismo.

Estaba más colocado que nunca. Y ahora tú dirás que eso pasó hace mucho tiempo. Ahora mis jefes y yo tenemos negocios más rentables en la Macromax. Y no hay problema, porque a cualquiera lo puede coger la lluvia y aparecer tirado por ahí, o mejor dicho: casi siempre desaparecer. Pero el caso es que últimamente he estado muy aburrido con todo esto de las pastillas y las películas virtuales, quería un poco de acción para entretenerme, entonces me fumé unos cuantos musgos y me acordé, aunque allí a casi nadie se le ha olvidado.

Diciendo esto le arrancó la capucha sintética. Pasaron unos segundos. La lluvia mojaba la cabeza de Iván.

—No esperarás que te crea eso de la venganza al cabo de tanto tiempo. ¿Qué es lo que quieres? ¿Te mandó alguien?

La voz de Osvaldo sonó decepcionada.

—Entonces era verdad. Este hijoeputa es inmune a la lluvia ácida.

Iván se burló desganadamente.

—Deberías confiar más en los medios de comunicación... ¿Y ahora qué vas a hacer?

—Algo que te va a doler mucho. —Iván lo miró con indiferencia. —¿Me vas a torturar?

Osvaldo se demoró en contestar. —Sí, para toda la vida.

Iván lo desafió:

—Parece que ya soy capaz de aguantar cualquier tortura.

Osvaldo sonrió.

—Nadie sabe lo que tiene hasta que...

Cuando dijo la última palabra, ya había agarrado la capucha de Azucena. Llovía fuerte. Iván abrió los ojos. Azucena temblaba. Los dedos de Osvaldo apretaron el material sintético, su mano arrancó de un tirón la capucha junto con el impermeable. El ruido del material sintético rompiéndose.

La hermosa cabellera de Azucena brilló por un segundo, sus ojos asustados, el grito de terror. Alcanzó a dar un paso en dirección a Iván, pero las piernas no la sostuvieron, y en menos de diez segundos su cuerpo era una mancha pastosa y humeante, bajo la lluvia que golpeaba la hierba del parque, por donde volaban los restos blancos del impermeable.

Iván no había conseguido gritar. No lloraba. Tampoco intentó zafarse. Miraba fijamente la mancha ya líquida. A primera vista parecía la mirada de un niño. La lluvia se colaba por su boca semi abierta. Osvaldo se rascó la cabeza.

—Qué desperdicio. No la desnudé como es debido. La verdad es que me hubiera gustado hacerle algo antes. Un buen *Snuff*, cochino y sabroso. Y entre otras cosas clonar nada más que su cuerpo para templármela de vez en cuando... Pero ahí ya no queda ADN ni un carajo...

Le hizo una señal a sus secuaces mientras le apuntaba a Iván. —Suéltelo ya y váyanse. Por la noche espérenme donde saben.

Iván cayó de rodillas y extendió la mano para tocar el líquido. El pelo amarillo sucio terminaba de disolverse. Las figuras lejanas de los secuaces ya desaparecían detrás del cañón de la pistola. Iván sintió el ácido corriendo junto con la sangre por sus venas. No tuvo necesidad de comprobarlo. Lentamente fueron apareciendo manchas azules en su cara. Osvaldo peló los dientes.

—¡Ajá! Yo lo sabía. Todo era tremenda mentira. Bastante aguantaste. Yo siempre lo dije: ¿para qué gastar balas?

Las manchas se volvían rugosidades. Iván hincó una rodilla. Las rugosidades se volvían hematomas iridiscentes en la cara roja y arrugada. Desaparecieron los dientes tras la capucha de Osvaldo. Un relámpago bastó para que la mano

derecha de Iván se lanzara, arrancando un pedazo del guante que sostenía la pistola. La primera gota de lluvia atravesó la mano de Osvaldo en menos de un segundo, antes de comenzar a descomponerse. La pistola cayó en la hierba, simultáneamente con el grito de su dueño y el ruido del trueno. Osvaldo escondió el muñón bajo el impermeable mientras rompía a correr hacia la salida del parque. Iván cerró el puño y fue tras él. Los pies chapoteaban en los charcos multicolores. Tuvo la certeza de que se le abría la herida del pecho a cada paso. No le dolía. Correr le era fácil. Las estructuras pasaban más abstractas y afiladas que nunca. Sentía como si el cansancio no llegara jamás. Cada latido del corazón bombeaba algo desconocido. Osvaldo salía del parque hacia la calle llena de tráfico. Los impermeables no se habían concebido especialmente para correr. A duras penas pudo cruzar entre los autos. Iván lo alcanzaba. No le importaban el tráfico. No veía las luces. No oía las sirenas. Una camioneta lo golpeó en el costado. Cayó al suelo, dio una vuelta y siguió corriendo. Algunos autos se detenían. La gente miraba detrás de los cristales al único hombre que corría bajo la lluvia con la cabeza descubierta y llena de ronchas.

Osvaldo dobló por la esquina que daba a un centro comercial. Iván alcanzó la esquina. Abrió los ojos. Tuvo que detenerse. Frente a él, por todos los niveles del centro, una multitud de impermeables fluorescentes caminando con la prisa que ya era habitual. Iván se mordió los labios. El centro comercial tenía cuatro entradas. De la mano de su madre y sin detenerse, la niña del gatico señaló asustada hacia el lado oeste.

—Yo lo vi... Al hombre amarillo con el brazo herido... Se fue por allá.

Iván agradeció mentalmente.

Más adelante paraba un ómnibus reflejado en la capucha fluorescente de Osvaldo. Era su salvación. Cubriéndose el guante roto con la otra mano, apretó el paso. El ómnibus se llenaba bajo la parada sintética con rumbo de vuelta al centro de la ciudad. Osvaldo iba a escaparse. Iván comprendió que no podría alcanzarlo. Sin dejar de correr arrancó los botones y el zipper de su impermeable. En unos segundos su ropa se deshacía sobre la piel. Extendiendo su mano sana, Osvaldo saltó hacia la entrada trasera que ya empezaba a moverse. Una muchacha trigueña de ojos verdes que estaba cerca de la puerta y también luchando por espacio, lo empujó lanzándolo sobre el asfalto. Osvaldo se incorporó inmediatamente y volvió a correr mientras el ómnibus desaparecía a sus espaldas. El perseguido torció a la izquierda por un callejón. Montones de basura mal tapada. Comenzaba a cambiar el paraje. La niebla invadía el suelo. Algunas plantas deformes pasaban a los lados. Se acercaban al límite de la ciudad con la jungla fantasma. La zona de desperdicios. Los pies descalzos de Iván se asían al suelo como las patas de un tigre. Llovía más fuerte. Le ganaba distancia. Lo tenía delante. Un salto. Cayó sobre él y luego ambos al piso. Osvaldo intentó arrastrarse con su mano sana. El brazo de Iván se lanzó hacia el guante y lo arrancó de cuajo. Primero los dedos y luego la mano de Osvaldo se deshicieron en un grito de dolor. Iván lo volteó para forzar contacto visual. Su cara ya no merecía definición. Era una máscara monstruosa de ronchas y hematomas como las que empezaban a nacer en el resto del cuerpo arañado y sangriento. El caído transpiraba terror a través de su capucha fluorescente cuando escuchó la desgarrada voz de Iván.

—No me pidas perdón, no me digas que si hago esto me convierto en lo mismo que tú... Es una lástima que esto no te vaya a doler para toda la vida.

Su mano derecha surcó el aire en menos de un segundo y se clavó en la manga fluorescente. La arrancó. El brazo de Osvaldo se deshizo en un grito que pronto volvía a nacer sobre sí mismo cuando Iván lo despojaba de sus botas. Osvaldo alcanzó a levantar la cabeza. Sus pies se derretían y luego las piernas. Era el cuerpo agonizante de un inválido, mutilado, que se retorció como una serpiente. La voz de Iván se escuchó sorda.

—Pero no te preocupes: DNA21 no va a poder clonarte aunque le pagues...

Estiró la mano hacia la capucha y la rompió. El pelirrojo alcanzó a emitir un último gemido antes de que las gotas mortíferas hicieran agujeros por sus ojos, su boca, toda su cara hasta quedar solo el pelo rojo y después nada encima de sus hombros excepto una masa pastosa y luego un líquido sucio. Iván alzó el cuerpo sin cabeza ni extremidades y lo lanzó en un gran charco iridiscente salpicando en todas las direcciones. Antes de que se calmara el agua, lo único que flotaba eran los restos del impermeable amarillo. Entonces, las ondas del charco se estabilizaron mostrando el reflejo azulado y monstruoso de Iván. Apenas podía ver sus propios ojos.

—¡Mierda!— miró al cielo nublado— ¡Tú no me vas a ganar! —Bajo la lluvia apenas se notaban las lágrimas.

LA PÉRDIDA

Llovía torrencialmente esta tarde cuando se reportaron visiones de un individuo que portaba un impermeable azul y corría con la cabeza descubierta bajo la lluvia. Algunos testigos deducen que el individuo debe ser Iván Kolvelt, ex niño prodigio y quien concibiera el principio que hoy día hace funcionar las plantas polares. El candidato a doctor Iván Kovelt, de treinta y tres años, ha experimentado con su propio cuerpo la facultad de ser inmune contra la lluvia ácida. Nos llenamos de extrañeza al preguntarnos: ¿qué hacía Iván Kovelt corriendo bajo la lluvia por las calles? Sin embargo, más tarde comprendimos que no parece posible, pues el individuo reportado presentaba tumoraciones por todo el rostro. ¿Existen entonces dos personas con la misma facultad?

Sin dejar de mirar las noticias, Heber le comentó a su tía:

—Llevo tres días llamando a Iván y no sale nadie al teléfono... Hasta fui por su casa y nada. A lo mejor salieron pero ¿a dónde? ¿Y por qué sin avisar?

Regresé al apartamento. Yo y el apartamento. Ambos destruidos. Me quedé de pie unos minutos antes de recoger una silla y sentarme en la mesa. Físicamente me sentía bien. Para

qué negarlo. Mejor que nunca. Todavía el porta retratos estaba roto en el suelo. Fue peor la ausencia de la foto, sustituida por el eco de su risa lejana. Las plantas asesinadas secándose cada día... La primera lágrima hizo un hueco en la mesa de madera. Rompí a llorar como un niño. La mesa terminó hecha pedazos. Lloré tendido en el piso, lloré... Era el contacto más terrible con la muerte. Repetí: Azucena, Azucena, Azu... Era increíble, un adjetivo que no existe. Homero hubiera dicho que su alma partió hacia el Hades lamentando la juventud perdida. Pero Homero quizás tampoco existió. Añadir la generosidad, la sinceridad y hasta la ingenuidad perdidas. Nadie podría imaginarla muerta después de verla viva. Hay personas que uno no puede imaginar muertas. Es algo que escapa a nuestra comprensión.

LA ESPERANZA

Le llegó al tocarse la herida, al sentir la sangre. Le dio un vuelco a la cabeza.

—¡El análisis de sangre! ¡La prueba de embarazo!

Corrió al hospital. Pidió buscar en los archivos. Últimas muestras registradas. Quintero Leizwyck, Azucena. Todavía estaba.

—¿Pero para qué quiere usted la muestra?

—Preferiría no decirlo. Es importante. Un asunto personal. —El enfermero hizo una mueca.

—Ah... Usted es Iván Kovelt.

Poco después corría de regreso apretando el frasco sellado.

Daisel descolgó el teléfono.

—Ah, ¿cómo andas tú? ¿...Accidente? ¿Es verdad eso? Lo siento mucho... No, mira, eso es algo delicado. Lo más que puedo hacer es recomendarte que hagas la solicitud tú mismo.

Marcó la oficina del representante de DNA21.

—Ah, sí, me acuerdo de usted: el que niega la libre clonación de fallecidos. ¿En qué puedo ayudarle? Me da mucha pena, pero mire... Ella era mayor de veinte años. Eso es algo prohibido. Usted mismo hablaba en contra de este tipo de

cosas. Y lo basaba en un sentido ético. Además ¿acaso están registradas sus memorias en el banco?

Iván organizó sus pensamientos.

—No. Eso... Ya lo pensé. Sería como una recién nacida de veinticinco años. Pero yo me comprometo... Voy a enseñarle todo de nuevo, le voy a decir quién era, cómo era.

—Espere, por favor, ¿usted se da cuenta de lo que está pidiendo? —Iván explotó del otro lado del teléfono.

—¡Claro que me doy cuenta, hijo de puta! ¡Usted es el que no se da cuenta! ¡Usted no puede imaginarse cómo era! Yo trabajo en el banco de información cerebral, ¡soy el jefe de la red informática! Todo el mundo sabe que hasta el presidente clonó a su hermana de cincuenta años, todo el mundo sabe que fue un infarto, y no dudo que el presidente quiera mucho a su hermana, ¡pero yo también quería a Azucena! Y ella trabajó para ustedes, ella se desgastó ayudándolos, es la menor consideración que pueden tener con ella... ¿Qué? ¡Sí, claro que estoy alterando el orden, cínico de mierda! ¡Estoy desesperado! Ah, ¿sí? Pues llame a toda la policía del mundo que yo... ¿Oiga? ¡Oiga!

ENTIERRO

Hoy sonó el teléfono... Lo dejé sonar. Al rato de callarse pensaba que había sonado ayer, o antes. Incluso pensé que lo había descolgado y conversado por horas. No he olvidado nada. Solo noto que se altera el orden de los recuerdos. Pero la muerte de ella está diariamente aquí, como su sangre en el refrigerador. A veces pienso que todo está escrito... Y de una forma bastante injusta. Sí. La muerte llega así como una palabra equivocada. Palabras me dan vueltas. Siento que pierdo la noción de... el orden lógico de las palabras, flotando. Desaparecidos verbos, cruzados frases perdidas...

Solo sentiDAs, reiteradas sensaciones.

AMArGA amargas antes no

Insignificante mundo aparente

Físico destEllo rAzón ESTilizAda

Círculo lejos sensible pureza

Voz blanca hola dientes

Como amarillo pelo

Hola parecía ondear

Cuando consciente belleza

Rastros sueño mientras curva siempre sonrisa

Expectativa constante mañana

Hola Hola Hola Palabras

Madrugadora ingenuidad seca

Desayuno compartido

Naranja media olor sábana

Aliento perfume since ridad

Azules hablados ojos atención

SiemPrE interepRetadOs

TemOr buRlA CírcULO inSensible

Silencios laMENTABLES

DIstancia otros fasciNACIón ruDA

Apretado azul curvo simple

Aparente incompetencia

Lejos falsa comprensión

Líquido ardiente calor piel

Solidez locura suavidad volátil

Inaudible voz fuerza pensamiento

Adivinando lecturas

Descendencia Redondez Boca Ojos Flor Sangre Cómplice

Arrepentimiento

significados cruZados

Fiebre Última mirada

Cama repetida

PERdida

Nadie

Amor.

—El mar... No le temo tanto a las olas como al horizonte azul, en calma e infinito.

LA PESADILLA DE REMY

Podría decirse que estrenaban su nueva casa, su nuevo penthouse, esa noche. La cama era amplia, de goma. Espejos. Inevitable luz roja pasaba por toda la habitación como un faro. Imitaciones de tapices y alfombras persas, árabes. Velas. Cigarros de musgo en las mesas de noche. Adriana jugaba con la sábana danzando pasos de ballet. Remy la esperaba en la cama.

—Baila antes de entrar en nuestro nido de amor. ¿Quieres que yo, el actor número uno te la meta colocado?

—Yo, la actriz número, uno quiero que me la metas colocado. Los cigarros esperaban en la mesa de noche.

Adriana saltó a la cama desnuda y cayó junto a Remy.

—Putica, putica, farandulera...

Adriana agarró el cigarro cuidadosamente y dijo, con tono afectado:

—Mi vida, ¿tienes fuego?

—En las velas.

—Pero no quiero levantarme. ¿Tienes fuego aquí cerca?

La puerta del cuarto estaba cerrada y vislumbró la sombra de unas botas. En un instante voló la cerradura electrónica y después la puerta, cayendo estruendosamente sobre la alfombra. Iván sostenía un lanzallamas con ambos brazos. La chispa del cañón parpadeaba amenazante.

—¿Quieres fuego?

Remy abrió los ojos fascinado.

—Cojones, tremendo hierro —alcanzó a decir antes de que él, Adriana y la cama volaran por la ventana convertidos en haces de llamas que cayeron desde el piso doscientos cuarenta y siete hasta estrellarse en su convertible de carreras, que explotó.

—¡Pinga!

Remy abrió los ojos sobresaltados incorporándose bruscamente sobre la cama. Adriana protestó soñolienta.

—¡Pinga! ¡Otra vez! El musgo te ha jodido el cerebro... A veces me pregunto por qué hemos durado tanto tiempo juntos.

Remy volteó la cabeza lentamente mientras trataba de calmarse. —Porque nos hemos cansado de pegarnos tarros uno al otro. —Adriana se hacía un cigarro.

—Sí... Con cualquiera. A veces por queso a veces por gusto. A mí me gustan las mujeres. Pero a ti creo que no te gustan los hombres, ¿o ahora sí?

Remy hizo como que no oyó. Adriana se cansó de buscar una fosforera.

—¿Tienes fuego?

TERCER PASO

—Entiendo que todo esto te haya afectado mucho. Pero no puedes pasarte cinco días encerrado... Te noto pálido, enfermo. Tienes... Me pareció verte como unas manchas en la cara.

Iván dejaba la cabeza baja flotando, caída, sin dejar de mirar a Heber.

—La querías, ¿verdad?

Heber casi no titubeó

—Sí... Claro.

—No... —Iván levantó la cabeza— Por favor, no digas mentiras si no sabes cómo... Tú la querías de verdad, más que a nada en el mundo... Mira las chimeneas, las nubes violetas, la neblina de la jungla fantasma, la lluvia transparente, la gente... Todos están podridos. Y nunca dijiste nada. Claro. Tú no tienes la culpa. Incluso has trabajado para el ejército. ¿Culparte por eso? No hay nada que hacer. Nada. Ya no existe.

Heber lloraba su represión acumulada.

—La policía... Reporta el caso a la policía. —Iván negó con la cabeza.

—¿Para qué? No hay pruebas de nada... Es el crimen perfecto. Heber, no quiero hablar, no me hagas hacerlo... No quisiera tener que hablar más en toda mi... —alzó la vista— Pero yo tengo muy claro lo que voy a hacer con mi vida.

La Macromax. Iván recordó la carpeta de Miguel. Abrió una página del guion al azar. Una anotación:

—Sospecho que Iván no es lo que parece...

Allí estaban los planos interiores y exteriores de la Macromax, las puertas, los cierres digitales, las entradas, los baños, la cabina del Disc-jokey...

—Django, después de todo... Para algo vas a servir.

Horas frente a la computadora. Macromax en Internet. Los sistemas de seguridad, el techo de vidrio. Sobrecarga de información. Pero los datos eran asimilados vorazmente. Tres entradas principales y una de emergencia, sobre ella y sobre toda la pista sobresalía, a doce metros de altura, la macro cabina del disc-jockey, conectada a la salida de emergencia.

—Cincuenta mil personas... Son demasiadas —a sus espaldas el noticiero anunciaba lluvia. El plano superior se reflejaba en los ojos de Iván— ¡Claro! El techo de vidrio... Simple —el punto más cercano al techo era la cabina del Disc-jokey.

EL REPARTO INFERNAL

Bloques cuadrados y tras ellos los nubarrones violetas, era el paraje que se veía desde la mansión de Django.

—No iba a irme de aquí. Ya tú sabes, en ciudad de ciegos el tuerto es rey, y con esta mansión, asere, soy el *king* de todo esto.

Iván se esforzaba por sonreír.

—Oye, compadre, verdad que la Macromax está impresionante... —Django mostró sus dientes amarillos.

—Y yo soy el *king*. Domino toda la pista. Tienen que moverse como yo les diga, porque yo soy el que manda, yo tengo los controles. ¿Tú sabes lo que es eso, tener a toda esta gente aquí? —Django le mostraba la palma de la mano. Aprieto un botón y se ponen a saltar. Aprieto otro y empiezan a tocarse. Con otro les cambio el ritmo para que fumen... Puedo hacer cosas sutiles, puedo hacer que las uñas de sus manos brillen en el aire, los puedo volver azules, rojos, amarillos, blancos, reventados, que ni se vean, y a veces para divertirnos puedo dejarlo todo negro. Que la mitad huela a rosas y la otra mitad apeste a pescado, una cuarta parte a chocolate. Soy el rey, asere... Tienen que aceptarme. Desde allá arriba son hormigas.

Iván había abierto los ojos pero su mirada estaba perdida en otra parte.

—Quisiera verlo. Sentirlo desde allá.

Django le dio un codazo.

—¿Verdad? Pues entérate de que ahí no puede subir nadie más que yo, o a quien yo autorice... El trono no se puede compartir.

Django se volteó la gorra hacia atrás.

—Mira, puedo hacer una excepción. Vaya, después de todo fuimos a la escuela juntos de chama pero fíjate, no puedes asomarte mucho, la gente no puede ver que haya otro más en la cabina. ¡Fíjate en la oportunidad que te estoy dando! Eso no se da to' los días... El domingo te voy a llevar el último domingo de este año. Fiesta de navidad, asere. Él personal de Romeo y Julieta va a hacer una presentación especial. Van a ir tipos importantes. Eso va a ser candela. Vaya, nada, te voy a enseñar lo que es ser el rey.

Iván dio un golpe involuntario sobre la mesa.

—Heber, hace rato quería preguntarte: ¿cómo es eso que me contaste de un nuevo modelo de lanzallamas?

Iván quiso sonreír ante la ingenuidad de su amigo.

—¡Ah! Sí, verdad... Nada, es un modelo pequeño casi como una pistola, no es de metal, es sintético, muy fácil de manejar, con la llama azulada. Los están utilizando para limpiar las inmediaciones de la jungla fantasma, que la maldita quiere seguir extendiéndose como el Sahara.

Iván miró por la ventana distraído.

—Debe ser un arma potente...

—¡No, no...! Es decir, sí, es potente. Si le apuntas a algo lo calcinas en un segundo, pero no es un arma. Es un instrumento de trabajo. —A Iván le brillaron los ojos.

—Sin duda.

El noticiero anunció un suceso irrelevante en la sección de curiosidades:

Ha desaparecido un lanzallamas sintético último modelo. El hecho se reportó cuando una vez terminada la fase experimental, el lote se trasladaba a los almacenes. Los trabajadores opinan que probablemente el culpable haya sido algún vago-bundo...

Iván caminaba en círculos bajo la luz de la luna.

—No es suficiente. Una ametralladora que no sea de metal... Balas concentradas. Cerámica.

Con su nuevo impermeable se adentró en la jungla fantasma. La losa bajo el piso de la vieja casa de sus padres biológicos aún estaba ahí, intacta. Palanca. Sótano. Caja de Herramientas. Una vez de vuelta, el apartamento ya era un laboratorio. Disfrutaba explotar sus conocimientos. El grosor de los cristales. Manufacturadas y sin duda eficaces, las balas concentradas al máximo. Luego encubiertas. Aun así, el detector de metales podría ser moderno.

La cámara de Miguel fue abierta. Modelo antiguo. Gigante. Ideal. Seguramente Django se burlaría. El espacio era suficiente y justo. Cables soldados y ajustados al disparador. Sirvieron las clases de electrónica. Obsesión para que los tornillos no parecieran manipulados, y las juntas perfectamente selladas. Nadie sospecharía de un trabajo tan artesanal hoy día. Cañón centrado perfectamente tras el objetivo del, ya a partir de entonces, lente asesino.

El observatorio meteorológico pronosticó fuertes lluvias para el domingo. La ciudad se veía gris con sus edificios, casas, autos, gente, empresas, chimeneas, y la jungla fantasma, todo bajo el gran manto violeta que era el cielo.

Brilló la luz del teléfono y saturó el timbre. La intuición no falla.

—¿Para qué lo vas a descolgar entonces?

Lo levantó. El auricular alcanzó la oreja. Silencio momentáneo antes de escuchar su voz. —¿Cómo está tu herida?

—¿Cuál?

—La que más te duele.

Iván maldijo en silencio antes de verbalizar.

—Te odio.

—No fue culpa mía. No la conocía personalmente. Y te soy sincera, no me interesaba. Nació en el campo, frente a un lago de agua dulce. Ese tipo de personas son una mala influencia para mí.

Iván tiró el teléfono, mirando el almanaque electrónico.

ÚLTIMO DOMINGO DEL AÑO

Una ducha de agua fría. La herida del pecho estaba prácticamente cerrada. Quemó mentalmente el resto de las fotografías y los vestidos de Azucena encerrados en las gavetas. La cámara dentro de la mochila. El apartamento. Otra vez el apartamento. Adiós al apartamento. La ciudad gigante. Noche cerrada. Algunas estrellas pasaban detrás de los nubarrones a ambos lados de la calle. Sin embargo, no empezaba a caer la primera gota. La Macromax crecía, acercándose sus luces cegadoras. Django miraba por la ventanilla del carro.

—Es un sol, asere. Esto es lo más grande que se ha hecho. Haces bien en filmarlo, porque como lo vas a ver hoy, no lo verás nunca.

La puerta se abrió en dos lateralmente. Un saludo inaudible. El guardia quedaba atrás. La primera escalera. Oscuro y brillante, el moderno detector de metales. El chillido estridente erizó a Iván. El guardia hizo el gesto antes de que Iván hablara.

—Es la cámara. Es una cámara.

Al guardia apenas se le veía la cara.

—¿Tan grande?

Django sonrió divertido.

—Más vieja que Matusalén.

—Tengo que revisarla.

Iván logró disimular el nudo en la garganta.

—No hay ningún problema.

Abrió la mochila. El enorme aparato salió a la luz de las linternas. —Por favor, esto tiene casi medio siglo. ¿Para qué usa una cámara tan prehistórica? — Iván sonrió.

—Ya no las construyen como antes.

—El guardia también sonrió con sus dientes de cincuenta y cinco años.

—Es verdad. Nada es como antes. Pero Dios sabrá lo que hace.

El guardia y el detector quedaban abajo. Otro pasillo. Una puerta rotatoria. Subió el elevador, ascendiendo por los conductos. Casi no hacía ruido. Giraron la puerta. Frente a ambos, enorme panorámica de 180 grados, en la cabina de cristales blindados. Iván se acercó. La vista era lo que había imaginado y sin embargo quedó impresionado. Un relámpago por encima de su cabeza, dibujado en el techo de vidrio, donde se estrellaron las primeras gotas de lluvia. Iván respiró.

—Aquí no hay problema, ¿eh?, quiero decir que si se forma algo allá abajo, no pueden hacerte nada, ¿verdad?

Dos golpes en la ventana sellada.

—Una muralla asere, por aquí no pasa nada... Puedo bajar los cristales —señalaba los controles azules—, a ellos les gusta y de vez en cuando lo hago si tengo ganas de gritar. Además, todos me quieren... ¿Quién va a hacerme algo? — Django se colocaba los auriculares. Encendió los equipos. Se iluminó la pizarra y brilló como una nave espacial, con luces de colores. Abrió la cerradura de la gaveta y sacó varios cigarros de musgo— No se puede sin esto, consorte. Es como la comida sin sal. Tócate con uno.

Las luces escondieron la rabia ciega de Iván, que apenas pudo disimular.

—No, deja... Ahora no.

Delante de su rostro subió el humo, invadiendo la cabina. La pista se llenó. Django preparó el primer disco.

—Vamos a empezar suavcito... Que se calienten poco a poco.

Apretó el botón. En un pestañear cambiaron las luces de toda la discoteca. Recorrían todo el hormiguero, bajo la lluvia golpeando el techo. La música entro lentamente con un fade-in, marcaba bajos puntuales. La voz del Disc-jokey:

—Buenas noches oscuras y lluviosas, bienvenidos una vez más a esta gran familia, esta descomunal familia de cincuenta mil miembros. ¡Bienvenidos al último domingo del año!

Aplausos. Precisos como un golpe en la quijada, sucesivamente, los bajos estremecieron la pista. Los pies marcaron el ritmo como un ejército de robots. Como oleadas al compás de las luces azules, se veía el sintetizador metálico. Las parejas giraban con vueltas en la pista. Nunca hubo vestuarios tan extravagantes en una pista de baile. La voz de Django se diseminaba desde todos los alt parlantes a lo largo y ancho de la discoteca.

—Hoy tenemos un invitado especial... Que hará de esta, una noche inolvidable...

Iván encubrió una sonrisa malévol y nerviosa.

—Este invitado y su compañera dieron sus primeros pasos, fueron pioneros como yo en la Macromax, donde la diversión está garantizada, la diversión formará parte indispensable de nuestras vidas. ¡Hombres y mujeres! ¡Con ustedes el chico de oro, Remy Arnaz, y su compañera Adriana Xavier!

La plataforma iluminó primero ambas figuras a contraluz, detrás estallaron los colores del poster tridimensional promocionando *Romeo y Julieta*. Coincidiendo con un

acorde musical, una tercera luz golpeó de frente a la pareja sonriente. Los aplausos se extendían de un extremo a otro. Remy levantó los brazos.

—Gracias. Gracias a ustedes me he convertido en lo que soy hoy en día: ¡un triunfador! Esta noche será historia. Es la primera representación en vivo de la película —tras él se proyectaba una gigantesca pantalla. Remy vació los pulmones—. Prepárense a disfrutar la primera versión de teatro virtual.

Cincuenta mil manos tomaron las pastillas de rigor y se colocaron el mini transmisor en las sienas. Django desplegó una docena de minicámaras.

—Si quieres descargarle a algo en detalle, son todas tuyas. Ya verás cuando se ponga la cosa caliente... Iván manipuló una de ellas. La cabeza de Alfredo Gálvez apenas se destacaba en la primera fila, cubierta por los hombros de sus guardaespaldas. Iván paneó a la derecha. Pasó una dentadura.

—¡No! — volvió a encuadrarla.

Sí. Las orejas sudorosas de Daisel Guevara parecía que fueran a ser devoradas por su risa grotesca. La voz estentórea de Django lo sacó del objetivo.

—Viste algo interesante, asere, tienes cara de haber visto algo grande...

Iván continuó girando el visor.

— Nada especial.

El ritmo de la música escalaba con bajos cada vez más fuertes. Lentamente la atmósfera cambió. Pausa enajenante. La pareja modelo comenzó una danza de seducción. Oleadas de sintetizadores marcadas por un golpe preciso cada dos compases. Como por arte de magia, las demás parejas ya tenían cigarros en las manos. Cincuenta mil manos buscaban

en sus bolsillos. En los ojos encendidos de Adriana se reflejaron cincuenta mil llamas de fosforeras. Iván se mordió los labios. Por un segundo vió una multitud de luciérnagas. Django se concentraba en el mezclador. El humo subía, formando una neblina sobre la pista. Afuera, otro relámpago y el inevitable ruido del trueno. De reojo, Iván echó un vistazo al control azul de las ventanas. La pantalla tridimensional mostraba un ingenuo Romeo besando a la ingenua Julieta. El disc-jockey dio entrada a unas pulsaciones electrónicas semejantes a latidos del corazón, arrítmicos por momentos, precisos en su cometido. Cincuenta mil bocas se besaron bajo la neblina. Remy acarició a Adriana de pies a cabeza. Cien mil manos tocaban a sus parejas, buscaban, se metían bajo las ropas. Los ojos de Iván se posaron en los cierres digitales que controlaban las entradas. Alejandro bailaba, con dos muchachas adolescentes. Django guiñó un ojo enseñando los dientes amarillos.

—Ay, asere... —la multitud era una orgía de tentáculos—. Esto sí es vida y lo demás bobería...

Iván sacaba la cámara de su mochila.

—Todo esto tiene tremenda buena onda.

El dedo de Iván quitó el seguro del disparador. La música alcanzaba su sección más álgida.

—Pero no va a durar para siempre. Todo se acaba. Qué mala onda, ¿verdad?

Django alcanzó a voltear la cabeza antes de que ésta explotara, salpicando los controles en un amasijo de sangre y sesos. Todo siguió igual por un momento. La gente continuó retorciéndose, fusionándose, los globos oculares enrojecidos, como las luces, reflejadas en la gota de sudor que nació en la frente de Iván. Sangre fría. De repente la música electrónica llegó a su fin. En menos de un segundo la masa

cesó de moverse. Iván tembló. Solución desesperada: a su izquierda la gigantesca fonoteca. Azar. ¡Una rareza inconcebible! Extrajo un CD de Beethoven. Lo introdujo en el reproductor manchado de rojo. Play. Für Elise. La pieza del compositor alemán invadía la pista. Alfredo Gálvez susurró al oído de Remy:

—Es un chiste del disc-jockey, qué diablura...

Las caras se transformaban: confusión, extrañamiento, molestia, furia, intolerancia. Iván tiró de la silla el cuerpo de Django. Los brazos se alzaban saltando, demandando, exigiendo a la cabina el retorno de su música. Iván se sentó frente a los controles. Los gritos formaron un coro que parecía perfectamente ensayado. El botón azul fue presionado. Desde abajo la multitud vio cómo bajaban las ventanillas de la cabina. Adriana arqueó una ceja.

—¿Y éste qué va a hacer ahora?

Uno por uno, casi simultáneos, los tres cierres digitales fueron presionados. Las tres puertas se sellaron, a la vez que comenzaba el chillido intermitente de la alarma. Cincuenta mil bocas vociferaban la histeria.

—¡Queremos la música!

Iván sostuvo la cámara con ambas manos. El lente roto apuntaba al cielo, violeta con cada relámpago que hacía brillar la lluvia. Iván tenía los ojos bien abiertos. Su dedo se movía hacia el disparador. Abajo, las hormigas saltaban en silencio. El contacto electrónico. La chispa. El lente escupió fuego. Las balas avanzaron elevándose. El contacto. Metal contra cristal. El resquebrajamiento. Un relámpago fulminante dejó ver los nubarrones violetas y el techo de vidrio, brilló por un segundo antes de convertirse en una lluvia de cristales seguidos de la lluvia ácida, que invadió voraz el lugar vedado por tanto tiempo. Iván movió la cámara de

izquierda a derecha. Fue un instante, antes de que se agotaran las balas. Pero ya no existía techo sobre la Macromax. Caos. Los primeros cristales gigantes habían cercenado algunos miembros en los cuerpos de los ocupantes. Las luces chisporroteaban, estallando, como la gran pantalla tridimensional que caía con la imagen de los protagonistas asustados. La plataforma multicolor junto con Remy y Adriana se inclinó para luego caer sobre la pista donde terminó de disolverse. Los que estaban más cerca intentaron forzar inútilmente las salidas para intentar alcanzar los impermeables en los guardarrocas. Alejandro trató de cubrirse inútilmente con los cuerpos de las adolescentes. Los del centro caían, derritiéndose sobre la pista. El líquido crecía y se mezclaba. Sinfonía de chispas multicolores. La electricidad podría fallar en cualquier momento. Iván sacó el pequeño lanzallamas y corrió hacia el elevador. La lluvia comenzaba a derretir los controles y el cadáver de Django, antes de que las puertas se cerraran. Bajaba a toda velocidad, con un ruido extraño. Paró de un golpe. Las puertas chillaron. Frente a él la escalera desierta. Murmullos lejanos. Iván avanzó con paso firme. Frente a él pasó un grupo de policías con impermeables en dirección a la entrada oeste. Iván siguió avanzando. A sus espaldas sintió cómo rompían la puerta y aún más difuso, el comentario.

—Esto es un puré. No queda nadie.

Iván disfrutaba caminar con pasos de gigante. El cerebro exageraba la euforia.

—Un solo hombre acaba de matar a cincuenta mil. Nada podrá detenerme. Nada. Nadie. —un instante de claridad— La tierra tiene actualmente siete mil millones de habitantes... ¿cuán lejos podré llegar? ¿Cuál es la posibilidad del triunfo? Ínfima. Pero existe.

La voz del custodio lo trajo de vuelta: —¿A dónde cree que va?

La inspiración llegó.

—¡Ni al cielo, ni al infierno!

Una llama azul y, rápidamente, el guardia fue un maniquí que ardió resplandeciendo hasta diluir sus huesos contra el detector de metales. Una bala atravesó el brazo de Iván. El pequeño lanzallamas salió disparado a varios metros. Los dos custodios se acercaban. Iván chasqueó los labios mientras caía de rodillas. Sudaba. Apretó los dientes. Abrió los ojos. La pistola del guardia a dos metros. El instinto de supervivencia. Estiró la mano. Otro disparo a sedal le rajó el vientre. Cayó de espaldas. Un relámpago fuera de la Macromax. Los dos custodios caían sin vida. Confinada en un impermeable violeta, una silueta de pelo agitado se acercaba corriendo. La luz del pasillo iluminó a Marina. Agarró a Iván por los hombros obligándolo a levantarse.

—¿Todavía quieres escapar?

Iván corría aguantándose el brazo, en su cabeza ya pesaba el delirio de la fiebre.

—Pasó. Sí, pasó. Tengo que estar soñando.

Luz al final del pasillo. La salida se acercaba junto con las sirenas de la policía. Ambos fueron cegados por el resplandor. Desorden total de bomberos y policías difuminados. Marina no dudó un instante. Le dijo al oído:

—Trata de que parezca un rasguño.

El fuego y el humo subían, mientras la lluvia seguía cayendo. Iván creyó ver fragmentos de túnel, de la jungla fantasma, y luego... El mar.

Estaba tirado en el sofá de la sala. Marina sentada en el suelo, recostada contra la pared tocando el retorcido objeto. La mirada perdida en el mar. Iván se miró las manos.

—¿Cómo lo sabías? ¿Cómo pudiste saberlo? —Marina no sonreía.

—Iván Kovelt... ¿No acabas de darte cuenta? Iván suspiró.

—El mar. No puedo vivir con él, ni sin él. El océano...

—Iván escuchaba las olas. —se retuerce en sí mismo. Parece que quisiera tragarnos —apenas conseguía mover el brazo—, ¿Y ahora qué?

El sol despuntaba brillando sobre las olas pero pronto desaparecería en una mañana nublada.

—Tú lo sabes. Para empezar, no puedes ir a ninguna parte... Tú deberías ser considerado una inspiración para el control de natalidad...

Iván intentó incorporarse y recostó la cabeza.

—No fue casual, desde que te vi noté algo familiar y a la vez extraño. —Marina dejó de tocar— Tienes fiebre.

De todas partes de la casa, huyeron cucarachas rojas, revoloteando hacia la terraza y las ventanas. Perdiéndose en el mar. Iván abrió la boca.

—Podría decir que no queda nada más que hacer. Se acabó —Marina lo miraba fijamente—. Morir será todavía una posibilidad, no sé... —Marina apoyó la cabeza entre las rodillas. El pelo caía sobre las piernas— ¿Qué pensarán de mí? —Iván cerró los ojos.

La cara de Marina no tenía huella de golpes o rasguños.

—Si no te curas, te mueres.

Rompió la manga de la camisa. El agujero tenía sangre. Iván percibió el instinto de ella, sus colmillos nacientes. Pero no se movió. Resignación.

—No puedes evitarlo, ¿verdad?

Marina se inclinaba sobre el brazo, Iván miraba al techo.

—No me duele, pero no tengo fuerzas para moverme.

La boca de Marina cubrió la herida y el pelo su rostro. Iván sintió la lengua dentro del agujero, lenta, de voraz per-

sistencia, depredadora. Despacio, los colmillos se hincaron. La sangre corría por su lengua hasta la garganta. El músculo hurgaba incansablemente. Un destello del cabello rubio y los ojos azules perdidos en la sonrisa para siempre congelada. Iván lloraba. Marina levantó la cabeza llena de sangre. Era imposible saber si sonreía o si tan solo tenía la boca abierta.

—Me gusta tu sangre, sabe distinto.

Pero las palabras de Marina se perdían con las olas. Iván sintió un mareo sordo y pesado. La vista se difuminaba como si el mar invadiera la casa. Las paredes desaparecían.

—Tengo que descansar... Mejor descanso. Sí. Maldita seas, atractiva... Cómo negarte, eres... Tienes... Especial ese aparato... Que rojo funciona... Las cucarachas nadan... Pasan... Vuelan en el mar.

El mar era un remolino que estallaba en salpicaduras.
—Solo te queda el aislamiento, Iván.

—Quizás. Podrías decirme tenemos una vida por delante. No sé cómo llamarlo, pero te garantizo que no va a terminar bien.

—¿Qué significa terminar bien?

—No lo sé. Te juro que no lo sé. Nos hacemos daño. Tienes violencia dibujada en la cara...

—Pero te gusto. Y no puede haber una relación sin violencia, Iván. La violencia es cinética pura, movimiento, choque, esencial para no aburrirse. Pudieras haber sido feliz. Colocando un pie al otro lado del abismo, pero sin apoyarlo. Si lo apoyas no podrás retener el otro en su sitio por mucho tiempo. Aunque entonces te arrepientas ya habrás cruzado la línea, y no podrás alcanzar más allá. Entonces todo irá cuesta abajo.

—No hay remedio. ¿Contra qué estoy luchando?

—Contra tu propia contradicción. ¿Para cambiar el mundo?

—Quiero que todo sea como antes.

—Imposible. Somos un producto degenerado en tanta repetición... Hemos evolucionado demasiado. No hay nada original. Ni siquiera yo.

—Nunca he conocido a alguien como tú.

—No me conoces.

Iván se aproximó a ella, quitándole el pelo de la frente. Sus ojos ovalados lucían saturados de violeta. Iván acercó aún más su cabeza. —¿Qué... Qué tienen tus ojos? —le agarró la cara con las manos. Sus ojos eran un mar violeta oscuro— ¿Por qué no puedo verme en tus ojos?

Marina no pestañeó.

—Tu vida ha sido un sueño... Y sólo despertarás con el fin... Va a llover.

Era verdad. Las nubes cubrían el mar. Marina lo miró a los ojos. —Aquí mismo. Junto al mar... Bajo la lluvia.

Un trueno. Las primeras gotas cayeron en la cara de Marina y corrieron hasta el cuello. Lloviznaba sobre ambos. Iván exteriorizó su perplejidad.

—¿Tú también?

—Yo también... Vamos, déjate llevar, como si fuera solo un sueño.

Iván la besó en los labios. Ella no hizo resistencia. Le devolvió el beso suavemente. La lluvia se intensificaba. Ambos cuerpos ya estaban empapados sobre las rocas. Desnudos. La piel de ella se oprimía contra el arrecife. Las cuatro manos buscaban asirse uno al otro por cualquier parte. Tronaban las nubes. La espalda de Iván se volvía azulada mientras seguían apareciendo manchas más oscuras.

—Voy a la ciudad. ¿No te recuperas?

Iván no contestó.

—Dime, ¿por qué no te hace daño la lluvia?

Redondeando los ojos, Marina casi no movió los labios.
—Inteligente. ¿Por qué mi saliva es salada? Porque nació
frente al mar.

Iván prefirió apagar la vista e intentar dormir.

PERVERSO NO ES SUFICIENTE

Está en el ambiente. La necesidad de escribir estas líneas. Las marcas no desaparecen... Ácido, lo siento, está ahí, en las venas, como fuego, la piel azulada, mal... Puede que ya esté muriendo, no quiero esa comida, pero necesito fuerzas para algo. ¿Para qué? Algo definitivo, permanente... En el tiempo que no transcurre... Aislados...

A destiempo, sobreimpuestos, acrónicos. Ella estuvo siempre a su lado, más bien a la vista, no, indescriptiblemente lejana. Su cuerpo se dejaba entrever por las roturas de la tela. Siempre en una postura complicada, adversa. De pie, acostada, retorcida en sí misma, en muchos, casi o todos los instantes. Iván no la perdía de vista, la alcanzaba con sus manos siempre que pudiera tocarla, o que el sueño lo venciera. Quizás la semana siguiente ella desapareció por horas. Él deambuló por los arrecifes. A diario el carro sufría los embates del salitre.

Era la mañana siguiente probablemente cuando ella regresó muda. Un día la estuvo mirando veintitrés horas. Los días venideros, o tal vez los anteriores, ella lo saludó con un pellizco, bordeando el umbral del dolor. A veces coincidían en el sueño.

Dormían en la cama, en el sofá, en la cueva, otras en el carro... El instrumento rojo sonaba con tres, siete o veintidós frecuencias diarias. El cerebro crecía, disminuía, o al menos cambiaba de posición.

—No quiero comer... Tengo hambre.

Las cucarachas caminaban, volaban, nacían, morían dentro y fuera de la casa, sin tiempo fijo. Manchas secas esporádicas. Sangre desconocida. Tuberías. Marina sonreía eventualmente. Baños en el mar. Ella desapareció por menos de cuarenta y una horas, quizás más de ochenta y cuatro. El perdió los estribos.

—¿Dónde te metes? ¡Contéstame!

El sol despuntando al final de la madrugada: Lo despertó un líquido caliente sobre los ojos. Casi agachada, a medio vestir, Marina le orinaba encima. El olor a mar flotaba en el aire. Lo quemaba, era ácido. Lo tragó. Turbado, Iván se limpió la vista mientras trataba de pararse. Ella desaparecía camino al terraplén con su mirada perdida tras el pelo endiablado por el viento.

Todo líquido se volvía mordiente: La sangre, la saliva, las lágrimas... Gotas taladrando la madera. El interior de la casa lleno de agujeros. El cerebro se retorció en sí mismo, se extendía como raíces rompiendo el suelo, se inflamaba.

—Hace mucho que no veo un espejo...

Por la ciudad volaba una hoja sucia del inconcluso guion de Miguel.

Cualquier semejanza con personajes de la vida real es puramente intencional. No sé si sea una virtud, el caso es que poseo un don extraño para percibir lo que no se dice. Y tengo que ser fiel a esa verdad, pero sospecho que si dejo a los protagonistas evolucionar por sí mismos... Como autor debo tomar

partido y juzgarlos. ¿Cuántas personas simpatizarán con ellos y cuántas no? Estoy solo en esta lucha.

La hoja fue leída y estrujada por un niño. Primero las frases, luego las palabras y las letras, todo desapareció mezclado en el creciente basurero que bordeaba la jungla fantasma.

Nuevas desapariciones sin reportar. Familiares desesperados. Pánico.

Un día o una noche, casi no lo notó: el índice se deslizó lentamente hacia las nalgas hasta que suavemente desapareció entre ellas. Pasaron varios minutos. Marina entreabrió los labios, soñolienta. —Otro.

Iván obedeció mientras ella lamía la saliva seca de sus labios. —Ah... Estás obstruyendo el paso...

Otro dedo y un brillo violeta en la oscuridad.

—Deben estar sucios...

Marina cerró los ojos.

—Antes me violabas con la mirada, nos profanábamos mutuamente. Cada palabra era sexo puro y primitivo. Ahora... Haz lo que quieras...

Iván retiró el dedo hinchado como un hematoma, la piel quemada. Forzó el elástico ya vencido, partiéndolo por un extremo. Entonces la sodomizó, sin piedad, hasta que brotó sangre, sin dejar de tocarla, de besarla... Un contacto que cubría la boca, la nariz, los ojos. Ella parecía más frágil que nunca. Esa, su cotidiana fragilidad, hiriente y masoquista, pero sus uñas crecieron incrustando, atravesando la piel de Iván. Mordidas. Los animales no harían eso. Ambas respiraciones se mezclaron. Silencio. Las cucarachas revoloteaban

sobre la lámpara. El pelo revuelto de Marina yacía inmóvil cubriendo la mitad de su rostro. La peculiar curva de su cintura semi desnuda brillaba por el sudor sucio y salado. Iván deslizó el índice por la manchada columna vertebral.



Y después pasaron simplemente cosas peores.

IGUAL

Necesitaba la ciudad, el lugar donde comenzó todo, y sin mucho esfuerzo logró transportar casi todos los elementos.

—¡Iván!

El aludido se detiene de espaldas y gira lentamente la cabeza. Heber se acerca eufórico.

—¡Por fin! ¿Dónde estabas?

Iván no sonríe.

—Compadre, estás azul como un muerto.

Iván echa una ojeada a la heladería desierta.

—Esto también...

El camarero sin cara trae los helados. Heber observa la bola de Iván derritiéndose.

—Oye, se te va a hacer agua...

Iván se pasa la lengua por los labios.

—Mi metabolismo ha cambiado últimamente. Por cierto, ¿qué se dice de mí?

Heber se apresura a contestar:

—Nadie sabía dónde estabas. Te llamaron del trabajo. Todo el mundo ya lo sabe.

Iván echa un vistazo por los alrededores.

—¿Quieres decir que aquí mismo estoy en peligro?

Heber sonríe confundido.

—No te entiendo. ¿Peligro? ¿De qué?

—Dices que ya todo el mundo lo sabe...

—Lo de Azucena. Te llamaron del trabajo para darte el pésame. Algunos se preocupaban por tu estado. Yo también, pero veo que has sabido sobrellevarlo... Bueno más o menos... Pero qué suerte. Incluso llegué a pensar que podías haber estado en la Macromax el día del desastre. —Iván expulsa una rabia melancólica.

—Esta ciudad está podrida desde sus cimientos, y la gente sigue como si nada. Tengo una nostalgia descomunal por el pasado. El no vivido, el que ya perdimos... Porque no existió nunca. Y tú... Sé que tú también perteneces al pasado, Heber. Pero te has acomodado demasiado bien al presente. Ese es tu gran defecto: no pides demasiado para ser feliz, ¿verdad? Lástima que no pudiste tener a Azucena para ti. Eso ya te ha marcado para el resto de tu vida. Incluso cuando te cases, no podrás olvidarla. Es tan difícil olvidar algunas cosas... Sin embargo, a mí me puede olvidar casi todo el mundo. No signifi-co nada para nadie, soy un virus, pero me pregunto si ahora soy un eslabón necesario para la naturaleza...

Heber contesta con aplomo:

—No sé... Algo no anda bien. Hay algo oscuro...

El desprecio asoma rojo en las pupilas violeta de Iván.

—Humanos miserables... ¿Para qué siguen viviendo? ¿Para pasarse el día fumando musgo? La mayor parte del trabajo lo están haciendo las máquinas. No pueden ni salir a las calles con la cabeza descubierta. Y sin embargo, hay quien puede darse el lujo de morir solo por curiosidad. DNA21. Pueden hasta matar para divertirse. Todo puede reproducirse. Y aunque a veces la falsificación puede ser mejor que el original... Siempre será una copia, con suerte de primera generación. Un corazón azul... ¿Me oyes? Heber. ¿Heber? ¿Heber!

Heber ya no estaba. La heladería también se descolocaba. Fragmentos. Página suelta de un periódico.

MENTIRA IMPRESA

En la terrible catástrofe de la Macromax, afortunadamente, hubo algunos sobrevivientes. Entre ellos el respetable Ministro de Cultura Alfredo Gálvez, las estrellas Remy Arnaz y Adriana Xavier, símbolos ejemplares de la juventud.

La página fue estrujada lentamente, penetrada por las uñas azules de Iván, y fragmentada en setenta y siete pedazos. El asfalto se quebró. Frente a él se irguió una mole. Recuerdo de un curioso autorretrato de adolescencia.



SABOR TERRIBLE

Varios sucesos inenarrables. Sangre frecuente. Evasiones a la jungla fantasma. Rojo seco en varias partes de su cuerpo. A veces cerca de la boca, que pronto desaparecía tras un baño en el mar. Iván averiguó el nombre del representante de la compañía DNA21, el amo de las marionetas, su casa, su familia, sus gustos...

Otra vez no atendía a la carretera. La vista fija en sus dedos sobre el timón. Uñas azules.

—Un cadáver... —el retrovisor también fue sincero— Imposible... — tintes violetas en sus ojos.

¿Por qué? Imposible contestar. Basta de suspicacia. Pura intuición. Desvió el vehículo a un costado de la carretera y se adentró en la jungla fantasma. Vegetación endemoniada, caprichosa.

—Qué ambiente... Éste lugar es único.

La sombra prevalecía bajo aquella masa vegetal impredecible cubriendo casi todas las edificaciones. Se escuchó un quejido lejano. Iván apretó el paso. Se acercó a un edificio amarillento y empujó una puerta. Una niña temblaba. Muñon sangrantes en la mano mutilada. Iván volvió la vista.

Los dedos desaparecían en la boca de Marina. Tras masticarlos, escupió los huesos. Cayeron a los pies de la niña, amarrada a una silla podrida. Iván reconoció el gatico muerto en sus ojos miel, escondidos tras el pelo corto castaño y sucio. Chorreaban gotas de sangre, lloraba más

de terror que de dolor, un llanto silencioso que espantaba el aire. Iván se desplazó en círculos. Cerró el puño y lo descargó en la boca de Marina.



Ella retrocedió, transformando la imprecisa geometría de su rostro a una distorsión animal. La niña pestañeaba arrítmicamente.

—Los padres de este gusano pasan el día fumando musgo, hasta le han dado a probar... ¿Qué va a hacer ella en la vida? ¿Y sin dedos...? A ella sí la van a extrañar, sí van a notar su ausencia, esto no es crimen organizado, nada va a remplazarla. Es mejor que se muera y además... ¡Está deliciosa...!

Su lengua limpió los labios. Iván caviló largamente antes de hablar.

—Para comértela tienes que matarme.

Marina torció la cabeza con resignación.

—Me has quitado el hambre. ¿Tengo que jurártelo?

Iván le dio la espalda con desdén. Escuchó un ruido, pero demasiado tarde. Los delgados brazos de Marina habían levantado una roca que inmediatamente se estrelló en la diminuta cabeza de la niña.

Iván estuvo sentado el resto del día con las manos en la cabeza. —Ella no fue la primera. Y mejor a ella que a ti. He

tomado mucha agua de mar. No me engañas. Esa hambre... Tú también la sientes pero es demasiado pronto para admitirlo.

A muchos kilómetros todavía volaban por el parque de estructuras afiladas, el impermeable blanco roto y sucio.

—Tengo miedo. Casi no puedo distinguir lo que separa el mar y el cielo.

A muchos kilómetros, en la ciudad, guardada en el refrigerador del apartamento, la muestra de sangre de Azucena, aguardaba un milagro.

—El mar. No hay nada que pueda mirar por mucho tiempo, excepto el mar. Falta poco. Este planeta será completamente azul.

Días después...

—Tengo una sensación extraña en los oídos, como si estuvieran llenos de agua.

Marina lo miró de reojo.

—Agua... Podría no decírtelo, pero tengo un feto en la barriga.

Iván tardó en reaccionar.

—¿Cómo?

—Pero no por mucho tiempo. Mañana no estará vivo. Quizás hoy. Depende de ti.

Iván no cerraba la boca.

—¿Qué dices?

—Pégame en el vientre. Patéame hasta que salga la sangre. Sabrá diferente.

Iván no pudo pestañear. La abofeteó. Una y otra vez.

—Te mato.

Marina le enterró las diez uñas en los hombros.

—Y qué clase de padre... Mejor aún... qué clase de madre...

Ella avanzó hasta rozar sus pestañas.

—Iván... ¿Qué crees que tengo en vientre?

El sonido del mar cesó por un instante.

—Existo para ti. Como un castillo de arena, solo hasta el día siguiente. Para una niña es importante jugar. Era divertido destruirlo. “Cierra los ojos, Marina”. La aguja, fuera el aire del salvavidas —¿Qué pensaste? ¿Hundirme para siempre en el mar? Nadie supo cómo. —Iván inmóvil— Fue un accidente. —Marina entrecerrando sus ojos— Una niña ahogada. DNA21 no surgió de la nada. Nada sale bien la primera vez... —Iván caminó en círculos imperfectos. Ella lo siguió con la vista— El cerebro humano sigue siendo incomprensible. Una niñez aislada del mundo. Hay cosas que no sé. ¿Y si la lluvia ácida? ¿Alucinaciones? Puede que lo haya inventado todo. Tu castillo de arena era efímero. El agua entrando. Azul oscuro por momentos. Tus manos apretando, con certeza creyendo en la justificación del merecido. No me engañas. Sabías que era algo malo. El agua llenando mis pulmones. Inerte. Mi cuerpo flotando, visto desde la orilla. ¿En qué pensabas? ¿En cómo reconstruir tu castillo de arena?

—En ti.

Marina sonrió inexpresiva.

—Sé demasiado de ti, bastante como para poder engañarte. Ahora te pudiera decir que yo no era esa niña. ¿Y si te dijera que soy un ser de otro mundo? ¿O que simplemente no existo en otro lugar que no sea tu imaginación? En tu estado actual tendrías que aceptarlo, sabes que cualquier cosa es posible, la ilusión puede ser más real que la verdad física. Tengo miedo.

Saltó la baranda de la terraza en dirección al mar. Iván intentó detenerla pero cayó al piso. Ella corrió sobre las rocas. Sangre en sus pies descalzos. Presentimiento. Supo que era el fin.

—Detente... —pensó— Párate... —decían los ojos. Nunca había sucedido: el pie giró mientras la herida terminaba de abrirse y la sangre desaparecía en el océano. El cuerpo de Marina tendido sobre las rocas no se movió por unos segundos. Iván se acercó lentamente. Ella levantó la mano derecha. Uñas afiladas en caída brusca. Marina destrozó su ombligo atravesándose el vientre.



PLANETA AZUL

Luz blanca. Las paredes de hielo se rajaron. Los osos polares aullaron aterrorizados, las focas se lanzaban al agua. Caían los témpanos al mar, levantando olas gigantes.

Advertido por un colega de la oficina, Heber encendió el televisor. El periodista no tenía maquillaje:

—¡Urgente! Interrumpimos la marcha de elecciones ¡Atención! Ha ocurrido una catástrofe. Al parecer la negligencia de una falla interna en el sistema, provocó una reacción en cadena. La explosión ha destruido completamente ambas plantas. No existe peligro alguno con la radioactividad. Sin embargo... Una ola de calor...

El presidente compareció desaliñado.

—Si se derrite el hielo de los polos, ¿qué sucederá?

El científico ojeroso suspiró.

—Lo peor. Aproximadamente el ochenta por ciento del hielo del planeta está en los polos. Si se derrite, el nivel del mar subirá sesenta y cinco metros, quizás más. Provocará olas enormes. Se desbordará...

Helicópteros sobrevuelan la ciudad.

—¡A toda la población! ¡Evacúen la ciudad lo más pronto posible! Muevanse hacia las montañas. ¡Busquen el punto más alto sobre el nivel del mar!

Abajo la plaza gris. La voz de los altoparlantes es casi incomprensible. La música de fondo a himno religioso. La gente abandona la feria. El acto político ya no es más que un pequeño y triste carnaval. Corren, chocan, y se aplastan bajo las nubes que se acercan.

El cuerpo frío como un pez. Los pulmones llenos de agua. Sus ojos vidriosos todavía dicen algo indefinible. Las manos de Iván le soltaron el cuello. Sal en las pestañas y en la lengua. Las gotas de agua corren hacia la inmensidad del mar. El impulso final. El beso a los labios sin vida. Entonces flotó el cuerpo más liviano, mientras el mar lo reflejaba, bajo el cielo violeta compacto del cielo. La boca de ella entreabierta, el pelo entre los ojos: óvalos fijos que reflejan mariposas, flores, cucarachas rojas, se seca la sangre del corazón, triste la boca, afilados sus colmillos sin brillo, y la brisa haciendo bailar el pelo del cuerpo inmóvil para siempre. Marina muerta sobre el mar. Desciende una nube de cucarachas rojas voladoras hasta cubrirla. Iván cae sobre la arena. El cuerpo de ella es un bullir de manchas que lo arrastran, resplandecen, se hunden en alta mar. Marina ya no está.

El objeto-instrumento, cosa maldita, organismo inexplicable, desapareció de la casa.

En la ciudad, el apartamento de Iván seguía vacío. A través de las persianas entreabiertas, gente dispersa por el asfalto gris bajo el cielo violeta. Hormigas amenazadas. Sangre protegida en el refrigerador.

La caravana era caótica y había tomado ambas sendas de la autopista. Heber tiró el Volkswagen por el terraplén, cuesta abajo. La goma derecha frenó frente a Iván, sentado inmóvil sobre el polvo junto a la casa sin moverse hasta que Heber lo zarandeó.

—Lo sabía. ¡¿Qué haces aquí todavía?!

Las manos húmedas colgadas de la camisa.

—¡Heber, sácame de aquí...!

El mar era un festival de relámpagos. Olor a toneladas de sal y vida marina difunta y revuelta se sentía en la distancia. Azul. Heber lo apoyó sobre su hombro en dirección al carro.

—No queda mucho tiempo...

Rojo. Lllamarada. Sangre en el frasco.

—¡No! Antes tengo que regresar a la ciudad.

—¿Qué? ¿Estás loco? ¿A estas alturas?

—Te lo agradezco, Heber.

A través de la ventanilla, en el Volkswagen, la tía de Heber no entendía nada. Heber gritaba.

—¡Te vas a morir! No hay tiempo.

Las manos histéricas de la mujer golpeaban el parabrisas. —¡Vamos, vámonos ya!

Ivan subió a su carro. Ruido de cascabeles oxidados. Portazo. Heber lo ayudo a empujarlo. Arrancó y subió la pendiente del terraplén sin mirar que detrás Heber y su tía entraban a la autopista pero en sentido contrario a Iván hasta desaparecer en la caravana. Aceleró al límite. Ocasio-

nalmente pasaron algunos vehículos en huída tardía. Gotas pesadas de salitre ya ensuciaban el parabrisas. La velocidad hizo que las plantas de la jungla fantasma parecieran vísceras al pasar. Iván aceptó que estaba aterrorizado. El marcador sobrepasó el límite de kilómetros por hora. Finalmente la ciudad, silueta ominosa. Iván miró el reloj sin ver la hora. Los nubarrones, el viento cada vez más fuerte. Concentrado el miedo en gotas de sudor que caían con cada corte violento en las esquinas. Las uñas azules en el timón. Calles desiertas. Autos rezagados escapaban sin rumbo. Restos del caos. Metal contra metal. El ecléctico perfil de ciudad se ensombrecía bajo el cielo cada vez más oscuro. Las hojas de los árboles endemoniadas. Una bruma sobrecogedora, que se elevaba sobre el mar, por encima del horizonte, tocando las nubes. Olía a sal. Acelerar al máximo sin respetar los semáforos. Siempre quiso hacer eso. Al fin, el edificio. No apagó el carro. La puerta quedó en vaivén mientras Iván desaparecía en el interior del vestíbulo. El ruido, la presión del elevador. Las puertas corredizas se abrieron, Iván se precipitó por el pasillo, la llave alcanzó la cerradura con puntería. Dentro, las plantas secas del apartamento en la sala sucia, la cocina, el refrigerador. Tomó en frasco de sangre en su mano. Un relámpago. La ventana a través del espejo. Escalofrío ante el bullir lejano. El horizonte tras los edificios, reflejado en sus ojos violetas. Casi rompe el cristal entre sus dedos. Espuma. La primera ola, pequeña pero enorme, cercando la perspectiva visual. La pesadilla real lo inmovilizó. No había tiempo. Calculó que el edificio tendría cerca de sesenta metros. ¿Resistirían los cimientos? Cerró todas las ventanas y las puertas.

—Te portas como un niño...

El sofá y resto de los muebles para reforzarlas. Corrió hacia el cuarto. Cerró la puerta. Encerrado en un closet, no soltaba el frasco. Los cristales de las ventanas comenzaron a vibrar. Sudaba. Un zumbido. ¿Las hélices de un helicóptero?

—Imposible...

Última esperanza. Fuera del closet, del cuarto y del apartamento. Se lanzó al pasillo y trepó los escalones que faltaban para la azotea. La puerta se abrió de un empujón. El viento huracanado lo hizo caer de rodillas, abrir la mano, soltar el cristal. Vio caer los edificios más cercanos devorados por la masa de agua. No podía ver la cima de espuma. Del cristal roto escapaba la sangre. Intentó recogerla, cortándose los dedos. Entonces, cenital, bajó un enjambre de cucarachas rojas y lo envolvió antes de que el mar lo arrasara. Rojo un instante, y después para siempre azul.



Esta primera edición de
Mar Rojo Mal azul
consta de 100 ejemplares y fue impresa
en la ciudad de Antequera, Málaga,
el mes de octubre de 2023.